

ALMANAQUE
DE

LA ILUSTRACIÓN

ESPAÑA Y
AMERICANA
1911

MFELEZ
1911

ATENEO DE
BIBLIOTECA

AÑO LV

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18.** — Tres meses, **10.**

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21.** — Tres meses, **11.**

En PORTUGAL rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26.** — Tres meses, **14.**

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos.

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, quedan autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

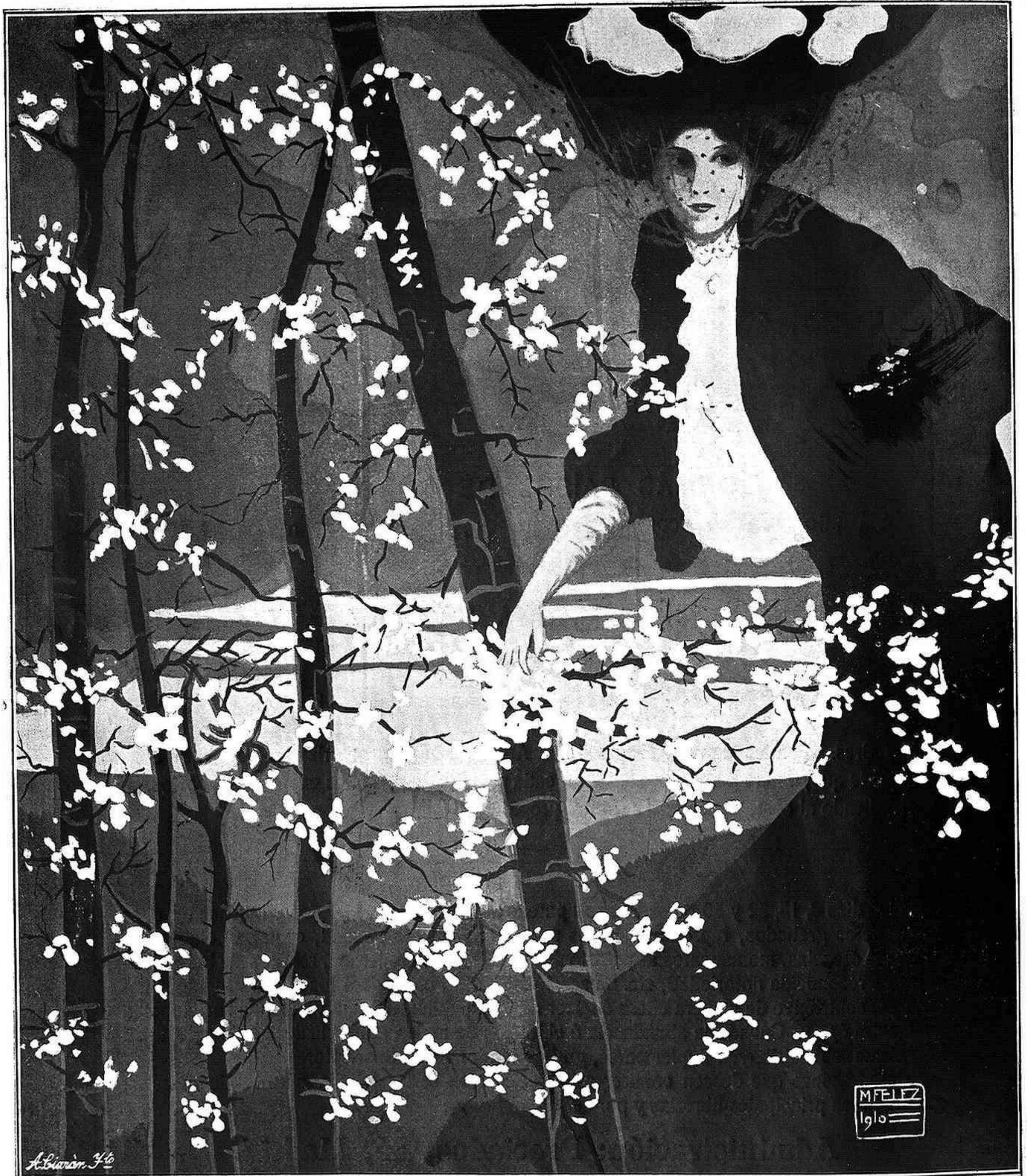
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



AÑO LI V

MADRID, 31 DE MARZO DE 1910.

NÚM. XII



PRIMAVERA

Dibujo de Félez.

ALMAÑAQUE

DE

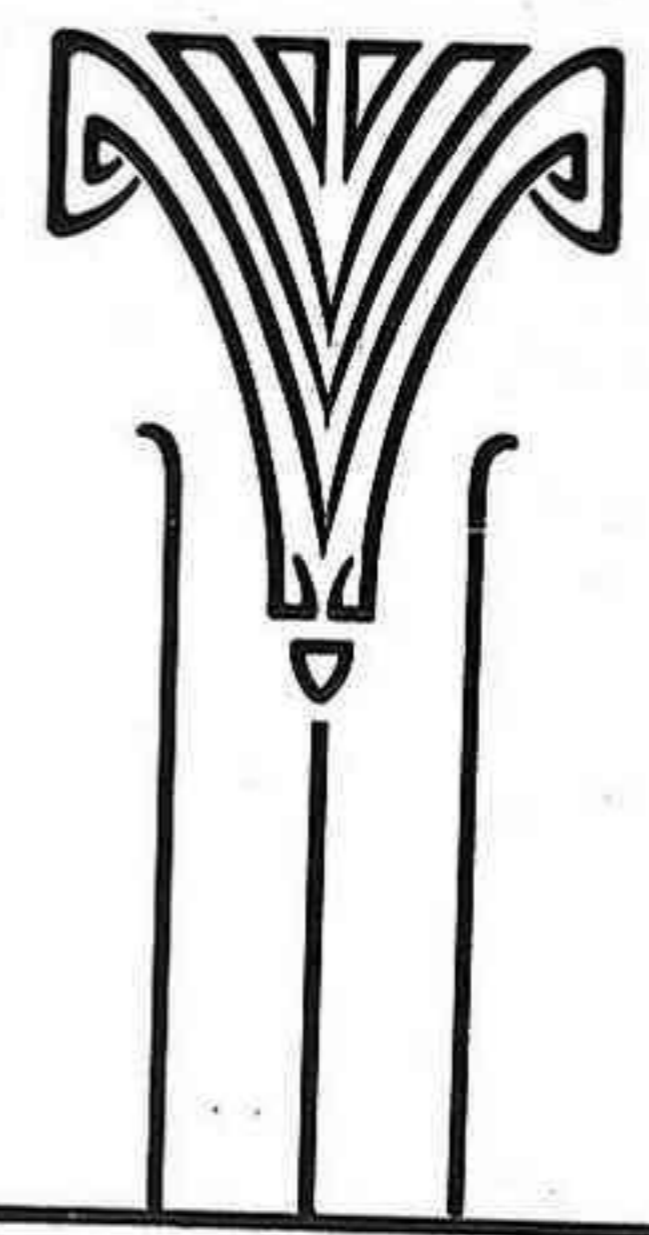
La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

➤ 1911 ➤

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y AMERICANA

1911



DIRIGIDO Y COMPUESTO

por

D. Antonio Garrido

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Alcázar (D. Manuel), Álvarez Quintero (D. Serafín y D. Joaquín), Andreotti, Barbasán, Bilbao (D. Gonzalo), Blaas, Blanco-Belmonte (D. M. R.), Bonnat (D. A. R.), Brack, Cánovas y Vallejo (D. José), Casero (D. Antonio), Castro (D. Cristóbal), Ciarán (D. Alfonso), Cuenca (D. Carlos Luis de), Delgado (D. Sinesio), Elola (D. José de), Elsley, Espí (D. Manuel), Federico (D. Guillermo de), Félez (D. Mariano), Fernández Mota (D. Fernando), Gabrini, García (D. J. G.), Garrido (D. Antonio), Gil (D. Rodolfo), Huertas (D. Ángel D.), "Jean", Larrubiera (D. Alejandro), Laserna (D. José), López Marín (D. Enrique), López Silva (D. José), Méndez Bringa (D. Narciso), Menéndez Pidal (D. Luis), Palomero (D. Antonio), Pardo Bazán (Condesa de), Pedrero (D. Mariano), Pérez Zúñiga (D. Juan), Puentes (D. J. G. de la), Répide (D. Pedro de), Rueda (D. Salvador), Sánchez Gerona (D. José), Sandoval (D. Manuel de), Santa María (D. Marceliano), Schram, Sentenach (D. Narciso), Trampus, Vera (D. Vicente), Villegas (D. José), Villena (D. Manuel), Zozaya (D. Antonio).



MADRID

Establecimiento tipográfico "Sucesores de Rivadeneira"
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, número 20.

1910

Año XXXVIII

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY



ÍNDICE GENERAL

TEXTO




	Páginas.		Páginas.
Año religioso, por D. M. J. G.	9	Martinito el Duende, por D. José Sánchez Gerona. .	57
Anuncios astronómicos, por D. Manuel Villena. . .	9	Las Proféticas, poesía, por D. Cristóbal de Castro. .	64
Santoral.	11 á 22	Un raptó singular, por D. José de Elola	65
El pronóstico del tiempo, por D. Vicente Vera. . . .	25	Sonetos, por D. Antonio Palomero.	72
¡Hasta los perros!, por D. José Cánovas y Vallejo. . .	32	El tejado, por D. Alejandro Larrubiera.	73
Cometaria, por la Condesa de Pardo Bazán.	36	La fuente amarga, poesía, por D. Rodolfo Gil. . . .	80
El triunfo de la vida, por D. Francisco Acebal. . . .	37	<i>Miles gloriosus</i> , por D. Antonio Zozaya.	83
Las rosas del parque, poesía, por D. Juan Pérez		Los "enterados", por D. A. R. Bonnat.	87
Zúñiga.	39	Despacito y buena letra, por D. Enrique López Marín.	89
Leyendo un periódico, por D. José de Laserna. . . .	41	El arcano de la Esperanza, poesía, por D. Salvador	
En la Plaza Mayor, poesía, por D. Antonio Casero. .	43	Rueda.	90
El triunfo, por D. Pedro de Répide.	46	Canciones de juglares, poesía, por D. M. R. Blan-	
Rodrigo de Triana, poesía, por D. Manuel de San-		co-Belmonte.	94
doval.	50	Á un rufián, poesía, por D. José López Silva.	96
El respetable público, por D. Sinesio Delgado. . . .	51	El hombre que hace reir, por D. S. y D. J. Álvarez	
Á los pies de ustedes, por D. Carlos Luis de		Quintero.	97
Cuenca.	54	!!!Egoístas!!!, por D. Antonio Garrido.	101

GRABADOS

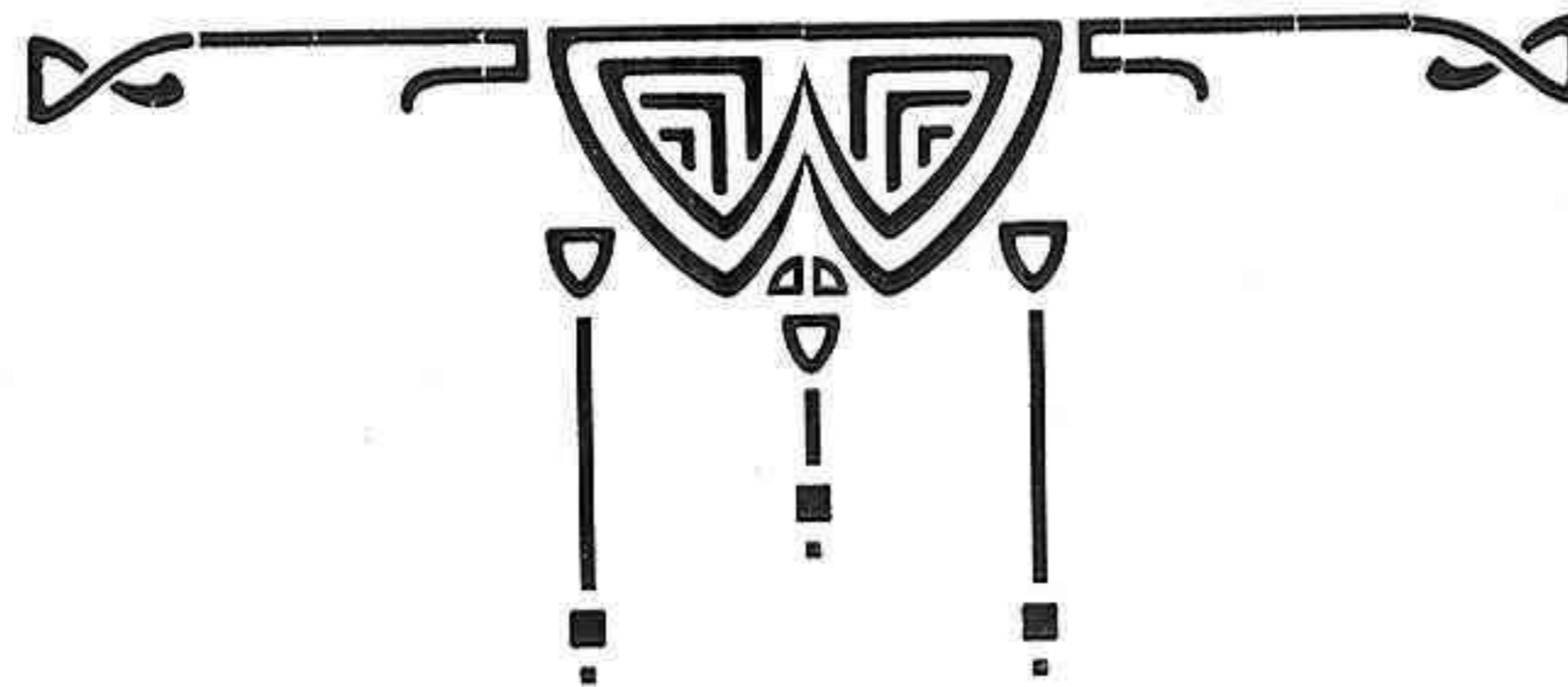


	Páginas.		Páginas.
Ilustraciones del santoral, por Guillermo de Federico.	11 á 22	¡Maliciosa!, cuadro de Blaas.	49
¡Cataplúm!, cuadro de M. Barbasán.	23	Ilustración de "Rodrigo de Triana", por M. Félez. . .	50
La primera lección, cuadro de De Chirico.	24	Puerto de refugio, de fotografía.	52
Paisaje, por J. Bergmann.	30	Idilio, cuadro de P. Gabrini.	53
En Madrid, cuadro de Gonzalo B. Ibañ.	31	El favorito, de fotografía.	56
Á la puerta de una iglesia en Sevilla, cuadro de José		Ilustraciones de "Martinito el Duende", por J. Sán-	
Villegas.	34	chez Gerona.	57, 58 y 59
Vacaciones, cuadro de Elsley.	35	Alegría, cuadro de Schram.	61
Vanidad infantil, cuadro de Schachinger.	40	De lo vivo... á lo pintado, fotografías de J. G. de la	
Tres celosos, cuadro de Eberle	44	Puente.	62 y 63
Bodas de oro, cuadro de Knoop.	45	Ilustración de "Las Proféticas", por Pedrero.	64
Ilustraciones de "El triunfo", por Fernández		Ilustraciones de "Un raptó singular", por Manuel	
Mota.	46, 47 y 48	Espí.	65, 67 y 69

Páginas.		Páginas.
Aniversario, cuadro de Emilio Brack.		Su retrato, cuadro de Andreotti.
70		88
(Telemarken).—(Hasdangar): Tipos de mujeres		Ilustración de "El arcano de la Esperanza", por
noruegas, fotografías de Trampus.		N. Sentenach.
71		90
Ilustración de "Sonetos", por Pedrero.		Mi canción, cuadro de Emilio Brack.
72		91
Ilustraciones de "El tejado", por Manuel Alcázar. 73, 75 y 77		Ilustraciones de "Canciones de juglares", por
El postrer recurso, cuadro de Jendrassik.		M. Félez.
78		92, 93 y 94
Baño obligado, cuadro de Gabrini.		"Ciociara", cuadro de Modigliani.
79		95
Ilustraciones de "La fuente amarga", por Marceliano		Ilustraciones de "El hombre que hace reír", por
Santa María.		M. Pedrero.
80 y 81		97 y 99
Chirigotas, por Ángel D. Huertas.		La cabaña, cuadro de Luis Menéndez Pidal.
82		100
Ilustraciones de "Miles gloriosus", por N. Méndez		Un ratito de recreo, de fotografía.
Bringa.		102
83, 84 y 86		Viñetas varias.
		10, 33, 42 y 101

LÁMINAS EN COLOR

PRIMAVERA, VERANO, OTOÑO é INVIERNO, por Jean.



PRELIMINARES

AÑO RELIGIOSO

CÓMPUTO ECLESIASTICO

Áureo número.	12	Indicción romana.	9
Epacta.	XXX	Letra dominical.	A
Ciclo solar.	16	Letra del Martirologio romano.	P

FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús.	15 de Enero.
La Sacra Familia.	22 de Enero.
Septuagésima.	12 de Febrero.
Sexagésima.	19 de Febrero.
Quincuagésima.	26 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	1 de Marzo.
Pascua de Resurrección.	16 de Abril.
El Patrocinio de San José.	7 de Mayo.
Letanías.	22, 23 y 24 de Mayo.
Ascensión del Señor.	25 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	4 de Junio.
La Santísima Trinidad.	11 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	15 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	25 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.	2 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	20 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	1 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	12 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	25.
Adviento (primer domingo)	3 de Dicbre.

TÉMPORAS

I.—El 8, 10 y 11 de Marzo.	III.—El 20, 22 y 23 de Sepbre.
II.—El 7, 9 y 10 de Junio.	IV.—El 20, 22 y 23 de Dicbre.

DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los domingos.
 Los viernes y sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en viernes ó en sábado, se anticipa el ayuno al jueves inmediato.
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, viernes y sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del apóstol *Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los domingos.

Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los domingos de Cuaresma y todos los viernes del año.*

VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 24 de Abril, y se cierran, respectivamente, el 28 de Febrero y el 2 de Diciembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 12 de Febrero; 7, 18, 19 y 26 de Marzo; 7, 8 y 26 de Abril; 8 y 10 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1911.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0h 14m 45s,09 al O. de Greenwich.
 LATITUD... 40° 24' 29",7 N.

CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 17 horas 54 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 13 horas 35 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 24 de Septiembre á las 4 horas 18 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 22 horas 54 minutos.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

21 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
19 de Febrero, <i>Piscis</i> .	24 de Agosto, <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	24 de Sepbre., <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
21 de Abril, <i>Tauro</i> .	24 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
22 de Mayo, <i>Géminis</i> .	23 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

ECLIPSES DE SOL

ABRIL 28-29. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 19 h. y 49m., 2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 161° 6' al E. de Greenwich y latitud 32° 19' S.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 20 h. y 46m., 1, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud 148° 33' al E. de Greenwich y latitud 36° 48' S.

El eclipse central á mediodía sucede á las 22 h. y 16^{m.}, 4, tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 154° 44' al O. de Greenwich y latitud 0° 38' S.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 24 h. y 8^{m.}, 7, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 90° 1' al O. de Greenwich y latitud 11° 6' N.

El eclipse termina, en la Tierra, el día 29 á la 1 h. y 5^{m.}, 6, tiempo medio civil de Greenwich y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 103° 3' al O. de Greenwich, y latitud 15° 40' N.

Este eclipse será visible en parte de la América del Norte y de la Australia, en una pequeña parte de la América del Sur y en gran parte del Océano Pacífico.

OCTUBRE 22. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á la 1 h. y 19^{m.}, 5, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 74° 42' al E. de Greenwich y latitud 38° 5' N.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 2 h. y 25^{m.}, 5, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 60° 28' al E. de Greenwich, y latitud 44° 46' N.

El eclipse central á mediodía sucede á las 3 h. y 54^{m.}, 6, tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 117° 33' al E. de Greenwich y latitud 10° 37' N.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 6 h. y 0^{m.}, 5, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 177° 31' al E. de Greenwich y latitud 7° 50' S.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 7 h. y 6^{m.}, 5, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 162° 21' al E. de Greenwich y latitud 14° 39' S.

Este eclipse será visible en gran parte de Asia y Australia y en parte de los Océanos Índico y Pacífico.

El año 1911 no se verifica ningún eclipse de Luna.



Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año 1911.

ENERO.	{	Día 8.— 6h 20 ^{m.} , en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .	JULIO.	{	Día 3.— 9h 20 ^{m.} , en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .
		14.—22h 26 ^{m.} , en <i>Cáncer</i> .— <i>Llena</i> .			11.—12h 53 ^{m.} , en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .
		22.— 6h 21 ^{m.} , en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> .			19.— 5h 31 ^{m.} , en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> .
		30.— 9h 45 ^{m.} , en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> .			25.—20h 12 ^{m.} , en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
FEBRERO.	{	Día 6.—15h 28 ^{m.} , en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .	AGOSTO.	{	Día 1.—23h 30 ^{m.} , en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> .
		13.—10h 38 ^{m.} , en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> .			10.— 2h 55 ^{m.} , en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .
		21.— 3h 44 ^{m.} , en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> .			17.—12h 11 ^{m.} , en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .
MARZO.	{	28.—24h 31 ^{m.} , en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> .	SEPTIEMBRE.	{	24.— 4h 14 ^{m.} , en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 7.—23h 1 ^{m.} , en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .			31.—16h 21 ^{m.} , en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> .
		14.—23h 58 ^{m.} , en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .			Día 8.—15h 57 ^{m.} , en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .
ABRIL.	{	22.—24h 26 ^{m.} , en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> .	OCTUBRE.	{	15.—17h 51 ^{m.} , en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> .
		30.—12h 38 ^{m.} , en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> .			22.—14h 37 ^{m.} , en <i>Virgo</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 6.— 5h 55 ^{m.} , en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .			30.—11h 8 ^{m.} , en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .
MAYO.	{	13.—14h 37 ^{m.} , en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> .	NOVIEMBRE.	{	Día 8.— 4h 11 ^{m.} , en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .
		21.—18h 36 ^{m.} , en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .			14.—23h 46 ^{m.} , en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .
		28.—22h 25 ^{m.} , en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> .			22.— 4h 9 ^{m.} , en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .
JUNIO.	{	Día 5.—13h 14 ^{m.} , en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .	DICIEMBRE.	{	30.— 6h 42 ^{m.} , en <i>Acuario</i> .— <i>Creciente</i> .
		13.— 6h 10 ^{m.} , en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> .			Día 6.—15h 48 ^{m.} , en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .
		21.— 9h 23 ^{m.} , en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .			13.— 7h 20 ^{m.} , en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> .
	{	28.— 6h 24 ^{m.} , en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> .		{	20.—20h 49 ^{m.} , en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 3.—22h 4 ^{m.} , en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .			29.— 1h 42 ^{m.} , en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .
		11.—21h 51 ^{m.} , en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .			Día 6.— 2h 52 ^{m.} , en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .
	{	19.—20h 51 ^{m.} , en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> .		{	12.—17h 46 ^{m.} , en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> .
		26.—13h 20 ^{m.} , en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> .			20.—15h 40 ^{m.} , en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> .
					28.—18h 48 ^{m.} , en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .

NOTA. Todos los anuncios se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.

DIAMANTE



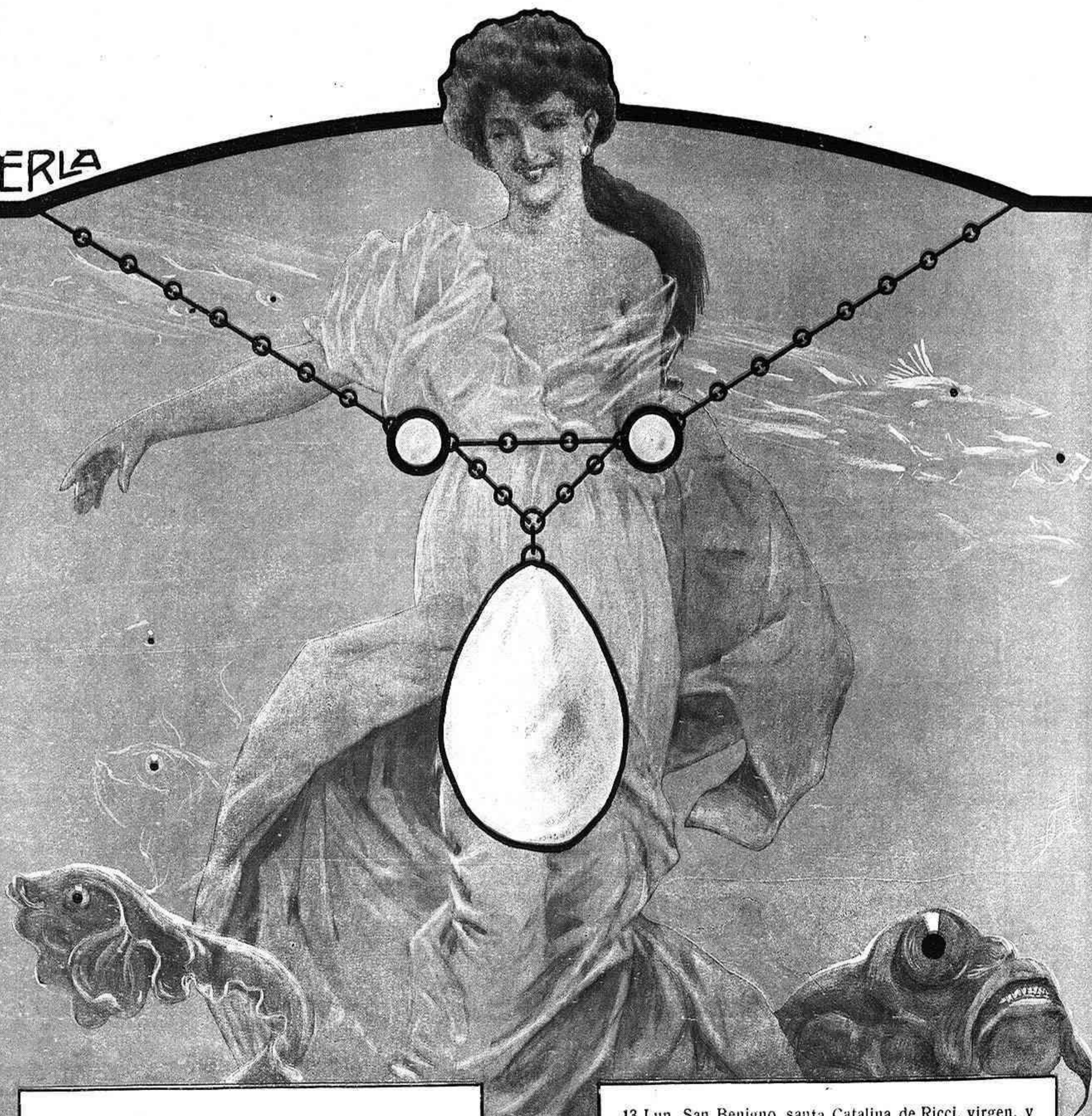
ENERO

- 1 Dom. LA CIRCUNCION DEL SEÑOR; san Fulgencio Ruspense, san Basilio y san Justino, obs.; santa Martina, virgen y mr., y santa Eufrosina, virgen.
- 2 Lun. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Isidoro, ob. y mártir, y san Macario.
- 3 Mart. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de París.
- 4 Miérc. Santos Aquilino, Trifón y Prisciliano, mártires; Tito y Timoteo, ob., y santa Benita, mr.
- 5 Juev. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Vier. *Fiesta.* LA EPIFANIA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.
- 7 Sáb. San Julián y san Raimundo de Peñafort. *Abrense las velaciones.*
- 8 Dom. San Luciano, Teófilo, Eladio, y compañeros, márs., y san Severino, abad.
- 9 Lun. San Julián, mr., y su esposa santa Basilia, virgen.
- 10 Mart. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Miérc. San Higinio, papa y mártir; san Alejandro, ob., y san Anastasio, monje.
- 12 Juev. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mártir; san Martín, canónigo, y san Alfredo, abad.
- 13 Vier. Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Sáb. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presb. y mr.

- 15 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús; san Pablo, primer ermitaño, san Bonifacio, ob., y santos Mauro y Macario, abades.
- 16 Lun. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Mart. San Antonio, abad; san Mariano, diácono, y san Fortunato y compañeros, mártires.
- 18 Miérc. La Cátedra de San Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.
- 19 Juev. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Vier. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.
- 21 Sáb. San Fructuoso, ob., y santa Inés, virgen, mártires.
- 22 Dom. La Sacra Familia; San Vicente, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.
- 23 Lun. *Fiesta.* SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mr., patrona de Teruel.
- 24 Mart. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.; santos Tirso, Eusebio y Metelo, mrs.
- 25 Miérc. La Conversión de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Juev. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.
- 27 Vier. San Juan Crisóstomo, ob. y doctor, y san Julián y compañeros, mrs.
- 28 Sáb. San Julián, ob. y patrón de Cuenca; san Valero, y san Tirso, mr.
- 29 Dom. San Francisco de Sales, ob. y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.
- 30 Lun. San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.
- 31 Mart. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.



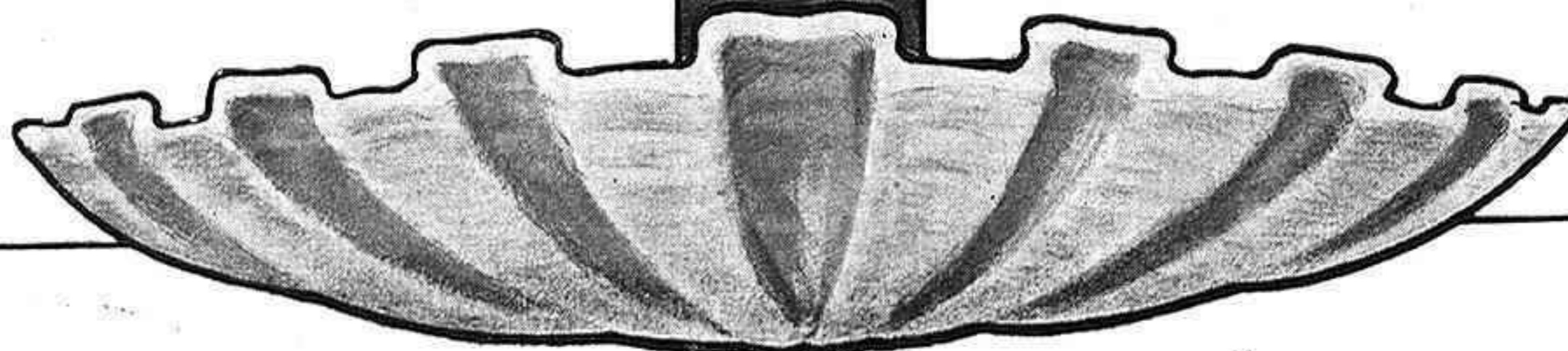
PERLA



FEBRERO

- 1 Miérc. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mrs.
- 2 Juev. *Fiesta. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA* (vulgo *La Candelaria*), y san Cornelio, centurión romano.
- 3 Vier. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Sáb. San Andrés Corsino, ob., y San José de Leonisa, confesor.
- 5 Dom. Santa Agueda, virgen y mr.; san Pedro Bautista y veinticinco compañeros, mártires del Japón.
- 6 Lun. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Mart. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Miérc. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 Juev. Santa Apolonia, virgen y mr., y san Sabino, ob.
- 10 Vier. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 Sáb. San Saturnino, presb., y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Dom. *de Septuagésima*. Santa Eulalia de Barcelona y la primera Traslación de San Eugenio.—*Anima*.

- 13 Lun. San Benigno, santa Catalina de Ricci, virgen, y san Julián, mr.
- 14 Mart. San Valentín, presb., y el beato Juan Bautista de la Concepción.
- 15 Miérc. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Juev. San Julián y cinco mil compañeros, mártires.
- 17 Vier. San Julián de Capadocia y Teódulo, mrs., y santa Constanza, mr.
- 18 Sáb. San Eladio, arzobispo de Toledo.
- 19 Dom. *de Sexagésima*. San Gabino, presb. y mr., y san Álvaro de Córdoba.
- 20 Lun. San León y san Eleuterio, obispos.
- 21 Mart. San Félix y san Maximiano, obispos, y san Severino, ob. y mr.
- 22 Miérc. La Cátedra de San Pedro en Antioquia, y san Pascasio, ob.
- 23 Juev. San Pedro Damiano, ob., cardenal y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 Vier. San Matías, apóstol; santa Primitiva, san Modesto, ob., y san Edilberto, rey.
- 25 Sáb. San Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Dom. *de Quincuagésima*. Santos Fortunato y Félix, mártires, y san Alejandro, ob.
- 27 Lun. Santos Alejandro, Abundio, Fortunato y Julián, mártires, y san Baldomero, conf.
- 28 Mart. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mártires.—*Ciérranse las velaciones*.



ESMERALDA



MARZO

- 1 Miérc. *de Ceniza*. El Santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, ob.—*Principia el ayuno de Cuaresma*.
- 2 Juev. San Lucio, san Pablo y san Heraclio, obispos y mrs.
- 3 Vier. Santos Emeterio y Celedonio, mrs.; san Ticiano, ob. y conf., y san Marcio, mr.
- 4 Sáb. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.
- 5 Dom. *I de Cuaresma*. San Eusebio y compañeros, mártires.
- 6 Lun. Santos Víctor y Victoriano, mrs.; san Olgario, ob., y santa Coleta, virgen.
- 7 Mart. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.—*Anima*.
- 8 Miérc. San Juan de Dios, fundador; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 9 Juev. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.
- 10 Vier. Santos Melitón y cuarenta compañeros, mártires en Sebaste.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 11 Sáb. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mártires.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 12 Dom. *II de Cuaresma*. San Gregorio Magno, papa y doctor, y san Bernardo, ob. y conf.

- 13 Lun. San Leandro, arzobispo de Sevilla; San Rodrigo y san Salomón.
- 14 Mart. Santa Matilde, reina, y santa Florentina, virgen.
- 15 Miérc. San Zacarías, papa; san Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, y san Sisebuto, abad.
- 16 Juev. San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 Vier. San Patricio, ob. y conf.
- 18 Sáb. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.—*Anima*.
- 19 Dom. *III de Cuaresma*. SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal.—*Anima*.
- 20 Lun. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
- 21 Mart. San Benito, abad y fundador, y santa Fabiola, penitente.
- 22 Miérc. Santa Catalina de Suecia, virgen.
- 23 Juev. San Victoriano y compañeros, mártires, y san José Orloí, presb.
- 24 Vier. San Agapito, ob. y mr.
- 25 Sáb. *Fiesta*. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.
- 26 Dom. *IV de Cuaresma*. San Braulio, ob., y santa Eugenia, virgen y mr.—*Anima*.
- 27 Lun. San Ruperto, ob.
- 28 Mart. San Sixto III, papa y conf., y los santos Cástor y Doroteo, mrs.
- 29 Miérc. San Eustasio, abad.
- 30 Juev. San Juan Climaco, abad, y santa Margarita, virgen.
31. Vier. Santa Balbina, virgen, y san Amós, profeta.

TOPACIO



ABRIL

- 1 Sáb. Santos Ignacio y Tesifón, mrs.; Hugón, ob.; Bonifacio, abad, y Venancio, ob. y mr. La impresión de las llagas de santa Catalina.
- 2 Dom. *de Pasión*. San Francisco de Paula y santa María Egipciaca.
- 3 Lun. Santos Pancracio, ob., Ulpiano, mr., y Benito de Palermo, conf.
- 4 Mart. San Isidoro, arzobispo de Sevilla.
- 5 Miérc. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.
- 6 Juev. San Celestino, papa y mr.
- 7 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora; San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.—*Anima*.
- 8 Sáb. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín. *Anima*.
- 9 Dom. *de Ramos*. Santa María Cleoté y santa Casilda, virgen.
- 10 Lun. *Santo*. Santos Urbano, Apolonio, Terencio y Pompeyo, mrs.; san Macario, ob. y conf.; san Daniel y san Ezequiel, profetas.
- 11 Mart. *Santo*. San León Magno, papa y doctor.
- 12 Miérc. *Santo*. San Víctor, mr., y San Zenón, ob.—*Abstinencia de carne*.
- 13 Juev. *Santo*. San Hermenegildo, mr.—*Abstinencia de carne*.
- 14 Vier. *Santo*. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires, y san Pedro González Telmo.—*Abstinencia de carne*.

- 15 Sáb. *Santo*. Santas Basilisa y Anastasia, mrs.—*Abstinencia de carne*.
- 16 Dom. *Pascua de Resurrección*. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.
- 17 Lun. El Patrocinio de San José; san Aniceto, papa y mr.; la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo e Isidoro.
- 18 Mart. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Miérc. San Vicente de Colibre, Sócrates, Dionisio y Hermógenes, mrs.
- 20 Juev. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.
- 21 Vier. San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Sáb. Santos Sotero y Cayo, papas y mrs.
- 23 Dom. *de Cuasimodo ó In albis*. San Adalberto, ob. y mr.; san Félix, presb., y Nuestra Señora de las Batallas.
- 24 Lun. San Fidel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, ob.—*Abrense las velaciones*.
- 25 Mart. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Lecturas mayores*.
- 26 Miérc. Santos Cleto y Marcelino, papas y mrs.; la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores, y san Basileo.—*Anima*.
- 27 Juev. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima; Pedro Armengol, y el beato Pedro Canisio.
- 28 Vier. San Prudencio, ob.; san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fundador.
- 29 Sáb. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.
- 30 Dom. Santa Catalina de Sena y los santos mártires de Córdoba, Amador, presb., Pedro y Luis.

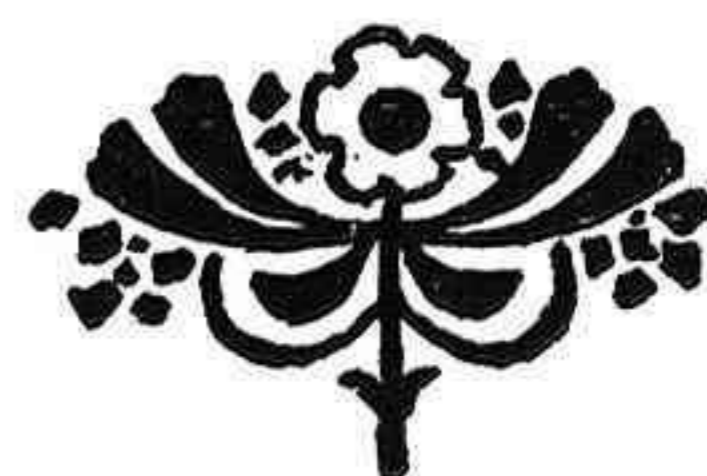
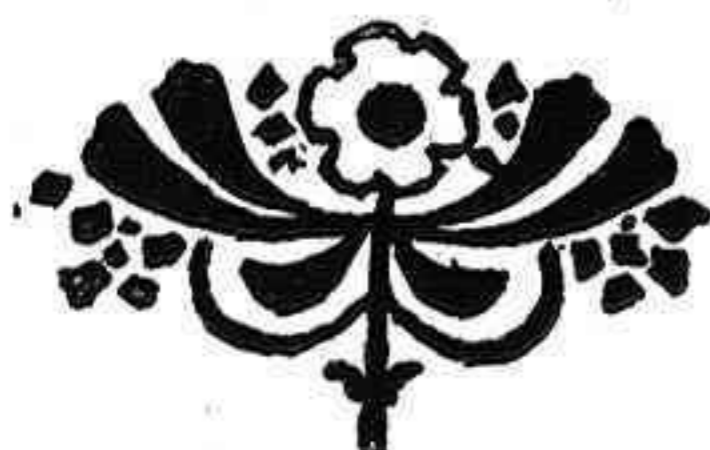


RUBÍ

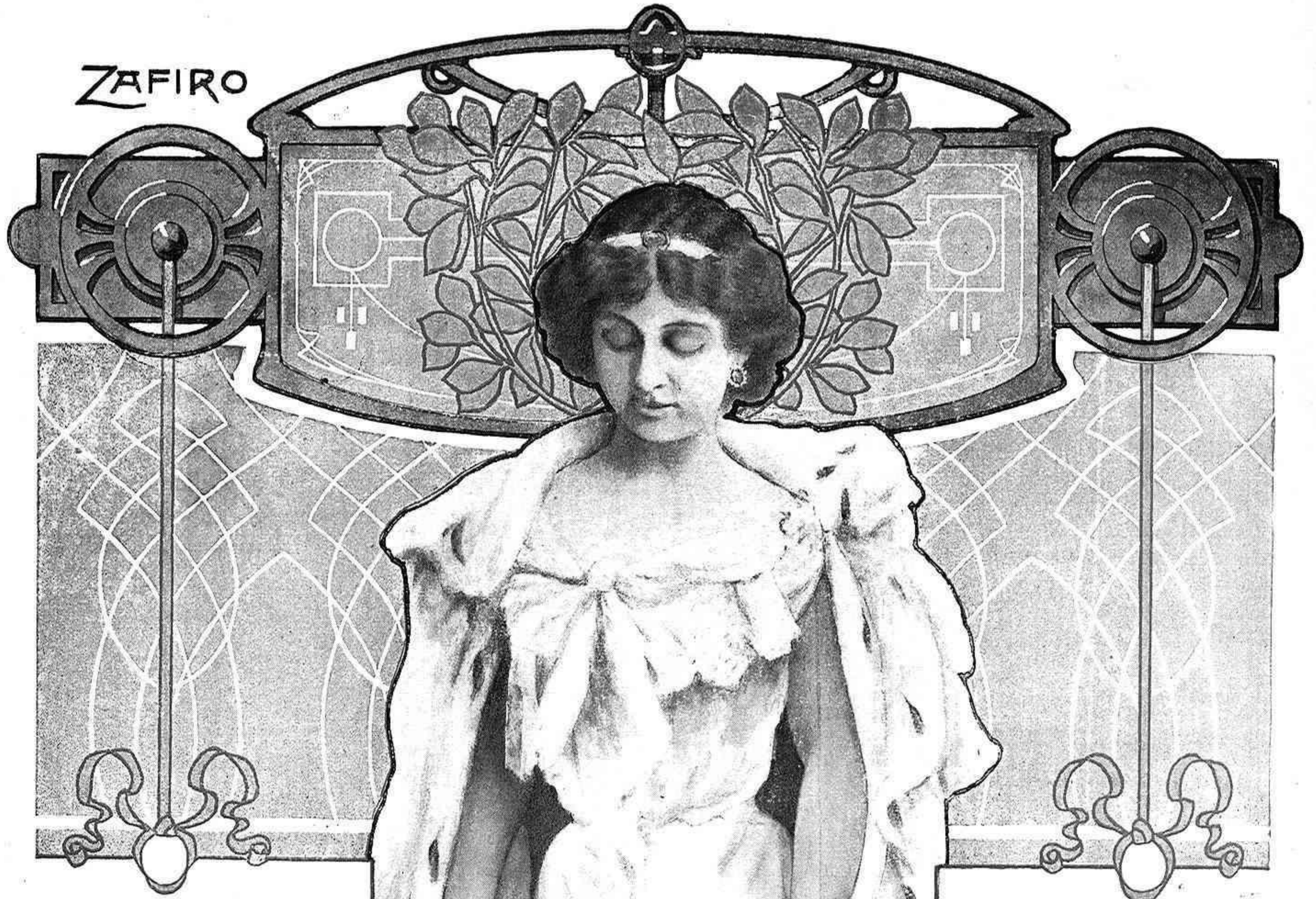
MAZO

- 1 Lun. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
- 2 Mart. San Atanasio, ob. y doctor.—*Fiesta Nacional.*
- 3 Miérc. La Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa; Evencio y Teóduo, mrs.
- 4 Juev. Santa Mónica, madre de san Agustín.
- 5 Vier. San Pío V, papa, y la Conversión de San Agustín.
- 6 Sáb. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista.
- 7 Dom. El Patrocinio de San José, y san Estanislao, ob. y mr.
- 8 Lun. La Aparición del arcángel san Miguel.
- 9 Mart. San Gregorio Nacianceno, ob. y doctor.
- 10 Miérc. San Antonino, arz. de Florencia.
- 11 Juev. Santos Mamerto, ob., y Anastasio, mártir.
- 12 Vier. Santo Domingo de la Calzada, conf., y santa Domitila, mr.
- 13 Sáb. San Pedro Regalado, conf.
- 14 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados; san Bonifacio y san Víctor, mártires.
- 15 Lun. *Fiesta.* SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato, obispo.

- 16 Mart. San Juan Nepomuceno, y san Ubaldo, ob.
- 17 Miérc. San Pascual Bailón, conf.
- 18 Juev. Santos Venancio, mr., y Félix de Cantalicio, conf.
- 19 Vier. San Pedro Celestino, papa.
- 20 Sáb. San Bernardino de Sena, conf., y san Baudilio y san Alejandro, mártires.
- 21 Dom. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.
- 22 Lun. Santa Rita de Casia, viuda, y santas Quiteria y Julia, virgenes y mártires.—*Letanias.*
- 23 Mart. La Aparición de Santiago, apóstol.—*Letanias.*
- 24 Miérc. San Robustiano, mr., y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.—*Letanias.*
- 25 Juev. *Fiesta.* LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.
- 26 Vier. San Felipe Neri, conf.
- 27 Sáb. San Juan, papa y mr.
- 28 Dom. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, conf.
- 29 Lun. San Maximino, ob., y san Restituto, mártir.
- 30 Mart. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mr.
- 31 Miérc. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mrs.



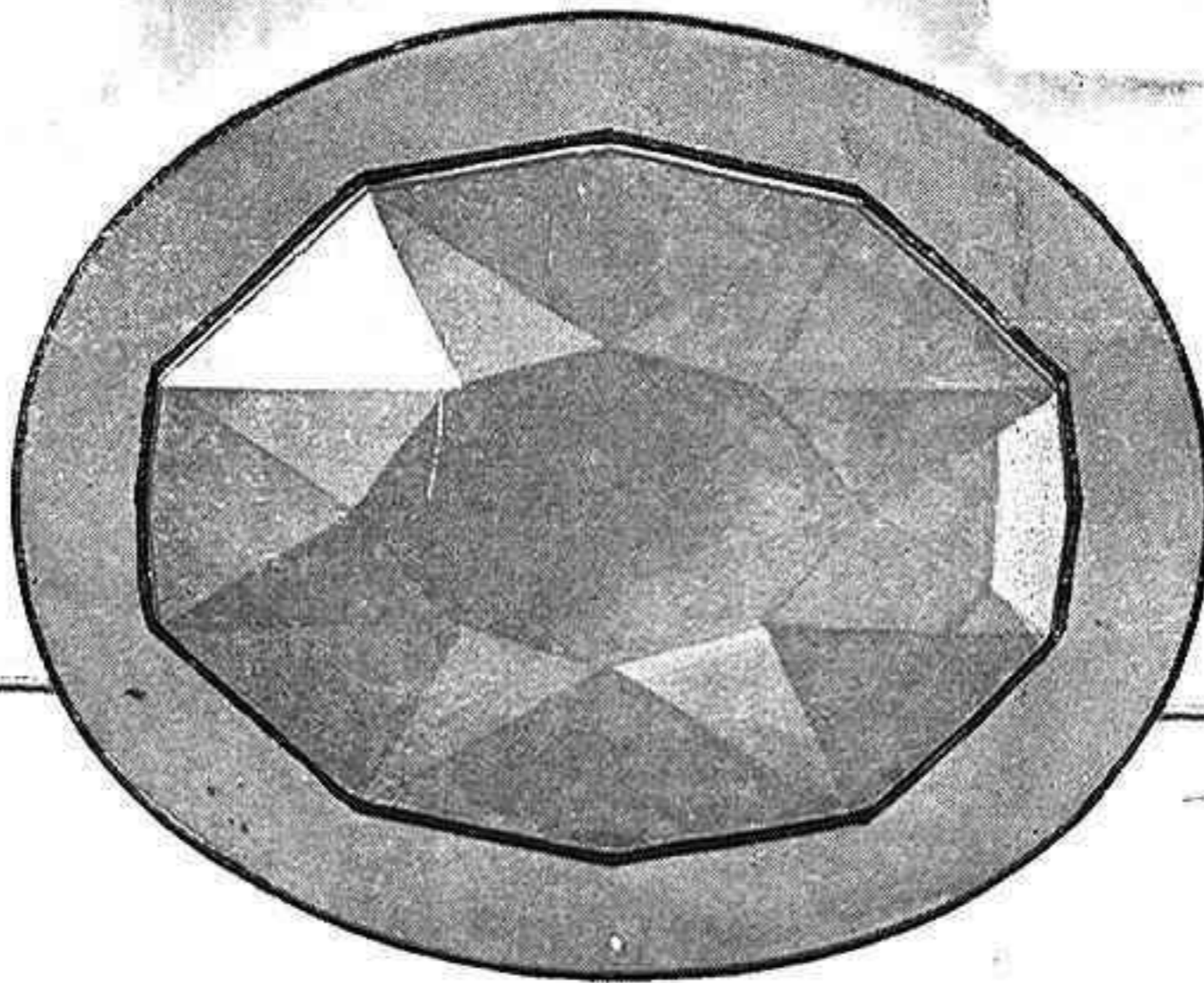
ZAFIRO



JUNIO

- 1 Juev. San Segundo, ob. y mr.; san Inigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mrs.
- 2 Vier. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.
- 3 Sáb. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 4 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS, y San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 Lun. San Bonifacio, ob. y mr.
- 6 Mart. San Norberto, arz., fundador de la Orden Premonstratense.
- 7 Miérc. San Pedro y compañeros, mrs., monjes de Córdoba.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 8 Juev. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.—*Anima.*
- 9 Vier. Santos Primo y Feliciano, hermanos, mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 10 Sáb. Santa Margarita, reina de Escocia, y santos Crispulo y Restituto.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Anima.*
- 11 Dom. La Santísima Trinidad; san Bernabé, apóstol; san Félix y san Fortunato.
- 12 Lun. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basíliades, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 Mart. San Antonio de Padua, confesor, y san Fandila, mártir en Córdoba.
- 14 Miérc. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, prof.
- 15 Juev. *Fiesta.* SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI; San Vito,

- san Modesto y santas Crescencia y Benilde, mrs.
- 16 Vier. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda, virgen.
- 17 Sáb. San Manuel y compañeros, mártires; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Dom. Santos Marco y Marcelliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Lun. Santa Juliana de Falconeri, virgen; san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mrs.
- 20 Mart. San Silverio, papa y mártir; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir de Japón.
- 21 Miérc. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo.
- 22 Juev. San Paulino, ob., y san Acacio y compañeros, mrs.
- 23 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús; san Juan, presb. y mr., y santa Agripina, virgen y mr.
- 24 Sáb. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Lun. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Mart. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Miérc. San León II, papa, y san Argimiro, mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 29 Juev. *Fiesta.* SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles
- 30 Vier. La Commemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.



AMATISTA



JULIO

- 1 Sáb. Santos Casto y Secundino, mrs.
- 2 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y La Visitación de Nuestra Señora.
- 3 Lun. San Trifón y el beato Raimundo Lulio, mrs.
- 4 Mart. San Laureano, ob. y mr., y el beato Gaspar Bono.
- 5 Miérc. Santos Cirilo y Metodio, obispos; san Miguel de los Santos, y santa Zoa, mr.
- 6 Juev. Santa Lucía, mr.
- 7 Vier. San Fermín, ob. y mr.; san Odón, ob., y san Lorenzo de Brindis, conf.
- 8 Sáb. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Dom. Santos Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs.
- 10 Lun. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y santa Rufina.
- 11 Mart. San Pío I, papa y mr., y santa Verónica de Julianis.
- 12 Miérc. Santos Juan Gualberto, abad; Nabor y Félix, mrs.
- 13 Juev. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Vier. San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 Sáb. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.
- 16 Dom. Nuestra Señora del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diácono.

- 17 Lun. San Alejo, conf., y san León IV, papa y conf.
- 18 Mart. Santa Sinforsosa y sus siete hijos, y san Federico.
- 19 Miérc. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Juev. San Elías, profeta, y san Jerónimo Emiliano.
- 21 Vier. Santa Práxedes, virgen; san Víctor y san Alejandro.
- 22 Sáb. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Dom. San Apolinar, ob. y mr., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Lun. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, confesor.—Ayuno.
- 25 Mart. *Fiesta.* SANTIAGO, APÓSTOL, patrón de España
- 26 Miérc. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.
- 27 Juev. Santos Pantaleón y Cucufate, mrs., y santa Juliana
- 28 Vier. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.
- 29 Sáb. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa; Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Dom. San Abdón, san Senén y san Rufino, mrs.; san Teodomiro, ob., y santas Julita y Segunda, mrs.
- 31 Lun. San Ignacio de Loyola, conf., fundador de la Compañía de Jesús y santos Demócrito, y Segundo.

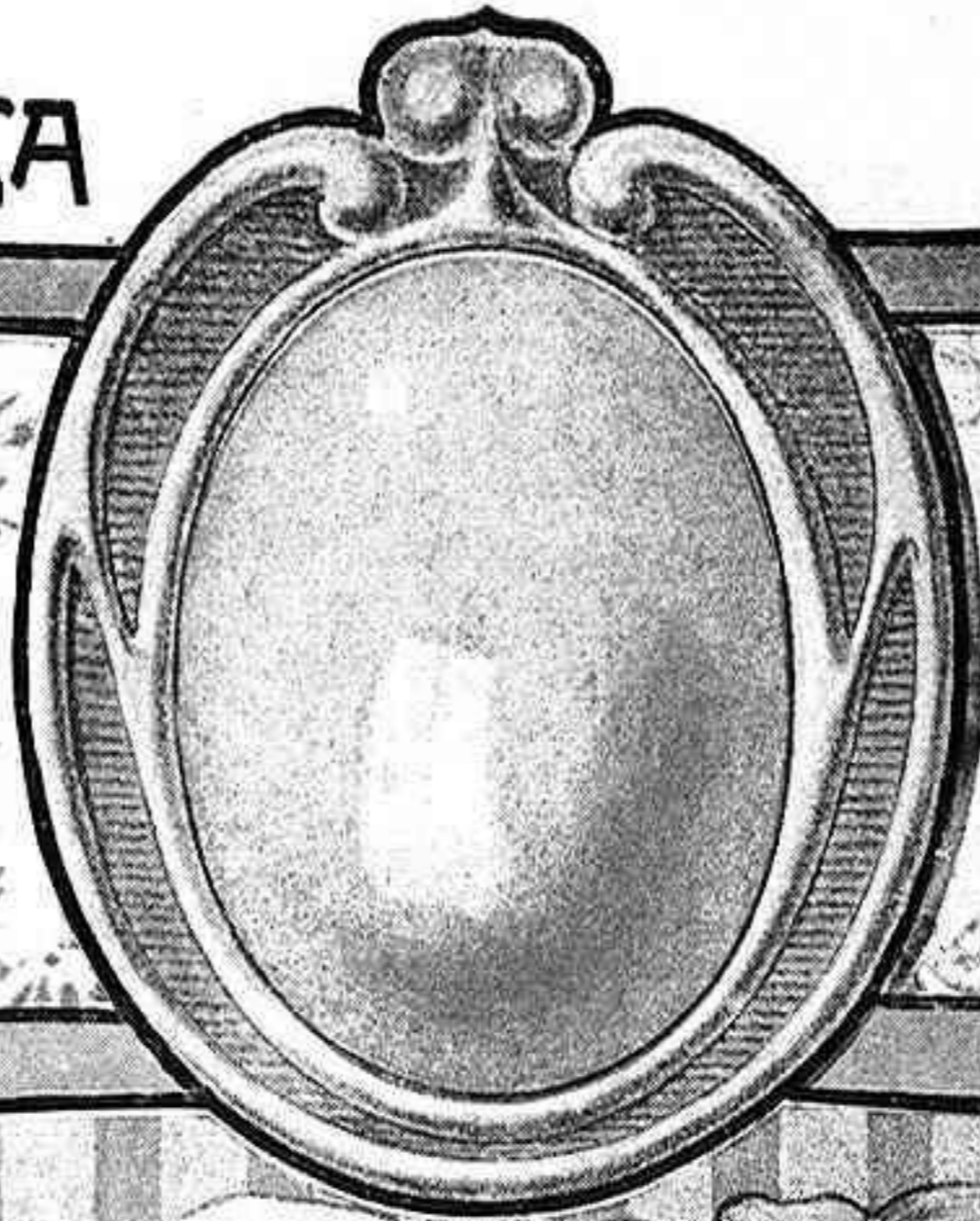
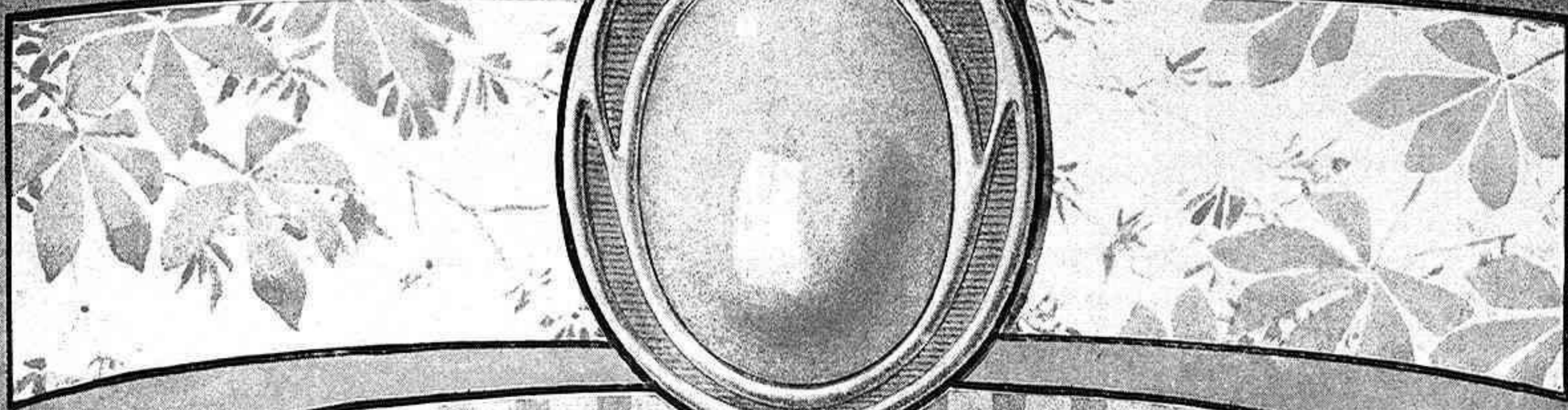
AGUA MARINA



AGOSTO

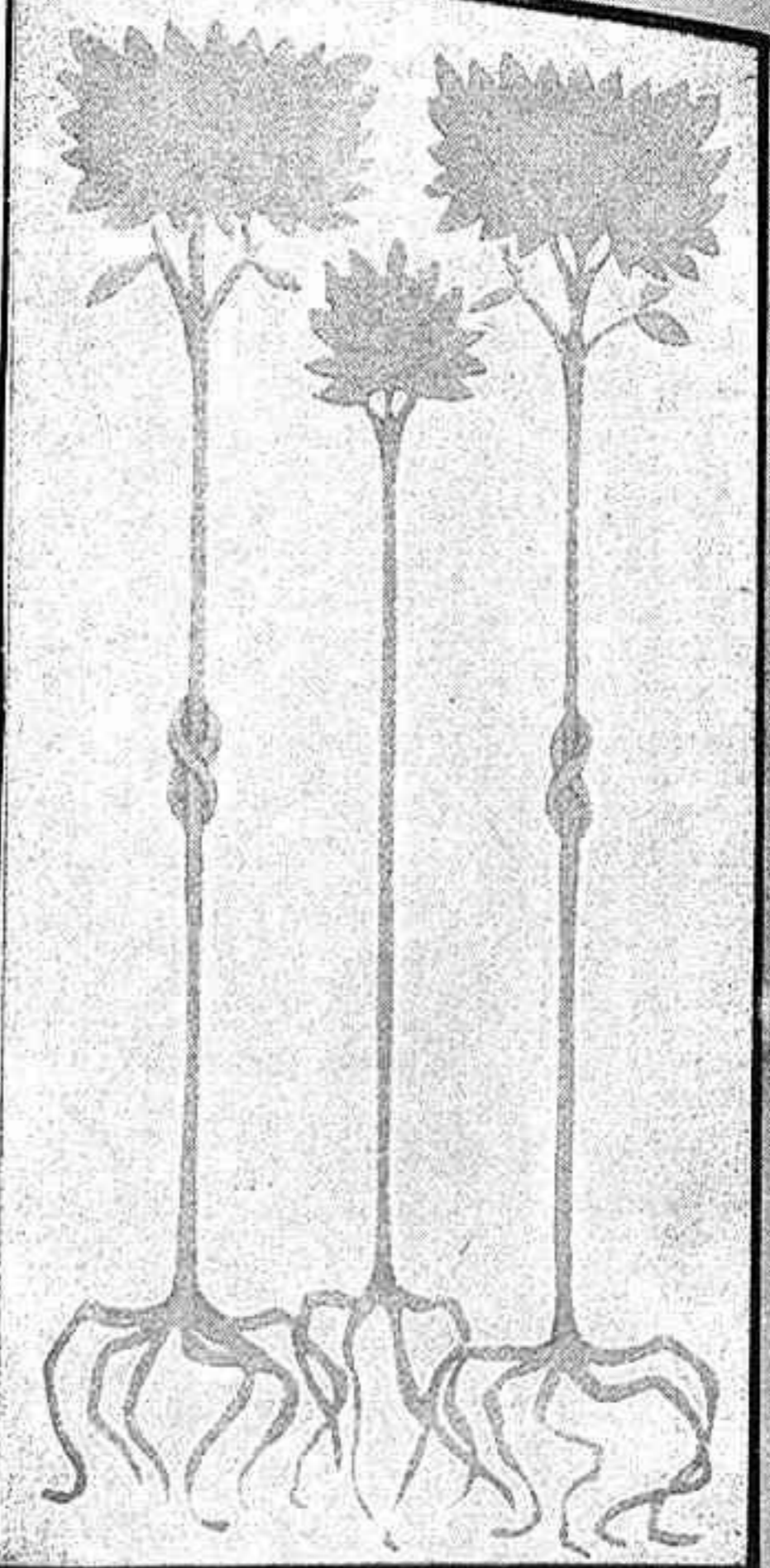
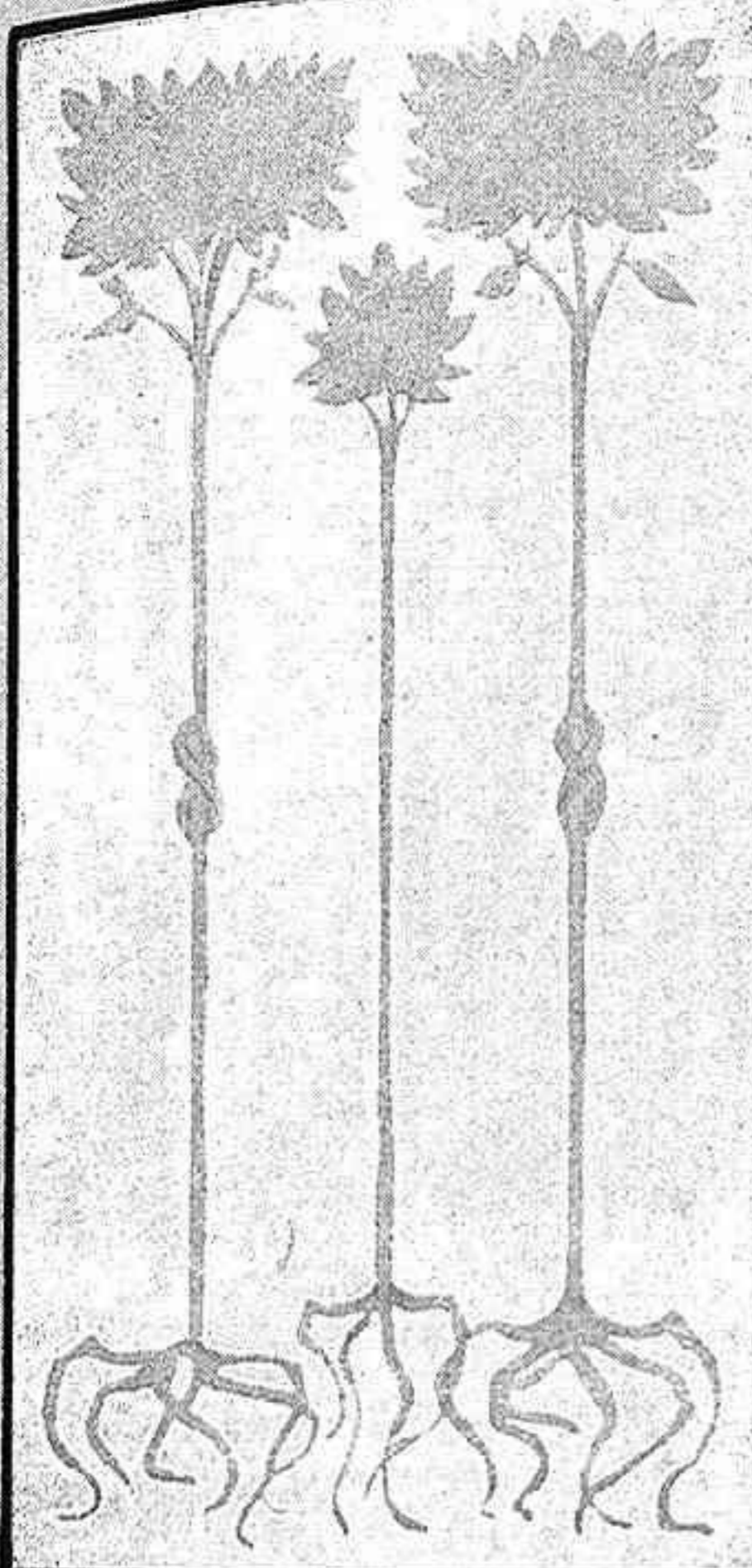
- 1 Mart. San Pedro Advíncula y san Félix, mártir de África.
2 Miérc. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso María de Ligorio y san Pedro, obispo de Osma.—*Jubileo de la Porciúncula.*
3 Juev. La Invencción del cuerpo de san Esteban, protomártir.
4 Vier. Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores.
5 Sáb. Nuestra Señora de las Nieves y san Abel ó Abelardo, abad.
6 Dom. La Transfiguración del Señor y santos Justo y Pastor, mrs.
7 Lun. San Cayetano, fundador de los Teatinos, y san Alberto de Sicilia.
8 Mar. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
9 Miérc. San Román, mr.
10 Juev. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, virgen y mr.
11 Vier. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
12 Sáb. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
13 Dom. Santos Hipólito y Casiano, y santas Centola y Elena, mrs.
14 Lun. San Eusebio, presb., y san Pablo.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
15 Mart. *Fiesta.* LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.
16 Miérc. Santos Roque y Jacinto, confesores.
17 Juev. San Pablo y santa Juliana, hermanos, mrs.
18 Vier. San Agapito, mr., y santa Elena, emperatriz.
19 Sáb. San Luís, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
20 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, y san Bernardo, abad y doctor.
21 Lun. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, y san Filiberto.
22 Mart. Santos Timoteo, Hipólito, ob., y Sinfiriano, mrs.
23 Miérc. San Felipe Benicio, conf.; san Cristóbal y san Leovigildo, mrs.
24 Juev. San Bartolomé, apóstol.
25 Vier. San Luís, rey de Francia, y san Ginés de Arlés.
26 Sáb. Santos Ceferino, papa, y Victor, presb., mrs.
27 Dom. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, y san Rufo, ob.
28 Lun. San Agustín, ob. y doctor; san Hermes y san Pelayo, mrs.
29 Mart. La Degollación de San Juan Bautista, y santa Sabina.
30 Miérc. Santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Adauto, mrs.
31 Juev. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño mr.

TURQUESA



SEPTIEMBRE

- 1 Vier. San Gil, abad; y santa Ana, profetisa.
- 2 Sáb. San Esteban y san Antolín, mrs.
- 3 Dom. Nuestra Señora de la Consolación.
- 4 Lun. Santas Cándida, Rosa y Rosalía.
- 5 Mart. San Lorenzo Justiniano y santa Obdulia.
- 6 Miérc. San Eugenio y compañeros, mrs.
- 7 Juev. Santa Regina, virgen y mr.
- 8 Vier. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mr.
- 9 Sáb. San Gregorio y Sta. María de la Cabeza.
- 10 Dom. El Dulce Nbre. de María y San Nicolás.
- 11 Lun. Santos Proto y Jacinto, hermanos, mrs.
- 12 Mart. San Leoncio y compañeros, mrs., y san Vicente, abad.
- 13 Miérc. San Felipe, mr.
- 14 Juev. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Vier. San Nicomedes y san Emilliano.
- 16 Sáb. San Cornelio, san Cipriano y Sta. Lucía.
- 17 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Señora.
- 18 Lun. Santo Tomás de Villanueva.
- 19 Mart. San Jenaro y el beato Alonso de Orozco.
- 20 Miérc. San Eustaquio y compañeros, mrs.—*Tèmpora.*— *Ayuno.*
- 21 Juev. San Mateo, apóstol y evangelista.
- 22 Vier. San Mauricio — *Tèmpora.*— *Ayuno.*
- 23 Sáb. San Lino, papa. — *Tèmpora.*— *Ayuno.*
- 24 Dom. Nuestra Señora de las Mercedes.
- 25 Lun. San Lope, ob., y san Formerio, mr.
- 26 Mart. San Cipriano y santa Justina, virgen.
- 27 Miérc. Santos Cosme y Damián, hermanos, mártires.
- 28 Juev. San Wenceslao y santa Eustoquia.
- 29 Vier. La Dedicación del arcángel san Miguel.
- 30 Sáb. San Jerónimo y san Gregorio.



GRANATE



OCTUBRE

- 1 Dom. Nuestra Señora del Rosario y el santo Angel de la Guarda.
2 Lun. Los santos Angeles Custodios, san Olegario, ob. y mr., y san Saturio.
3 Mart. Santos Cándido y Dionisio, mrs.
4 Miérc. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.
5 Juev. San Plácido y compañeros, mrs.
6 Vier. San Bruno, fundador de los Cartujos.
7 Sáb. San Marcos, papa, y san Sergio, mr.
8 Dom. Santa Brígida, viuda y fundadora.
9 Lun. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
10 Mart. San Francisco de Borja.
11 Miérc. San Fermín y san Nicasio, obispos.
12 Juev. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.
13 Vier. San Eduardo, rey de Inglaterra.
14 Sáb. San Calixto, papa y mr.
15 Dom. Santa Teresa de Jesús, fundadora de las Carmelitas Descalzas.
16 Lun. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
17 Mart. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.
18 Miérc. San Lucas, evangelista, y san Justo, mr.
19 Juev. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria, y santa Pelagia, virgen y mr.
20 Vier. San Juan Cancio, presb., y santa Irene.
21 Sáb. San Hilarión, abad y santa Úrsula.
22 Dom. Santa Salomé, viuda, y las santas Nunilo y Alodia, vírgenes y mrs.
23 Lun. San Pedro Pascual, ob. y mr., y san Juan Capistrano.
24 Mart. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, ob.
25 Miérc. San Crisanto y santa Daría.
26 Juev. San Evaristo, papa y mr., y santos Luciano, Marciano y Valentín, mrs.
27 Vier. San Vicente y santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs.
28 Sáb. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.
29 Dom. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mr.
30 Lun. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs.
31 Mart. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.



JACINTO



NOVIEMBRE

- 1 Miérc. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Juev. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Vier. Los Innumerables Mártires de Zaragoza, y san Armentol ó Ermengol, ob.
- 4 Sáb. San Carlos Borromeo, arz., y san Vidal, mr.
- 5 Dom. San Zacarias, prof., y santa Isabel, padres de San Juan Bautista.
- 6 Lun. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Mart. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Miérc. Santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Juev. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 Vier. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Sáb. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora; san Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá y san Millán, presb.
- 13 Lun. San Eugenio III, y San Homobono, conf.
- 14 Mart. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obispos.
- 15 Miérc. San Leopoldo, conf., y san Eugenio I, arzobispo de Toledo.
- 16 Juev. San Rufino y compañeros, mártires, y Santa Inés de Asís, virgen.
- 17 Vier. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Sáb. La Dedicación de la Basílica de san Pedro y san Pablo, en Roma, y santos Máximo y Román.
- 19 Dom. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Lun. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 Mart. La Presentación de Nuestra Señora, y los santos Rufo, ob. y conf., y Esteban, mr.
- 22 Miérc. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Juev. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Vier. San Juan de la Cruz, y san Crisógono, mr.
- 25 Sáb. Santa Catalina, virgen y mr., y san Moisés.
- 26 Dom. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.
- 27 Lun. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Mart. San Gregorio III, papa.
- 29 Miérc. San Saturnino, ob. y mr.
- 30 Juev. San Andrés, apóstol, y san Cástulo, mr.

ÓPALO



DICIEMBRE

- 1 Vier. Santa Natalla, viuda, y san Luclo, mr.
- 2 Sáb. Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob., y santa Elisa, virgen.—*Cierranse las velaciones.*
- 3 Dom. *I de Adviento.* San Francisco Javier, conf.
- 4 Lun. Santa Bárbara, virgen y mr.
- 5 Mart. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.
- 6 Miérc. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 Juev. San Ambrosio, ob. y doctor.—*Ayuno.*
- 8 Vier. *Fiesta.* LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 9 Sáb. Santa Leocadia, virgen y mr.—*Ayuno.*
- 10 Dom. *II de Adviento.* La Traslación de la Santa Casa de Loreto, y san Melquiades, papa.
- 11 Lun. San Dámaso, papa, y san Sabino.
- 12 Mart. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico; san Hermógenes y san Donato.
- 13 Miérc. Santa Lucía, virgen y mr.
- 14 Juev. San Nicasio, ob. y mr., y san Espiridión, ob.
- 15 Vier. San Eusebio de Vercelli, ob. y mr.
- 16 Sáb. San Valentin y compañeros, mrs.
- 17 Dom. *III de Adviento.* San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, conf., y santa Olimpia.
- 18 Lun. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O).
- 19 Mart. San Nemesio, mr.
- 20 Miérc. Santo Domingo de Silos, abad, y san Jullo, mártir.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 21 Juev. Santo Tomás, apóstol.
- 22 Vier. San Demetrio y compañeros, mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 23 Sáb. Santa Victoria, virgen y mr.—*Témpora.*—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 24 Dom. *IV de Adviento.* San Gregorio, presb. y mr.
- 25 Lun. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia, mr.
- 26 Mart. San Esteban, protomártir.
- 27 Miérc. San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 Juev. Los Santos Inocentes, mrs.
- 29 Vier. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
- 30 Sáb. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, ob.
- 31 Dom. San Silvestre, papa y conf.

F. de Federico
1910.



¡CATAPLÚMI
Cuadro de M. Barbasán.



LA PRIMERA LECCIÓN

Cuadro de De Chirico.

EL PRONÓSTICO DEL TIEMPO

Utilidad de los pronósticos relativos al estado del tiempo.

Las predicciones empíricas.

No llueve ó deja de llover al azar, ni el buen tiempo y el mal tiempo se suceden ó distribuyen al acaso por la superficie de la Tierra; pero las circunstancias que determinan el estado atmosférico cada día y en cada localidad son tantas y tan variables que, para los efectos en la práctica, las cosas ocurren como si los cambios de tiempo no estuviesen sometidos á regla alguna ó bien regidos por una voluntad caprichosa y voluble cuyos antojos fuera imposible prever ó pronosticar.

Á nadie se oculta lo utilísimo que sería predecir á largo plazo y con seguridad, el estado atmosférico reinante en una región en una fecha precisa ó durante una época determinada. Los viajes por mar, las faenas agrícolas, las fiestas públicas, las operaciones militares y hasta las ocupaciones habituales podrían prepararse y regularse sin que se produjeran catástrofes, perjuicios ó molestias por causa del mal tiempo. Desgraciadamente, la Humanidad no ha sido, hasta ahora, poseedora de este conocimiento y en el transcurso de los siglos se han registrado innumerables siniestros marítimos, cosechas perdidas, campañas malogradas, fiestas que se han aguado y planes de todo género deshechos por las vicisitudes atmosféricas.

Se dirá que en los almanaques se nos da, anunciada para todo el año y para todo el país á que cada almanaque se destina, la distribución del bueno y del mal tiempo, hecha por períodos correspondientes á las distintas fases de la Luna, y que, por lo tanto, en lo concerniente á este asunto ya no hay más que pedir; pero el público va estando ya lo suficientemente instruído para comprender que tales pronósticos carecen de base científica y son charlatanismo puro. No es difícil predecir de un modo vago grandes calores y tormentas en el verano, lluvias en el otoño, fríos y nevadas en el invierno, tiempo revuelto en primavera. Y, para un país extenso y tan vario en regiones, condiciones climatológicas distintas, como España, aún se puede precisar algo más y anunciar nevadas para una semana determinada de Diciembre, por ejemplo, porque si no nieva en la Mancha, es seguro que nevará en Navarra, ó en León, ó en las montañas catalanas, y con esto se juzga salvado el crédito del profeta.

Además, haciendo resaltar mucho las ocasiones en que se haya *acertado* y callándose cuantas veces la realidad no haya correspondido al pronóstico, es como han podido fijar temporalmente la atención pública los confeccionadores de almanaques y todos los que, asegurando que tienen procedimientos propios, hacen predicciones á largo plazo acerca del tiempo. Anotando con cuidado las

veces en que tales empíricos han acertado y las que no se advertirá siempre que la proporción entre los aciertos y errores no pasa de la que tendrían si se hubiera pronosticado al azar, como cuando se juega á pares ó nones.

Datos suministrados por la observación.

Adagios y dichos populares.

Pero si las predicciones para una estación entera ó para todo un año carecen, hoy por hoy, de base científica en qué apoyarse, no sucede lo mismo con los pronósticos á corto plazo, es decir, para uno ó dos días y, en casos especiales, para algunos más.

Por irregulares y repentinos que los cambios de tiempo puedan aparecer, siempre suelen ir precedidos de ciertos indicios que, observados con cuidado, pueden suministrar algunos datos para juzgar, con bastante probabilidad de acierto, acerca del estado del tiempo en cada localidad con un día ó dos de anticipación.

En todos los países existen frases ó proverbios relativos á esos indicios que anuncian cambios de tiempo. Tales frases que, en la mayoría de los casos, se remontan en su origen á muy remota antigüedad, constituyen á veces prejuicios sin fundamento, pero otras muchas resumen nociones exactas basadas en observaciones repetidas por siglos y siglos.

Así, los habitantes de los valles conocen por el aspecto del cielo, en la proximidad de algunas de las montañas que los rodean, los cambios meteorológicos que pueden ocurrir. Entre las sierras que circundan á Granada, y sirva de ejemplo, se eleva la Susana, que termina al Oeste en el gran monte de Parapanda. Este es el barómetro de los pueblos de la vega y del que dicen:

«Cuando Parapanda se pone la montera
Llueve, aunque Dios no lo quisiera.»

En las tierras de Murcia, cuando sopla el viento del Sudeste, que lleva humedad del Mediterráneo, pero que necesita un agente que la condense para producir la lluvia, dicen los naturales del país: «Si ahora cambiara el viento llovería.» Queriendo indicar que si el viento cálido, que entonces sopla, se encontrase con el del Norte ó Noroeste, al contacto de este otro viento se enfriaría y sobrevendría la lluvia. Por eso dicen también: «Levante viene con Bórea, buen tiempo para llover.»

Estudiando estos signos locales de las variaciones del tiempo, se advierte que los hay que tienen la misma significación en todas las regiones del globo, mientras hay otros cuya indicación es muy distinta en países diferentes. Así, las nubes llamadas cirros, cuando se presentan

en filamentos muy finos y casi estacionarios son, en el mundo entero, señal de buen tiempo; en cambio los cirros desflecados y con movimientos rápidos indican en todas partes que se aproxima una tempestad.

Pero, un cielo cubierto de cirro-cúmulos, nubes que semejan balas de algodón, es signo de buen tiempo en las Islas Británicas y da una indicación opuesta en el Sur de Europa, especialmente en ciertas regiones de Andalucía y de Italia; en los países tropicales esta misma clase de nubes no tiene significación alguna, pues igualmente se presentan con el buen tiempo, como con el malo.

Esta diversidad frecuente en la significación de un mismo fenómeno hace que no pueda fundarse en esta clase de señales un conjunto de reglas generales para la predicción de los cambios atmosféricos; pero sería utilísimo é interesante que en cada región hiciesen observadores experimentados una lista de las señales locales precursoras de cambio de tiempo con los proverbios ó frases que les correspondan. Don Carlos Puente y Úbeda, primer astrónomo del Observatorio de Madrid, ha reunido en un libro curiosísimo (*Refranero meteorológico*) muchos de los adagios, dichos y sentencias que, acerca de esta materia, corren de boca en boca en distintas regiones de España.

Pronósticos locales.

Teniendo en cuenta las señales más seguras de cambio de tiempo en cada localidad y apreciando las variaciones en la presión atmosférica, en la temperatura y en la humedad, pueden hacerse, sin embargo, pronósticos á corto plazo con bastante probabilidad de acierto. Por esta razón son muy útiles las indicaciones del barómetro (medidor de la presión atmosférica), del termómetro (que señala la temperatura) y de los higrómetros (que indican el grado de humedad).

Pero el que la presión atmosférica sea grande ó sea débil no es circunstancia que por sí sola se pueda tomar como signo de bueno ó de mal tiempo.

Así es que las indicaciones de lluvia, variable y buen tiempo que se encuentran marcadas en sitios fijos de la escala barométrica no tienen por sí mismas ningún valor real. Lo que hay que tener en cuenta no es el valor absoluto de la presión atmosférica, sino las variaciones de ésta, medidas por los movimientos del barómetro. Por esta razón los barómetros registradores prestan grandes servicios, pues por medio de ellos se pueden apreciar de una manera continua los cambios de la presión. Cuando los movimientos barométricos son rápidos, lo mismo indicando aumento de presión que disminución de ésta, señalan perturbaciones en la atmósfera y tiempo variable; por el contrario, cuando el barómetro se presenta estacionario y marcando perfectamente la variación diurna de la presión, la atmósfera está en calma y el tiempo no presenta señales de cambio inmediato.

La temperatura y la humedad pueden suministrar también indicaciones muy útiles. Una noche clara con atmósfera despejada y con producción abundante de rocío son, por lo común, señales de persistencia en el buen tiempo, pues el rocío se produce cuando la atmósfera está en calma y mostrando gran transparencia, prueba de que

las capas elevadas están secas. En invierno, después de un período de buen tiempo, si las paredes y las piedras dan muestra de humedad y en lo alto de las montañas se presentan masas de nubes, puede asegurarse que la lluvia está próxima.

En general, la mayor ó menor pureza del cielo, el aspecto y las coloraciones que éste presenta en los ortos y ocasos del Sol dependen del estado hidrométrico de la atmósfera, el cual es función, á su vez, de la cantidad de agua en vapor existente en el aire y de la temperatura. Así un Sol brillante y un cielo sin nubes en el momento del orto indican buen tiempo, lo mismo que el color rosado del cielo, esté ó no despejado, al llegar el ocaso. Si el color rosado que el firmamento suele presentar durante la aurora se desvanece inmediatamente á la salida del Sol es probable la lluvia, y también lo es cuando el Sol se pone tras espesas nubes mientras que el cielo por la parte de Levante se presenta con matiz rojizo.

Si existen nubes á la salida del Sol y éstas se disipan ó se alejan hacia el Oeste á medida que el astro se eleva, indican que hará buen día; en cambio, si los primeros rayos solares se presentan cuando el astro se halla ya bastante elevado sobre el horizonte, saliendo entre las nubes, y el resplandor rojizo del cielo es intenso y cubre bastante extensión, debe esperarse agua y viento.

El Sol poniente, tras una estrecha banda de nubes, indica viento; si, al ponerse el Sol, el cielo hacia el Oeste se presenta sin nubes y de matiz anaranjado claro, puede esperarse buen tiempo; si el cielo está rojo ó amarillo brillante, viento; si amarillo claro, lluvia. Cuando al llegar el Sol á su ocaso, el cielo está claro por el Sur, es muy probable buen tiempo el día siguiente; pero si aparece muy rojo hacia el Sudoeste, la lluvia está próxima.

Si á la salida del Sol presenta el disco de este astro sus contornos mal definidos, será señal de tiempo fijo en invierno y de chubascos en verano.

Cuando el Sol se presenta rodeado de un halo, á la vez reina viento y el barómetro está en baja, es casi segura la llegada de una depresión atmosférica. El halo sin viento y con barómetro casi estacionario, es solamente presagio de lluvia.

Las nubes llamadas cirros, cuando se presentan en filamentos muy finos y estacionarios, anuncian en todas partes buen tiempo; pero si se espesan y apelotonan, formando lo que se llama *cielo aborregado*, indican cambio de tiempo; cuando se apelotonan y se mueven anuncian tempestad.

Nubes pequeñas de color obscuro anuncian lluvia; nubes ligeras corriendo delante de otras más densas presagian lluvia ó viento, y si van solas, viento solamente. Nubes altas corriendo en dirección opuesta á la de otras más bajas manifiestan un cambio de viento.

En España las nubes cirro-cúmulos anuncian agua, y, en general, siempre que se vean las nubes pequeñas aumentar de volumen hay tendencia á la lluvia; en cambio, si las densas disminuyen es señal de buen tiempo.

Cuando el firmamento se presenta rojo ó amarillo al amanecer, puede contarse con viento y tiempo variable; si el cielo es blanquecino, con lluvia; si azul obscuro, con viento, y si azul claro brillante, buen tiempo.

El arco iris por la mañana es indicio de tiempo húmedo y ventoso, y por la tarde, señal de buen tiempo.

Las auroras boreales y las perturbaciones de la aguja magnética de declinación indican casi siempre la proximidad de una borrasca ó de lluvia acompañada de viento.

También tienen algún valor las indicaciones que dan los animales, sobre todo las aves y los insectos, pues el estado atmosférico influye sobre esos seres tanto ó más que sobre el hombre; así, por ejemplo, es un presagio de lluvia en todo el mundo ver á las golondrinas volar muy cerca del suelo y notar que las moscas y mosquitos atacan con más tenacidad que de costumbre á personas y animales.

Predicción racional de los cambios del tiempo.

Servicio meteorológico internacional.

Hallándose las escuadras aliadas en el Mar Negro, durante la guerra de Crimea, sobrevino el día 14 de Noviembre de 1854 un furioso huracán que puso en grave aprieto á las referidas escuadras, produciendo averías de importancia en muchos buques y ocasionando la pérdida del navío francés *Enrique IV*. La noticia causó gran sensación en Inglaterra y en Francia, donde la atención pública estaba pendiente de la marcha y vicisitudes de la guerra, y esto fué causa de que al recibirse las nuevas de aquel desastre marítimo, provocado por una perturbación atmosférica, todo el mundo notase que en la misma fecha, ó con una diferencia de pocas horas, habían reinado fuertes vendavales en Argelia, en la región de las Baleares y en las costas occidentales de Europa; la perturbación atmosférica había, pues, alcanzado una gran extensión sobre la superficie del planeta.

Con este motivo el famoso Le Verrier, director á la sazón del Observatorio de París, dirigió una circular á los astrónomos y meteorólogos de todos los países, rogándoles remitieran al Observatorio de la capital de Francia todos los datos que hubieran podido recoger acerca del estado de la atmósfera durante el período comprendido entre el 12 y 16 de Noviembre de aquel año.

El examen y discusión de los numerosos documentos que así se reunieron demostró que un fuerte temporal, un ciclón extensísimo, había atravesado sobre Europa, marchando de Nordeste á Sudeste, y que si en aquella época hubiera existido comunicación telegráfica entre la Europa occidental y la península rusa de Crimea los ejércitos y las escuadras de los aliados hubieran podido recibir aviso oportuno y tomar, antes de la llegada del huracán al Mar Negro, las medidas que demandaba la situación.

Así nació en Francia el servicio para la previsión del tiempo, servicio que en seguida ha adquirido un carácter internacional. Este servicio en Europa tiene su centro en París. La oficina central meteorológica establecida en aquella capital, recibe por telégrafo todas las mañanas, entre siete y diez, los despachos de ciento treinta y tres estaciones meteorológicas, distribuidas de la manera siguiente: Francia, cuarenta y cinco estaciones; Argelia y Túnez, nueve; Alemania, nueve; Península Ibérica

(España y Portugal), ocho; Austria-Hungría, ocho; Islas Británicas, siete; Italia, siete; Islas del Mediterráneo (Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia y Malta), cinco; Bélgica y Países Bajos, cinco; Grecia y Turquía, tres; Suiza, uno; Dinamarca, Suecia y Noruega, once; Rusia, trece; Islas Azores, una; Isla de Madera, una.

Estos despachos contienen el resultado de las observaciones hechas en la misma mañana en cada una de las estaciones remitentes y comprenden la presión atmosférica, temperatura, humedad, dirección y fuerza del viento, estado del cielo y estado del mar (en las estaciones costeras). Á estos datos se añade la temperatura máxima y la temperatura mínima observadas durante las últimas veinticuatro horas, la cantidad total de lluvia vertida en el mismo tiempo, así como indicación de todos los fenómenos excepcionales que se hayan presentado, como tormentas, auroras boreales, etc. En los mismos despachos se da también cuenta de los datos relativos á la presión atmosférica, temperatura, dirección y fuerza del viento y estado del cielo en la tarde anterior á la fecha en que se remite el telegrama.

Sobre un mapa de Europa, donde se halla marcada la posición de todas las estaciones meteorológicas á que se ha hecho referencia, se anotan los datos contenidos en los mencionados despachos á medida que éstos se reciben en la oficina central meteorológica de París, y de esta manera se obtiene una Carta, en la que queda representada la distribución geográfica de los principales elementos meteorológicos sobre toda Europa, y, por lo tanto, la situación atmosférica reinante en la tarde anterior y en la mañana misma en que se hace la anotación.

Comparando cada carta con la del día anterior se puede apreciar cuáles son las diferencias que respecto á presión barométrica, temperatura, etc., se presenten en cada estación remitente en el intervalo de veinticuatro horas. El estudio de estas diferencias permite determinar cuáles son las variaciones surgidas en el estado de la atmósfera de un día á otro, la dirección é intensidad de estas variaciones, y, por lo tanto, deducir con bastante probabilidad de acierto las alteraciones inmediatas del tiempo en las distintas regiones europeas. Como consecuencia de este estudio remiten desde la oficina central meteorológica en el mismo día, antes de la una de la tarde, despachos telegráficos que anuncian, para cada región de Francia, el tiempo probable que reinará en las veinticuatro horas siguientes y á veces para un intervalo mayor. Despachos análogos se remiten también á las principales estaciones meteorológicas de los demás países que corresponden con París, especialmente si en las regiones respectivas amenaza alguna perturbación atmosférica de importancia.

Los avisos relativos á la previsión del tiempo que desde la oficina central meteorológica envían á diferentes regiones de Francia son de dos clases: unos destinados á los marinos, otros á los agricultores.

Los despachos marítimos expedidos á todos los puertos y á los semáforos indican la dirección y la fuerza probables del viento y el estado del mar en cada una de las regiones costeras de Francia y en el litoral argelino. Si se prevé una tempestad, se ordena á los semáforos izar signos especiales visibles á gran distancia.

En los despachos agrícolas la previsión del tiempo se refiere principalmente á variaciones de temperatura, al estado del cielo y á la presencia ó ausencia de lluvia. Estas previsiones son más difíciles de hacer que las que interesan á los marinos, porque las condiciones climatológicas locales tienen sobre la temperatura y la lluvia una influencia mayor que sobre la circulación atmosférica y la marcha de las tempestades. Por esta razón se ha dividido el territorio de Francia en ocho regiones naturales, para cada una de las cuales se hace la previsión del tiempo por separado.

Á pesar de las deficiencias que aun tiene este servicio y de la dificultad con que se hacen las operaciones por la premura que supone el enviar los despachos de previsión á mediodía y en la misma fecha en que se han recibido por la mañana los telegramas de las estaciones meteorológicas corresponsales, la experiencia ha demostrado que el término medio de los pronósticos que resultan exactos, tanto para el servicio marítimo, como para el servicio agrícola, llegan al noventa por ciento.

Análogos servicios, y funcionando de un modo parecido, existen en casi todos los países de Europa y en los Estados Unidos de América, en la India, en la Australia y en el Japón. El más completo y extenso de estos servicios es el que se halla montado en los Estados Unidos. Las numerosas estaciones meteorológicas que se hallan diseminadas en aquel vasto territorio, hacen observaciones rigurosamente simultáneas dos veces al día, ó sea, á las ocho de la mañana y á las ocho de la tarde, correspondientes al meridiano setenta y cinco al Oeste de Greenwich, sin tener en cuenta la hora local que corresponda á la estación, según su longitud geográfica. Como sería muy difícil centralizar el servicio de un país tan extenso en una sola oficina, y hacer en ésta las previsiones detalladas para todas las regiones de tan vasto territorio, la oficina central, que se halla en Washington, tiene establecidas veintiséis sucursales, cada una de las cuales funciona como centro de su región respectiva, recibiendo los despachos de las estaciones meteorológicas que comprende su sección, formando la carta meteorológica cotidiana y deduciendo la previsión del tiempo para las veinticuatro horas siguientes en la región que le corresponde. Esta división del trabajo permite tener en cuenta las condiciones locales y las necesidades propias de cada región; por ejemplo, en ciertos distritos y en épocas críticas para la agricultura, se dan previsiones especiales que interesen al cultivo del tabaco, del algodón, de los árboles frutales, etc.

Igualmente telegrafían á Europa datos referentes á ciertas perturbaciones atmosféricas que puedan alcanzar á nuestro continente.

En España se halla también montado el servicio meteorológico de un modo parecido á Francia. Tanto en el Observatorio de Madrid como en el Instituto Central Meteorológico establecido en esta capital, se reciben diariamente, por telégrafo, los despachos que remiten las estaciones meteorológicas de San Sebastián, Bilbao, Santander, Oviedo, Avilés, Coruña, Finisterre, Santiago, Pontevedra, Vigo, Orense, León, Burgos, Valladolid, Zamora, Salamanca, Cáceres, Badajoz, Huelva, San Fernando, Tarifa, Sevilla, Córdoba, Jaén, Granada, Málaga, Almería, Murcia, Pola, Alicante, Valencia, Castellón,

Tortosa, Tarragona, Barcelona, Zaragoza, Huesca, Teruel, Soria, Cuenca, Guadalajara, Segovia, Ávila, El Escorial, Toledo, Ciudad Real y Albacete. Se reciben asimismo despachos de Ceuta, Melilla, Mahón, Palma, Santa Cruz de Tenerife y Laguna; todos ellos con las observaciones meteorológicas hechas en el mismo día á las nueve de la mañana.

Envían también su telegrama correspondiente con la observación, de las ocho ó de las siete de la mañana, las estaciones meteorológicas siguientes del extranjero: París, Valentia (Irlanda), Cris Nez, Saint Mathieu, Isla de Aix, Biarritz, Perpignan, Cabo Sicié, Niza, Clermont, Oporto, Lisboa, Lagos, Funchal (Isla de Madera), Punta Delgada, Angra, Horta, Orán, Túnez, Sfaks, Liorna, Roma, Cagliari, Palermo, Bodo, Christiansud, Riga, Moscou, Nicolaiew, Feldkirch, Crermozwitz, Cracovia y Viena.

Con los datos suministrados por los despachos de todas estas estaciones, se forma en Madrid la carta meteorológica cotidiana, determinando así el estado del tiempo, no sólo en la Península, sino en parte de la región atlántica, en el Oeste de Europa y en la región occidental mediterránea. La comparación de la carta del día, con la de los inmediatos anteriores, permite predecir las variaciones probables del tiempo en las veinticuatro ó cuarenta y ocho horas siguientes para cada una de las comarcas comprendidas en tan vasta zona, y sobre todo, se presenta alguna gran diferencia, con caracteres de borrasca, qué dirección tiende á seguir y á qué países amenaza.

Lo que enseñan las cartas meteorológicas cotidianas.

Predicción de las tempestades.

Examinando durante varios días consecutivos las cartas meteorológicas, se observa que hay isóbaras ó curvas de igual presión atmosférica; forman á menudo curvas cerradas y concéntricas, que van desarrollándose alrededor de un mínimo ó de un máximo de presión barométrica, á partir de los cuales crecen las presiones en el primer caso y disminuyen en el segundo. Los mínimos de presión atmosférica constituyen lo que se llaman *ciclones* ó *depressiones*, y los máximos forman, por el contrario, *anticiclones*.

Los sistemas de curvas que marcan sobre una gran extensión de la superficie terrestre estos ciclones ó anticiclones, pueden cambiar en poco tiempo de posición, trasladándose con velocidad variable de un punto á otro; hay, sin embargo, ocasiones en que tanto los ciclones como los anticiclones, persisten durante algunos días en una misma región.

El viento adquiere siempre más fuerza en los parajes en que se aproximan los isóbaras, y la dirección en que sopla es casi siempre paralela á éstas, marchando (en el hemisferio Norte) en el mismo sentido que las agujas de un reloj, en los anticiclones, y en sentido contrario, en los ciclones.

El invierno es la época en que las depresiones son en Europa más frecuentes y más intensas, y, generalmente, aparecen por el Oeste, procediendo del Atlántico, pene-

trando en Europa por las costas de Oeste y Noroeste. Cuando las depresiones se acercan, producen en el invierno baja barométrica, aumento de temperatura, vientos del tercer cuadrante, ó sea del Suroeste, y lluvias generales abundantes. Cuando los ciclones se alejan, el termómetro baja, tanto más cuanto mayor sea la latitud del punto por donde han penetrado en el continente europeo; el viento pasa al Noroeste ó al Norte, y en algunos casos nieva. Si el barómetro sube lentamente, es probable que sobrevenga buen tiempo; pero si la subida es rápida debe considerarse como señal de que se aproxima otra depresión.

En el verano los ciclones son menos intensos y no duran tanto como en el invierno. También proceden del Atlántico, penetrando en Europa por el Oeste, generalmente entre Irlanda y el Golfo de Vizcaya, unas veces en dirección de Suroeste á Nordeste, y otras en dirección de Poniente á Levante. Las lluvias que ocasionan no son ni generales ni persistentes, pero sí copiosas y refrescan la atmósfera, constituyendo los turbiones característicos del estío. Estas depresiones de verano traen granizo y tormentas, que á veces se repiten varios días consecutivos en una misma comarca, cuando el centro del ciclón avanza con mucha lentitud. Las bajas barométricas suelen ser menos intensas que en invierno, y las isóbaras se aproximan poco, por lo cual, los vientos no suelen presentar gran velocidad.

Los anticiclones son menos frecuentes que las depresiones; su marcha es más lenta y menos precisa, presentándose en muchas ocasiones por Oriente y trayendo buen tiempo. En el invierno suele acompañarles frío intenso, y si la atmósfera á la sazón se encuentra muy húmeda originan nubes, y aun en ocasiones nieve ó lluvia. En verano traen buen tiempo fijo y grandes calores.

Hay algunas depresiones que se originan espontáneamente en Europa, especialmente en la vecindad de los Pirineos, ya hacia el Golfo de Vizcaya, ya hacia el Golfo de León, y también al sur de los Alpes, entre la isla de Cerdeña y la cordillera alpina.

Pero, de una manera general, puede decirse que las depresiones, tanto sobre el Atlántico como sobre Europa, presentan una tendencia bien marcada á moverse en dirección de Occidente á Poniente.

La velocidad de traslación es sumamente variable, no solamente comparando las de distintas depresiones, sino para una misma depresión en tiempos sucesivos. Se advierte, en efecto, que hay ciclones que después de haber hecho cierto recorrido permanecen casi estacionarios durante algunos días y luego vuelven á recobrar su movimiento.

En general, se observa que los movimientos de traslación de los ciclones son más rápidos sobre los Estados Unidos que sobre el Atlántico y más sobre este Océano que en Europa.

La velocidad media de traslación es de cuarenta y dos kilómetros por hora en la América del Norte, de veintiocho sobre el Atlántico y de veintisiete sobre Europa. Esta velocidad varía según las estaciones, siendo mayor en invierno que en verano. Hay, sin embargo, borrascas que se propagan con velocidades de sesenta á ochenta kilómetros por hora.

En virtud de todo lo expuesto se comprende que

cuando en las costas de Europa se advierte una baja barométrica puede inducirse que á cierto plazo se presentará una depresión en el Continente. Algunas veces entre la aparición de los signos precursores de la tempestad y el primer golpe de viento sólo median algunas horas en el Noroeste y Norte de España, en las costas occidentales francesas, en la región británica y en el litoral noruego. De suerte que, aun cuando para las regiones del centro y del Este de Europa las indicaciones obtenidas sean muy útiles, porque las tempestades no llegarán á ellas sino después de haber atravesado los países del Oeste, donde se ha determinado ya su intensidad y la dirección de su propagación, no ocurre lo mismo con los mencionados países del Oeste, que se hallan en condiciones muy desfavorables para pronosticar el advenimiento de tempestades procedentes del Atlántico, pues apenas se advierten las señales de ellas, cuando ya las tienen encima.

Para estos países, sin embargo, pueden ser muy útiles los cablegramas remitidos desde los Estados Unidos anunciando las grandes perturbaciones atmosféricas que después de haber cruzado todo ó parte del continente septentrional americano se dirigen hacia el Atlántico, con dirección y velocidad ya determinadas.

Cierto es que esta dirección y velocidad puede cambiar al cruzar el Océano, que algunas depresiones se disipan sobre la región atlántica, sin llegar á Europa, y otras se desvían hacia África ó hacia las extremas latitudes del Norte, pero casi el cincuenta por ciento de las tempestades ó grandes movimientos ciclónicos anunciados de esta suerte por el servicio meteorológico de los Estados Unidos como marchando hacia Europa, llegan, en efecto al continente europeo, de suerte que el aviso sirve ya, para estar prevenidos en los países del Oeste y tan pronto como se advierten las menores señales, apreciar el advenimiento de las tempestades anunciadas.

Respecto á esta cuestión, el descubrimiento de la telegrafía sin hilos ha venido á prestar un gran auxilio á la meteorología, pues llevando muchos de los grandes buques transatlánticos aparatos para recibir y transmitir radiogramas, y disponiendo, como disponen, de instrumentos para medir la presión atmosférica, temperatura, fuerza y dirección del viento, etc., cada uno de esos buques resulta ser una estación meteorológica flotante, que al cruzar el Atlántico pueda ir apreciando el estado del tiempo y las perturbaciones que éste experimente en las regiones que van atravesando, y pueden, asimismo, remitir radiogramas á Europa comunicando tales perturbaciones. Estos despachos meteorológicos, emanados de los buques que cruzan el Océano, sirven, pues, para confirmar ó corregir los remitidos desde los Estados Unidos y, además, para señalar depresiones formadas sobre el Atlántico y que, por consiguiente, no habían podido ser anunciadas desde América.

Tipos de estado del tiempo.

Si se examina una serie de cartas cotidianas formadas durante un período de bastantes años, no se encuentra nunca que haya dos cartas absolutamente idénticas, pero sí se observa con frecuencia que muchas de ellas

presentan caracteres generales muy análogos, pudiéndose, pues, clasificar estas cartas por grupos en los que hay coincidencia de muchas circunstancias meteorológicas. Cada uno de estos grupos representa un tipo de tiempo. Estos tipos se repiten de cuando en cuando, y esto permite, tan pronto como se empiezan á presentar las señales características de un tipo, deducir sus demás caracteres que se irán presentando sucesivamente y, por lo tanto, pronosticar las condiciones del estado atmosférico durante el período en que ordinariamente reine ó persista el tipo de tiempo de que se trate.

Además, el estudio de las cartas meteorológicas cotidianas sirve para reconocer de qué manera se efectúa la transición de un tipo á otro; conocimiento de mucha importancia, pues se comprende que si se llega á saber que una situación meteorológica determinada se transforma casi siempre de la misma manera, se podrá, el día en que tal situación se presente, deducir los caracteres probables del tiempo para un período bastante largo.

Algunos de estos tipos de tiempo manifiestan una tendencia muy marcada á reproducirse con más frecuencia que otros ó á persistir por períodos de más duración. Los tipos estables se caracterizan siempre en Europa

por la presencia de un anticiclón bien desarrollado, pues los centros de altas presiones están constituidos en las capas inferiores de la atmósfera por una masa de aire casi en calma y relativamente fría y sobre la cual soplan corrientes más ó menos convergentes hacia el centro y relativamente templadas. El decrecimiento de temperatura en dirección vertical es, pues, bastante lento en los anticiclones y generalmente se observa en ellos una inversión, condiciones ambas que favorecen la estabilidad del tiempo. Las depresiones circulan generalmente alrededor de estos anticiclones ó en las bandas que á modo de callejones los separan.

Los anticiclones que caracterizan los tipos estables de tiempo en Europa se relacionan, pues, con la existencia y posición de centros de altas presiones. El conocimiento de la posición y desarrollo relativo de estos centros, que son los que determinan los tipos de estado atmosférico, tiene una importancia muy grande para la previsión del tiempo y acaso permita llegar á establecer pronósticos para períodos mucho más largos que los que se puede abarcar actualmente.

VICENTE VERA.



PAISAJE

J. Bergmann.



Cuadro de Gonzalo Bilbao.

EN MADRID

¡Hasta los perros!

(NUEVO COLOQUIO)

FALDERÍ.—¡Cuánto sentí que anoche no entraras conmigo al cine! ¡Es una lástima que los perros adultos no estéis admitidos en esos salones cinematográficos y coreográficos.

SUPERCÁN.—Con decir *cínicos* has dicho todo.

FALDERÍ.—¿Tú que sabes, si no los frecuentas?

SUPERCÁN.—Oigo al público decir que muchas artistas son... perros.

FALDERÍ.—No lo dirán por la fidelidad. Pero... ¡si vieras qué bien nos tratan y qué homenajes gráficos se dedican allí á las virtudes de nuestra raza! Yo me salgo en cuanto empieza el garrotín; pero las películas me atraen. Anoche *nos dieron* una conmovedora. Figúrate que dos bandoleros acechan en el bosque á un campesino que lleva encima importante suma, fruto de copiosos sudores y luengos trabajos. El pan de sus hijos. Le acometen y tratan de arrebatarse su tesoro: se defiende, luchan, ruedan, le hieren, y, creyéndole muerto, le arrojan al río. Su fiel can (uno de nuestros hermanos cuyo semblante va proclamando virtudes), al verle hundirse en la corriente, lánzase al agua, y no sin riesgo de entrambas preciosas vidas, le recoge, gana la orilla, y dejándole á salvo, corre al pueblo, llega jadeante á su casa, y con esa elocuente mímica, más traducible que muchas lenguas gramaticadas...

SUPERCÁN.—No seas cursi, *relata réfero* y nada más.

FALDERÍ.—Hace que le sigan dos vecinos y camaradas de la víctima: les guía y lleva adonde está desmayado el herido, cargan con el cuerpo exánime y, ¡compañero del alma!, hay que ver la noble alegría que resplandece en la faz de nuestro hermano cuando ve á su amo devuelto á las caricias de su mujer y de sus hijos.

Pero hay más: no basta salvar la vida, sino la fortuna de aquel hombre. El perro, con señales clarísimas da á entender que, olfateando, podrá rastrear la pista de los bandidos. Salen en su busca los dos vecinos, requieren el concurso de dos gendarmes, y guiados por el perro, dan caza feliz á los malvados. Cuando el perro protagonista llega al hogar de sus amos llevando entre los dientes el dinero recuperado, el público sano del cine aplaudió conmovido á nuestro hermano. Yo quise aullar..., me achucharon..., y una lágrima silenciosa...

SUPERCÁN.—Rodó por tus histéricas mejillas. Sois irredimibles los sentimentales. Embobados por esos melodramas de sentimientos... malabares, olvidáis

vuestra ignominia. Tú lloraste porque eres un esclavo irredento: porque vistes la librea de la cómoda y vil domesticidad: porque, glotón, egoísta, epicúreo y mercenario, escarneces la raza, sirviendo de bufón á los hijos de tu amo, haciendo cabriolas denigrantes, y poniéndote en dos patas, imitando las ridículas posturas de los hombres.

FALDERÍ.—Estamos pagados en todo caso. Yo he visto en los circos hombres que llaman payasos, imitar las posturas y el ladrido nuestro.

SUPERCÁN.—Peor para ellos y para ti. Se debe imitar lo bueno y no lo malo del prójimo.

FALDERÍ.—¿Y no es altísimo ejemplo, digno de imitarse, el de la película que te digo? ¿No te enorgullece que se consagre así gráficamente nuestra fidelidad?

SUPERCÁN.—¡Fidelidad! ¡Vana palabra! ¿Hay virtud más falsa y denigrante que la perfección del servilismo? ¡Sacrificarse el perro! ¿Por qué y por quiénes? ¡Por un mendrugo hediondo, infestado de microbios que te arrojan como salario! ¡Por un hueso descarnado, roído ya por dientes postizos! ¡Por las ruines sobras de quienes son incapaces de vuestra fidelidad! Esos mismos hijos de tu película, que recobraron su padre y su bienestar, darán una vida *de perro* á su salvador: le harán velar de noche á la intemperie, guardando sus haciendas; gozarán martirizándole; harán ostentación de que *á ellos* no les muerde; pero... que un día á la semana se le ocurra al perro heroico ir á reunirse con otros de los suyos, á disfrutar breves instantes en jocundos recreos con otros canes y con alguna *cana*... y verás cómo le hartan de palos, y le ponen por *inri* una cadena...

FALDERÍ.—La virtud no mira al premio. Hay que ser bueno porque sí, con amargura de momento y placer permanente. Son los tres grados en que yo divido á las gentes. Los malos para el prójimo, los buenos para sí, y los buenos para los demás. Yo no aspiro á la perfección, pero soy agradecido al pan que como... Así me lo enseñaron mis padres...

SUPERCÁN.—Asalariados como tú, abúlicos, impotentes, retardatarios de la emancipación canina. ¿Es virtud ver que, mientras vosotros los encasillados de la fortuna, tenéis techo que os cobije, pan seguro, obligaciones suaves y pagado el cine..., anden otros perros desmayados, errabundos, abandonados y perseguidos como alimañas?

FALDERÍ.—¡Vieja cantinela! Tú olvidas que todo trabajo es servidumbre: que con librea ó sin librea, el que cobra depende del que paga: que escritores, actores y oradores se humillan ante su público; que la independencia es una sonora utopía del que nada tiene ni nada es capaz de ganar. La vida es dependencia mutua.

SUPERCÁN.—¡Justo! Por eso deben estar regla-

mentadas todas las dependencias. ¿Y la tuya lo está? ¿Tienes tú la ración que te mereces?

FALDERÍ.—Hombre... ¡que diga!... perro...

SUPERCÁN.—¿Lo ves? Ya nos confundes lastimosamente.

FALDERÍ.—Podían y... aun debían tratarme mejor, pero... ¿cómo se logra?

SUPERCÁN.—Enseñando los dientes: no tomando lo que te dan, y amenazando con tomar lo que te parezca.

FALDERÍ.—Me darían una patada y ¡á la calle!

SUPERCÁN.—Pues á la calle.

FALDERÍ.—Otro iría en mi lugar.

SUPERCÁN.—Se muerde al otro y á quien le reciba.

FALDERÍ.—¡Vanidad de los dientes ante un arma de fuego!

SUPERCÁN.—Los mártires perecen y las razas perduran. ¿Qué interés tendrían los hombres en exterminarnos? Les hacemos falta. Coticémonos.

FALDERÍ.—Yo no tarifo mis afectos, y estoy unido á la casa en que nací por sentimientos inolvidables. Yo aullé de pena, presintiendo la muerte del pequeño de la casa que, según dicen, voló á las alturas: yo, cuando *el señor* vino ileso de la guerra, compartí las alegrías de los suyos: yo, en días adversos (cuando una ráfaga de hambre pasó por nuestro techo), sufrí paciente la escasez que todos aguantaban: yo, he tenido días de hartura, tomando parte en sus festines y jolgorios. No veo la explotación ni la tiranía: soy *uno más* en la casa, y si yo lamiendo la herida de un niño mitigué sus dolores, sus tiernas manos, otro día, me arrancaron á mí una espina. No hables de derechos á quien tiene el amor por ley. Cuando paso por delante de uno de esos cuadros en que pintan un niño abrazado á un perro, me entra tal devoción, que si pudiera persignarme me persignaba.

SUPERCÁN.—¡Bonito misterio! Amor de niño, agua en cestillo. ¿Qué eres para el niño? Lo mismo que un *Juan de las Viñas*, que un muñeco de cartón. Un juguete más, pero más sugestivo, porque á un mo-

nigote no se le puede atormentar, y á ti, sí. ¡Á mi podían venirme con esas! ¡Santísima libertad de la calle! ¡Hambre sagrada! ¡Nobles fatigas apostólicas de los que rechazan el yugo patronal del hombre! ¡Mil veces benditas! Yo, para que lo sepas, en mi especialidad de la caza, he impuesto mi mérito á los que me llevan. ¿Ir yo, con la pieza cobrada en la boca, después de haberla levantado y perseguido, para que *ellos* se la coman? ¡Ca! Yo con esa misma expresión del perro de tu cine, reclamo mi participación en los beneficios. Nada de huesos, salario de esclavos. Á cada cual según su trabajo, y el día en que tome cuerpo la solidaridad perruna, ya verán cómo para llamarnos *el amigo del hombre* es preciso tratarnos como amigos y no como *primos* que somos...

FALDERÍ.—¿Y si dicen que *nones*?

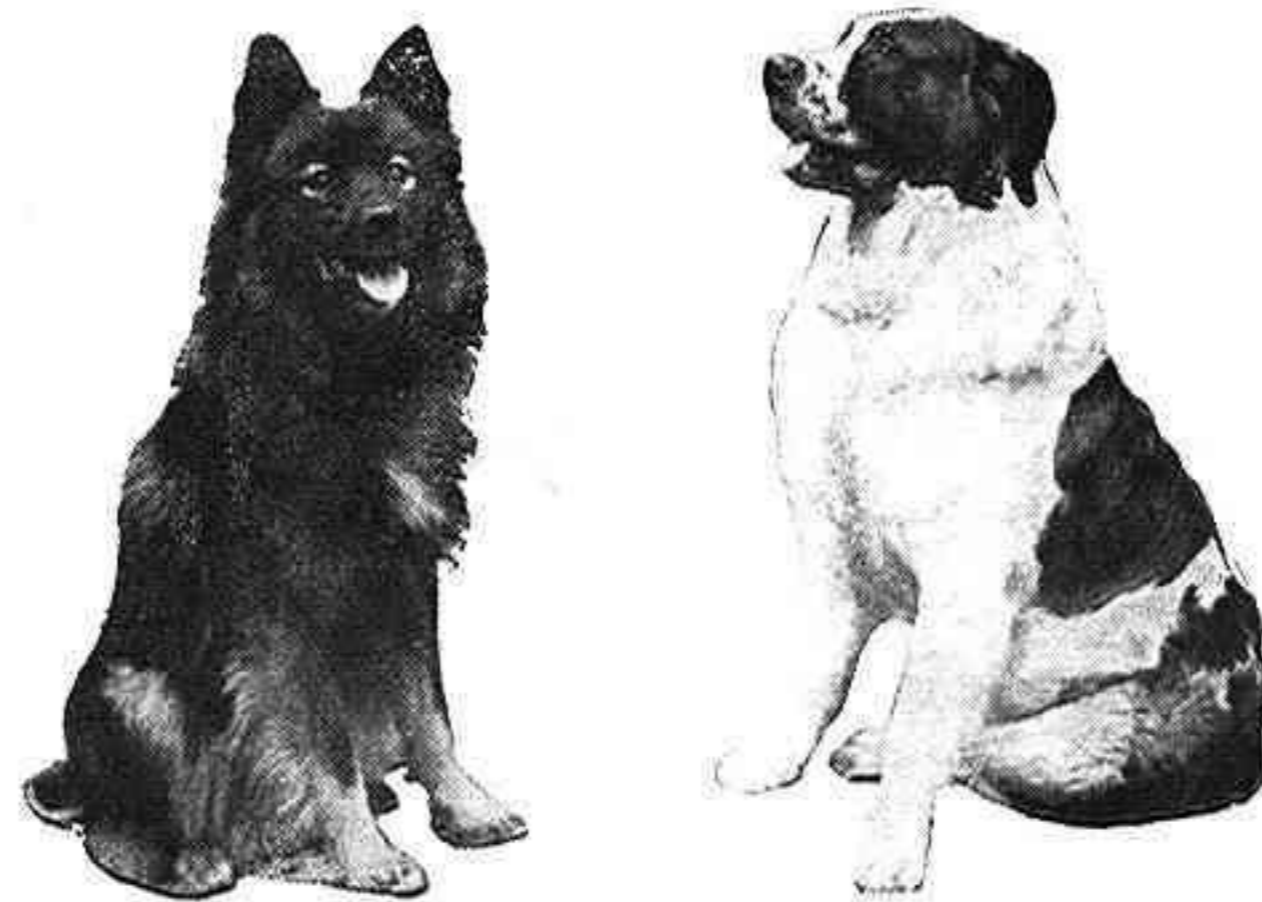
SUPERCÁN.—Entonces ¡ay! abandonemos la domesticidad, volvamos á ser salvajes, sigamos el ejemplo del hermano lobo.

FALDERÍ.—Ahora sí que has dado en el clavo. La verdadera cuestión es esa. Cuando la dulce solidaridad de los que viven en un mismo techo se debilita; cuando se desatan los vínculos familiares, poniendo leyes al padre, el hijo, el criado y... hasta el perro: cuando se moteja por cándida la gratitud, y se llama al respeto servilismo, á la modestia humillación, y á todo acto se le busca una egoísta finalidad, entonces resurge en nosotros la fiera interior, nos sentimos lobos, y los lobos, ya ves, no han fundado nada, porque son el desamor infecundo, la inútil rebeldía, que al través de los siglos anda errante, viviendo del espanto de sus víctimas, que pueblan el universo, y van como yo, á derramar una lágrima *de histérico, irredento*, ante un espectáculo noble y generoso.

SUPERCÁN.—Hablas como los hombres...

FALDERÍ.—Según. Los hombres cuando hablan como tú, parecen lobos.

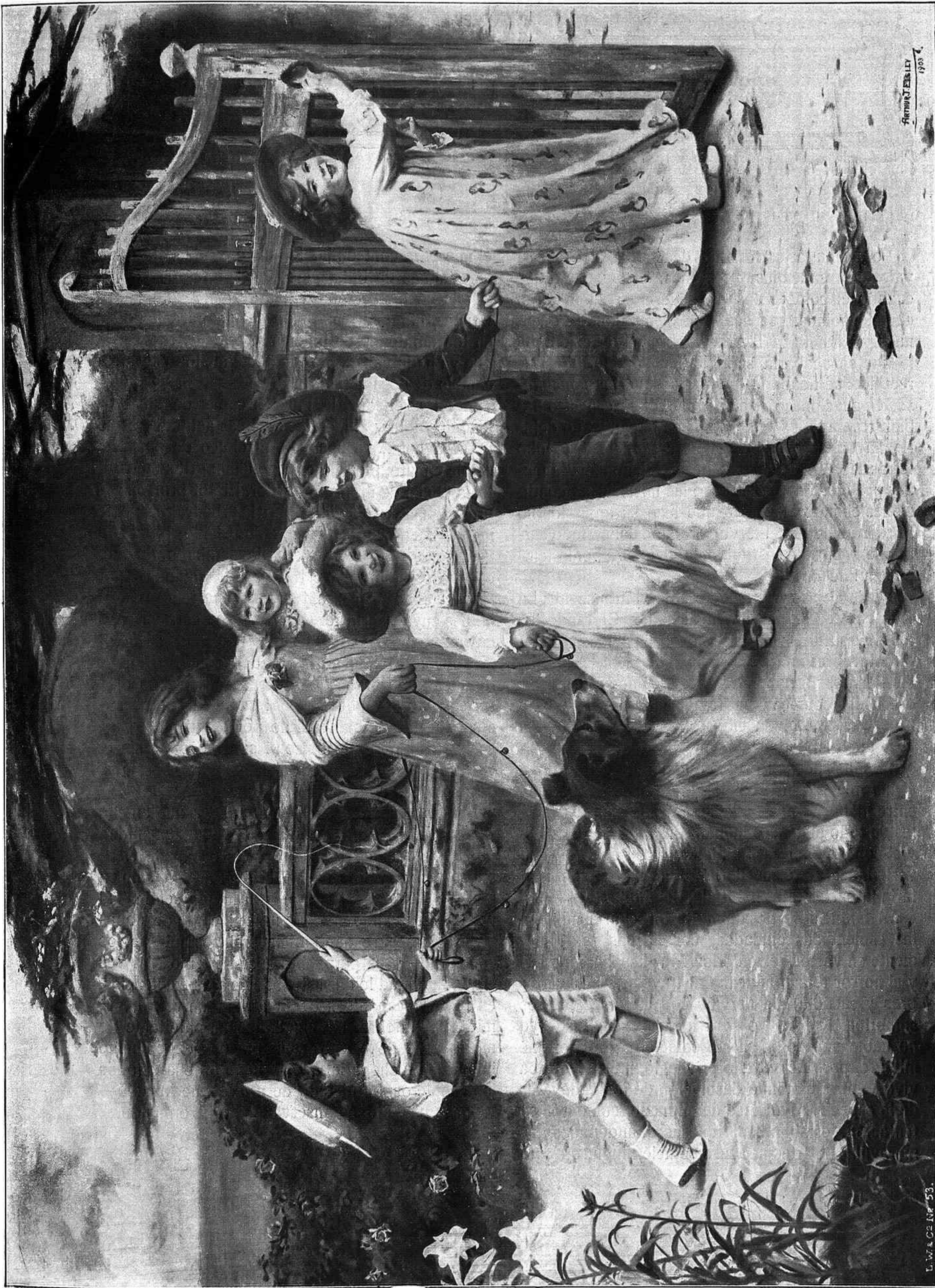
JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.





Á LA PUERTA DE UNA IGLESIA EN SEVILLA

Cuadro de José Villegas.



VACACIONES

Cuadro de Elsley.

Copyright by Luis Wolf & Co.-London.

COMETARIA

Lo decían los astrónomos desde todos los Observatorios, Academias y Revistas: en aquella fecha, cuando el cometa nos envolviese en su inmensa cauda luminosa, se acabaría el mundo... es decir, nuestro planeta, la Tierra. Ó, para mayor exactitud, lo que se acabaría sería la Humanidad. Todavía rectifico: se acabaría la vida; porque las *ponzoñosas* emanaciones del cianógeno, cuyo espectro habían revelado los telescopios en la cauda, no dejarían á un ser viviente en la superficie del globo terráqueo. Y la vida, extinguida así, no tenía la menor probabilidad de renacer; las misteriosas condiciones climatológicas en que hizo su aparición no se reproducirían: el fervor ardiente del período carbonífero, ha sido sustituido dondequiera por la templanza infecunda...

Desde el primer momento, lo creí firmemente. La vida cesaba. No la mía: la de todos. Cerrando los ojos, á obscuras en mi habitación silenciosa, yo trataba de representarme el momento terrible. Á un mismo tiempo, sin poder valerlos los unos á los otros, caeríamos como enjambres de moscas; no se oiría ni la queja. Ante la catástrofe, se establecería la absoluta igualdad, vanamente soñada desde el origen de la especie. El rey, el millonario, el mendigo, á una misma hora exhalarían el suspiro postrero, entre idénticas ansias. Y cuando los cuerpos inertes de todo el género humano alfombrasen el suelo y el cometa empezase á alejarse, con su velocidad vertiginosa, ¿qué sucedería? ¿Qué aspecto presentaría la parte, antes habitada, del globo?

Mi fantasía se desataba. Se ofrecían á mi vista las espléndidas ciudades, convertidas repentinamente en vastos cementerios. Me paseaba por ellas, y el horror relampagueaba al través de mis vértebras y sacudía mis nervios con estremecimientos sombríos. Porque yo—era lo más espantoso—yo no había sufrido la suerte común. Ignoro por qué milagro, por qué extraño privilegio, me encontraba vivo... entre la infinita desolación de los cadáveres de la especie. Al alcance de mi mano, como irónica tentación, estaban las riquezas abandonadas, las maravillas de arte que acaso codicié; ningún ojo sino

el mío para contemplar los cuadros de Velázquez, las estatuas de Fidias, las cinceladuras de Cellini; y, allá en las secretas cajas de los abandonados Bancos, ninguna mano sino la mía para hundirse en los montones de billetes y centenes de oro..., que ya nada valían, porque nadie me los exigiría á cambio de cosa alguna.

Á mi alrededor, la muerte: capas de difuntos, tendidos aquí y allí, en las diversas actitudes de su breve agonía... Ni una voz, ni el eco de un paso. Hablé en alto, por si me respondían: grité: me contestó el eco de mi propio gritar. El sol brillaba sobre los cuerpos sin vida, sobre la urbe trágicamente muda. Y empecé á correr enloquecido, buscando un ser que respondiese á mi llamamiento. Erizado el cabello, tembloroso el tronco, extraviado el mirar, registré calles y plazas, templos y cafés, casas humildes cuya puerta forcé, y palacios cerrados por cuyas ventanas salté furioso. ¡Soledad, silencio!

Y, al acercarse la noche, bajo un cobertizo humilde, en un barrio de miserables, descubrí al fin otro ser salvado de la hecatombe: una mozuela, balbuciente de terror, que casi no podía articular palabra... No la miré, no quise ni saber cómo tenía el rostro. La eché los brazos al cuello, y nos besamos, deshechos en convulsivas lágrimas...

Y al estrecharla así; al comprender que en ella estaban mi porvenir y el porvenir de la Humanidad futura; que éramos la pareja, los únicos supervivientes, el Adán y la Eva, no en el Paraíso, sino en páramo del dolor—no supe bien lo que sentía. Tal vez hubiese valido más que ni la niña hija del populacho, ni yo, el refinado intelectual, nos hubiésemos encontrado para perpetuar el sufrimiento. Tal vez era la fatalidad lo que salvaba nuestras existencias, en la hora espantosa de la asfixia universal... Y, mientras la pobre chiquilla anhelaba, palpitante de miedo y de gozo, entre mis brazos—experimenté impulsos de ahogarla, de suprimir con ella á todos los venideros. La piedad, de pronto, me invadió—y por la piedad fué conservado el pícaro mundo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



El triunfo de la vida.

DE estas vejezuelas secas y rezongadoras, todos hemos conocido un ejemplar por lo menos; *mi* ejemplar era D.^a Paulita. Despojarla del diminutivo equivaldría á cercenar su personalidad, y además le inferiríamos grave ofensa. Por las trazas, nuestra vejezuela morirá ochentona, pero morirá siendo Paulita, como en sus quince años. ¿Ni para qué vamos á regatearle una complacencia tan inofensiva?

Según infero de cuidadosas investigaciones que he practicado, D.^a Paulita entró en los venerables campos de la ancianidad hace ya un número considerable de años. No es que ella lo reconozca así. Antes la aspasen. Soy yo quien tengo que declararlo, atendido á la veracidad del caso: ni uno solo entre los numerosos amigos y familiares de esta señora hacen memoria de haberla conocido de otra manera que con la tez rugosa, el pelo abundante y crespo, eso sí, pero como los mismos copos de la nieve, y la boca rehundida por el menoscabo de su dentadura. Parecía ya D.^a Paulita uno de esos seres en quienes sólo con violento esfuerzo imaginativo, como un desenfreno de la fantasía, podemos reconocer la mocedad lejana. Con tal ahinco hizo la vejez presa en su persona.

Era esta dama último vástago de un claro linaje; correspondióle por herencia materna un condado, no de esos de pergamino á palo seco, sino con lustre de caudal y renta. La primer terrateniente de Pedralba, lugarón de hacendados, era ella, doña Paula Salazar y Zapata. Pero según lenguas, acaso maliciosas, había dejado extinguirse el título por roñería; ello es que falto del pago de derechos al Erario, se declaró caduco. Y es la verdad que otras increíbles cicaterías de D.^a Paula hacen verosímil el supuesto. Lo cual no quita á la nativa nobleza de la señora. Sobre la portada del lóbrego palacote de los Salazares aun resalta el blasón de bárbara escultura, cuya rudeza misma avalora el linaje por el aire vetusto que le infunde. Yo tenía, no la satisfacción, pero sí la honra, de pertenecer al contado número de mortales con libre acceso al hondo hogar de D.^a Paulita. Hondo le llamo porque no encuentro mejor manera de expresar el efecto que en mi ánimo producía aquel vivir tan adusto, de tan hosca soledad y apartamiento del mundo, que entrar allí era como sumirse en un hondón de espirituales tinieblas. Apenas la puerta del zaguán se cerraba tras de mí, dejándome de la parte de adentro, yo sentía una extraña, una inquietadora impresión de alejamiento de la vida. Al ascender por los anchos escalones de piedra, algunas veces me sorprendí en

indecisión de zozobra. Y terminada la visita á la señora de Salazar, al verme restituído á las angostas calles de Pedralba me daba en el rostro una fresca bocanada de mundo y de gloria. Era como salir del fondo de un pozo al haz de la tierra.

La noble señora no salía de aquellas honduras sino en horas crepusculares: al alba, para oír la Misa más mañanera del convento de los Mártires; al anochecer, cuando la campana de las monjas pregonaba novena. El resto de su vida se arrastraba lento y triste. Sólo una huerta de viejos frutales, contigua al caserón, le brindaba algunas horas de solaz á D.^a Paulita y á su fidelísima servidora, Claudia.

Cuya servidora, con el transcurso remoroso de los años, con lo asiduo del trato dentro de aquellos muros sombríos, con la paridad de costumbres, y compenetración de prácticas devotas, así en la casa del Señor como en la propia casa, llegó á adquirir tan peregrina semejanza con su ama, que cuando se deslizaban juntas entre dos luces, por las callejuelas, vino á ser imposible distinguir cuál era la mujer noble y cuál la plebeya. Eran nada más que dos sombras arrebuajadas en mantos de luto.

Aunque la edad de las dos mujeres debía ser, según toda la apariencia, muy poco diferente; y aunque resplandecían en ambas signos de salud perfecta, yo no sé por qué, los moradores de Pedralba hablaban de ellas, mirando á lo porvenir, en el invariable supuesto de que había de ser la servidora la superviviente. Sospecho, no por malicia, sino por datos concretos, que esta infundada presunción nació y tomó cuerpo para alimentar con ella una habladuría muy sabrosa al comadreo de las pedralbesas; se puso fuera de toda duda que el patrimonio de los Salazar se repartiría, á la muerte de D.^a Paulita, por partes iguales, entre las monjas del convento de los Mártires y la fidelísima Claudia. Á la cual, por cierto, adjudicaba el rumor popular la casona sombría y la huerta de los perales y los guindos.

Mas quiso Dios que las comadres de Pedralba se equivocasen en esta conjetura, acaso para precaverlas del mal de la envidia, y Claudia fué la que se fué primeramente al otro mundo. Un suceso tan natural, aunque tan triste, produjo en el pueblo un desacostumbrado desconcierto. Pero antes de que los ánimos se hubiesen repuesto de la sorpresa, antes también de que las suposiciones populares hubiesen hecho nueva declaración de herederos, un suceso inesperado, increíble, vino, casi con violencia, á desbaratar la lógica de las cosas de este mundo. Aun no habían comenzado á celebrarse en el convento las Misas gregorianas, que en el periódico de la localidad hizo anunciar D.^a Paulita, como ofrenda de piedad á la leal servidora de treinta y

tantos años, cuando una mañana comenzó á correr, á volar con recio revuelo por Pedralba, la noticia de que ya la Salazar tenía servidora en casa. Pero lo extraordinario, lo desconcertador del caso era que la nueva ama de gobierno había llegado en la diligencia que da fondo en Pedralba á las dos de la mañana, y que procedía directamente de Inglaterra. Nada menos que de Inglaterra.

Los pacíficos moradores de Pedralba se miraban los unos á los otros lanzándose atónitas interrogaciones mudas. Algunos dudaban; otros, más cautos, fueron á comprobar la veracidad de la noticia al Parador de la Serrana, arrabalero, en donde el mayoral del coche correo podría darles informes auténticos. Y los dió además prolijos. La nueva servidora de D.^a Paula era, en efecto, una inglesota recia, trajeada como persona de su posición. Y por cierto tan ágil y saltarina, que desacomodada de los aprietos del interior de la diligencia, aprovechó el primer relevo para encaramarse de dos zancadas en la baca. «Está la noche que se va usted á quedar como un carámbano», decía el mayoral que le había dicho. A lo que ella contestó impertérrita: «¡Oh!... ¡Oh!... Castilla... Noche de luna...» Y allá trepó como una corza.

—¿Pero habla el castellano?—le preguntaron al mayoral, como para cogerle en un renuncio, y dar por falsos todos sus inverosímiles informes.

—Lo habla como nosotros.

Ya no había duda posible. Lo que no esclarecieron fué por dónde vino la Salazar á traer tan exótico reemplazo. Las historias que corrieron veinte leguas á la redonda de Pedralba, no son para repetidas. Los pedralbeses no sabían que la noble señora, en su juventud remota, había pasado algunos años en un colegio de Inglaterra. Yo por aquí, vagamente, me explico el caso. ¡Quién sabe que nostálgicas remembranzas de mocedad pueden levantarse en el alma de una vieja! Acaso recordó nuestra Paulita con el sutil egoísmo de la decrepitud, el metódico y cauto refinamiento de la domesticidad anglo-sajona. Para los viejos, lo comfortable llega á revestirse de idealidad poética.

El estupor de los lugareños, coterráneos de doña Paula, no superó al mío cuando entré en la señorial morada por primera vez, después del adveni-

miento de la sajona. Un año hacía que yo faltaba de Pedralba. Ya los moradores me previnieron anunciándome la mudanza operada en el vivir de la Salazar; pero nunca hubiera dado crédito á lo que me decían, á no haberlo visto mis ojos y haberlo escuchado mis oídos. Lo primero que llamó mi atención apenas tuve delante á la señora, fué su señorial perjeño. Aun antes de verla, el crujir de la seda me llenó de desconcierto. Nunca, creo yo, se habían esparcido resonancias sedeñas por las cámaras de la casona.

Ni me recibió D.^a Paulita, según tradicional costumbre, en el austero salón de rígido estrado. «Si á usted le parece, bajaremos al jardín», me dijo, con una sonrisa blanda, completamente nueva en aquella faz rugosa. Pero más nuevo era todavía llamar jardín á lo que nunca fué sino huerto abastecedor de toda clase de legumbres. Flores..., las inútiles flores..., Dios las diese. Y ahora era un pensil. Hasta los viejos árboles frutales estaban aquella tarde cargados de floración abriñena. Tan maravilloso como ver á la Salazar vestida de raso, me pareció ver el huerto vestido de flores.

Pero nada tan increíble como ver, sentir el alma de aquella dama, revestida de idealidades poéticas. Entramos en una glorieta, en donde los tiernos verdos de la primavera daban sombra perfumada. Sobre un velador de mármol había dos libros; y no eran, ¡oh, asombro!, los mugrientos volúmenes del *Año Cristiano*. Eran las divinas estrofas de Fray Luis de León, y las estrofas sutiles de Shelley.

—¿Quiere usted que leamos *The Triumph of Life*?— exclamó D.^a Paula, cogiendo las páginas del poeta inglés.

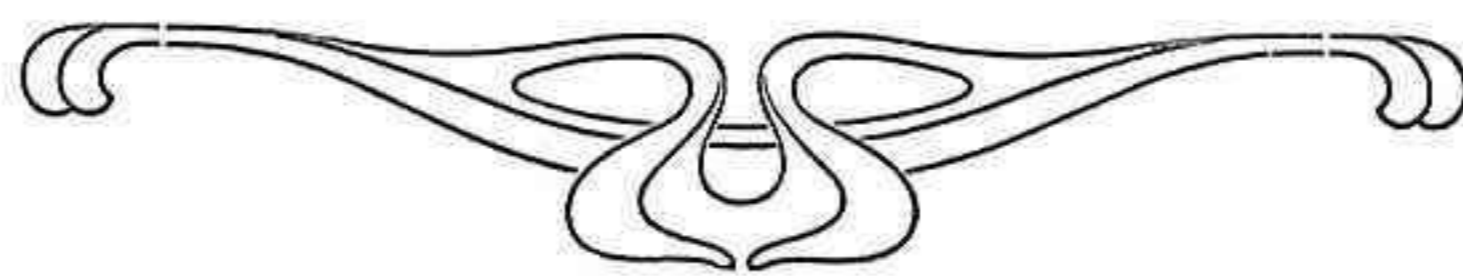
—Verá usted... verá usted... *miss Georgiana* lee estas poesías como un ángel.

Y levantando un poco la voz, llamó con grave entonación inglesa á su sirviente sajona.

La cual se presentó al punto, cogió, como con mimo, el volumen, y en voz tenue, velada de emoción, temblorosa de ensueño, comenzó á decir cual si no á nosotros, sino á las flores del jardín se los dijese, los tercetos del *Triunfo de la vida*:

Swift as a spirit hastening to his task...

FRANCISCO ACEBAL.



Las rosas del parque.

I

Es un día de otoño. Hacia el parque
se encamina el galán con misterio.
Las hojas secas
del álamo negro,
del castaño, del tilo y del sauce
descienden al suelo
formando barquillos,
barquillos rellenos,
rellenos de brisa,
de brisa de ensueño.
El galán á un rosal se dirige
con paso resuelto
y elige seis rosas
y las corta y las dice muy quedo
para no despertar á un gusano,
á un gusano de luz que, por cierto,
según malas lenguas
de ruines insectos,
por ser de luz dicen
que está en candelero:
—¡Oh, rosas, más frescas
que el arroyo que os baña! ¡En el pecho
de mi amada, la reina del baile,
esta noche tendréis blando asiento
y estaréis como en un rico trono,
como en un relicario soberbio!... —
Y haciendo con ellas
un ramo pequeño
y dejando inquietud y amargura
en aquella mansión del silencio,
al castillo el galán se retira
triscando ligero...

II

Es un baile ideal. Del castillo
por los amplios salones, cubiertos
de lindos tapices
y entre luces de vivos reflejos,
una dama discurre (aunque es raro
que, falta de seso,
discurra la dama)
y ostenta en el pecho
seis rosas tan frescas
como el hígado de un horchatero.
—¡Jesús, qué orgullosas

iréis en tal puesto!—
les dice á las flores
un joven travieso.
—¡Quién pudiera por breves instantes
descansar en tan mórbido lecho!—
las dice otro joven
que las mira y se chupa los dedos.
Y muchos galanes
y no pocos viejos
se mueren de envidia,
de envidia y de celos,
asombrándose al ver rosas frescas
tan cerca del fuego...

III

Amanece. El *boudoir* de la dama
reposa en silencio.
Sobre alfombra de grueso tejido
y al pie de un espejo,
de seis rosas mustias
así exclaman los lacios fragmentos:
—¡Sí que ha estado brillante la fiesta!
—¡Brillante en extremo!
—¡Pero todas hubiéramos dado
los dulces momentos
de la fiesta, las luces radiantes,
los vales ligeros
y ese trono de nieve, que llaman
«el mórbido seno»,
por dos horas de vida en el tallo...,
por el roce del buen jardinero
que allí suele, en lugar de con vales,
obsequiarnos con himnos de *riego!*...
—¡Primero es la vida!
—¡Vivir es primero!
—Cada ser ve la vida á su modo.
—¡Oh, sí! ¡Cuántos necios
yacerían mejor sobre el amplio
tocino del cielo
de la dama gentil, que en el parque
florido y ameno!
.....
Se callan las rosas.
Sus trozos secos
han perdido la fuerza. Por si algo
les faltaba, del rico aposento
la puerta se mueve

y un gato muy negro
pisotea las rosas ajadas,
¡que se dan con un canto en los pétalos,
pues aún el minino
podía haber hecho
felonías más graves encima
de los pobres pedazos dispersos!...

IV

Un mísero carro,
de broza repleto,
casualmente por medio del parque
camina muy lento.

Del rosal varios tallos sin rosas,
pelados y serios,
se doblan al paso
de aquel carro que lleva en su centro
las seis flores marchitas... y cantan
como canta la Iglesia á los muertos,
en tanto iluminan
los rayos de Febo
del paisaje los árboles tristes,
cuyas hojas descienden al suelo
formando barquillos,
barquillos rellenos,
rellenos de brisa,
de brisa de ensueño...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



VANIDAD INFANTIL

Cuadro de Schachinger.

PRIMAVERA



ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y AMERICANA "1911"

Leyendo un periódico.

INFORMACIÓN POLÍTICA

«El *leader* del partido radical...»

*

«Hoy se votará el *bill* de las últimas transferencias de crédito.»

*

«El jueves se celebrará el *meeting* republicano.»

*

«Ayer menudearon las *interviús*.»

*

«El Gobierno se manifiesta indiferente en la cuestión del acta de Vidriera del Pozo. No tiene *parti pris*.»

*

«Continúan muy adelantadas las negociaciones de la *entente cordiale*.»

*

«Elocuentísimo estuvo ayer tarde en el Senado el señor Ministro de Gracia y Justicia. Fué un *speech* admirable.»

*

«Ha sido muy comentado el artículo *Los politicien*, que publica el órgano del Presidente del Consejo.»

«Se habla de una nueva *plataforma* de la extrema derecha conservadora.»

POR TELÉGRAFO

«*Hangar* incendiado.»

«El *affaire* de Jerez.»

«Condenados por *sabotage*.»

«*Atterrissage* peligroso del *Zeppelin V*.»

«El *lock-out* de Vitigudino.»

«Motín en *Capetown*.»

CUESTIÓN ZANJADA

«Siendo imposible llegar á una avenencia amistosa y ..., la *recontre* tuvo lugar en ..., con *gant de ville à volonté* ..., prohibición del *corps à*

corps ...; ambos combatientes, dos *finés lames* ...; á la tercera *reprise* resultó *touché* el Sr. X..., reconciliándose *sur le terrain*.»

GRAN MUNDO

«La señora de Pérez Clavecín (*née* Pura Acordeón) dió ayer á luz, en su *châlet* de la Castellana, un robusto *bébé*.»

— «La Marquesa de Casa-Salvia dió ayer un *five o'clock tea*, seguido de una animada *sauterie*, en el espléndido *hall*. Toda la *higle-life*, lo más *chic*, lo más *smart* de la sociedad madrileña, concurrió á la fiesta. ¡Casa-Salvia *for ever!*»

— «El *tresillo* ha muerto: en todos los salones reinan el *bridge*, el *whist* y el *púzzle*. *All right*.»

— «Los jóvenes y recién casados Duques de Nabeira pasarán la luna de miel en su poético *cottage* de la vega de Mondoñedo.»

— «Para en breve se anuncian una *garden-party* y un *bal masqué*, que, á juzgar por los preparativos, serán *épatantes*.»

— «En el próximo baile de la Embajada harán su primera presentación en sociedad las encantadoras *Lili* Sierracortada, *Lulú* Gibraleón y *Totó* Camporríos.»

TRIBUNALES

«En la Sala segunda comenzó esta mañana el juicio oral del célebre proceso del joven *groom* y la *dame de compagnie*. La vista se celebró á *huit clos*.»

— «Ha causado excelente efecto la sentencia que absuelve al desdichado *sans travail*, de que hablamos hace días. Cada uno de los magistrados merece, en verdad, el calificativo de *bon juge*.»

PINTURA, TEATRO, TOROS

«La fiesta del *vernissage* se verificará definitivamente el domingo.»

»La novedad de esta Exposición es la sala especial reservada á los *amateurs*.

»Según noticias, hay en ella obras que denotan un *savoir faire* admirable.

»También llamarán la atención, en la Sección de Arte Decorativo, muchos trabajos *modern style* de expositores madrileños.»

*

«El estreno de anoche en el Español fué solamente un *succès d'estime*; y eso, gracias á la inter-

pretación, realmente *hors de pair*. El teatro, *au grand complet*.

»En el Real, despedida de nuestra insigne compatriota la Sanchezzeti. Ovaciones delirantes y lluvia de *corbeilles* y *bouquets*. De los demás, sobresalió el barítono, que tuvo que *bisar* el *pezzo* del acto tercero. Ambos artistas se han ganado la *riconferma*, y los oiremos el año que viene.»

*

«El *Patatero* clavó un par *remarcable...*»

FOLLETÍN

«Revoloteaban las *hirondelles*. (Nota del traductor, es decir, del no traductor: *Hirondelles*, ave de paso desconocida en nuestras latitudes.) *Le père Durand* fumaba su pipa y se desalteraba con el *absinthe*. El viejo *matelot* exclamó: «*Sapristi!*», al oír á lo lejos la voz de *Luisson*, que tarareaba una *berceuse*. *Jean-la-Nuit* acechaba el momento, y haciendo un *tour de force...*

»(Se continuará.)»

NUESTRO SUPLEMENTO

«El *Suplemento extraordinario* que publicaremos mañana en *encartage*, contendrá las materias siguientes:

»Problemas económicos: *La struggle for life*. Cooperativas *à bon marché*. Recursos banales. Nuestra *enquête*.

»Problemas médico-sociales: El *surmenage*.

»*Sport*:

»*Yatching, skating, cricket, golf, foot-ball.*»

ESPECTÁCULOS PARA HOY

«*Arlequin chez soi*.

»*La donna innamorata*.

»*Yes, very well*.

»*Die Fraungeinbonbergendeustchenneiderstahent*.

»*Varietés y music-halls*.

»*Matinées* para familias, en las que se *reprisarán* las obras de mayor éxito.

»*Diseuses, chanteuses y gommeuses*. (Véanse programas y listas de las *troupes*.)»

ANUNCIOS Y RECLAMOS

«*The Torrelodones Company limited...*

»*The Rail Way Spanish Company...*

»*The Insurance National Company...*

»*Silverfields mines*.

»*Mancha Company...*

»*Taylor*.

»*Robes*.

»*Peñuelas-bar*.

»*Milk-house*.

»*López, coiffeur*.

»*Sirop depurativo Gómez*.

»*The Criterium*, taller de planchado.

»*The Omnium*, casa de comidas.

»*Pilara, blanchisseuse*.

»*New Funeral!*»

EL ARTÍCULO DE FONDO

Ocupa dos solemnes y nutridas columnas de la primera plana.

Su epigrafe, en gruesos y llamativos caracteres, es este:

¡ESPAÑOLES ANTE TODO!

Tableau.

JOSÉ DE LASERNA.



En la plaza Mayor.

TRAGICOMEDIA DE CELOS

La bronca fué entre mujeres,
Y comenzó la *tragedia*
Un atardecer nuboso
De un día de Nochebuena.
Una era Luisa, *la Coja*;
Otra, Paquilla, *la Tuerta*:
Dos engendros del demonio,
Honra y prez de las Peñuelas;
Una, vendía cascajo
Y caña dulce de América;
Otra, dos pavos raquíuticos
De no muy noble presencia,
Y con unas plumas lacias
Y con unas caras tétricas.
Encontrábanse de pique
Por un chulapo ratera
Que habíalas usurpado
El corazón á ambas hembras;
Dió en pasar Paca, vendiendo
Sus dos raquíuticas piezas,
Por frente al puesto de Luisa,
De tan chungona manera,
Que pronto se llamó á engaño
Luisa al oír á *la Tuerta*,
Que, desenfrenadamente,
Gritaba de esta manera:

—¡Pavos! ¿Quién quié los pavos? Caballero,
Fíjese, que me traigo lo mejor
Y lo que va á costar menos dinero
De la Plaza Mayor;
Á nueve la pareja, y los rebajo;
Esto es más nutritivo que el cascajo.
—¿Has dicho que el cascajo?.

—¡Y está dicho!

—Anda, vete d'aquí, no me provoques.
—¿Es que vas á quitarme tú el capricho
De pregonar así? No te sofoques,
Ni te dé melancólica y dramática,
Ni faltes, como siempre, á la Gramática,
No sea que te dé yo el aguinaldo,
Porque me siento espléndida esta tarde.
—M'alegro mucho, y que te den un caldo.
—Que te lo den á ti, ú al Calomarde
Ese que ahora te chala.

—¡Porque puedo!

—¡Ay, como vendes cocos, me das miedo!
—Haremos lo que tú, vender inválidos
Que parece que están de cuarentena.
¿Donde t'has encontrao ese par de escuálidos?
—M'han tocao en una rifa.

—¡Si da pena!

¿No te inmutas al verlos?... ¡Pobrecitos!...
—No me hagas de reir.

—¡Animalitos!...

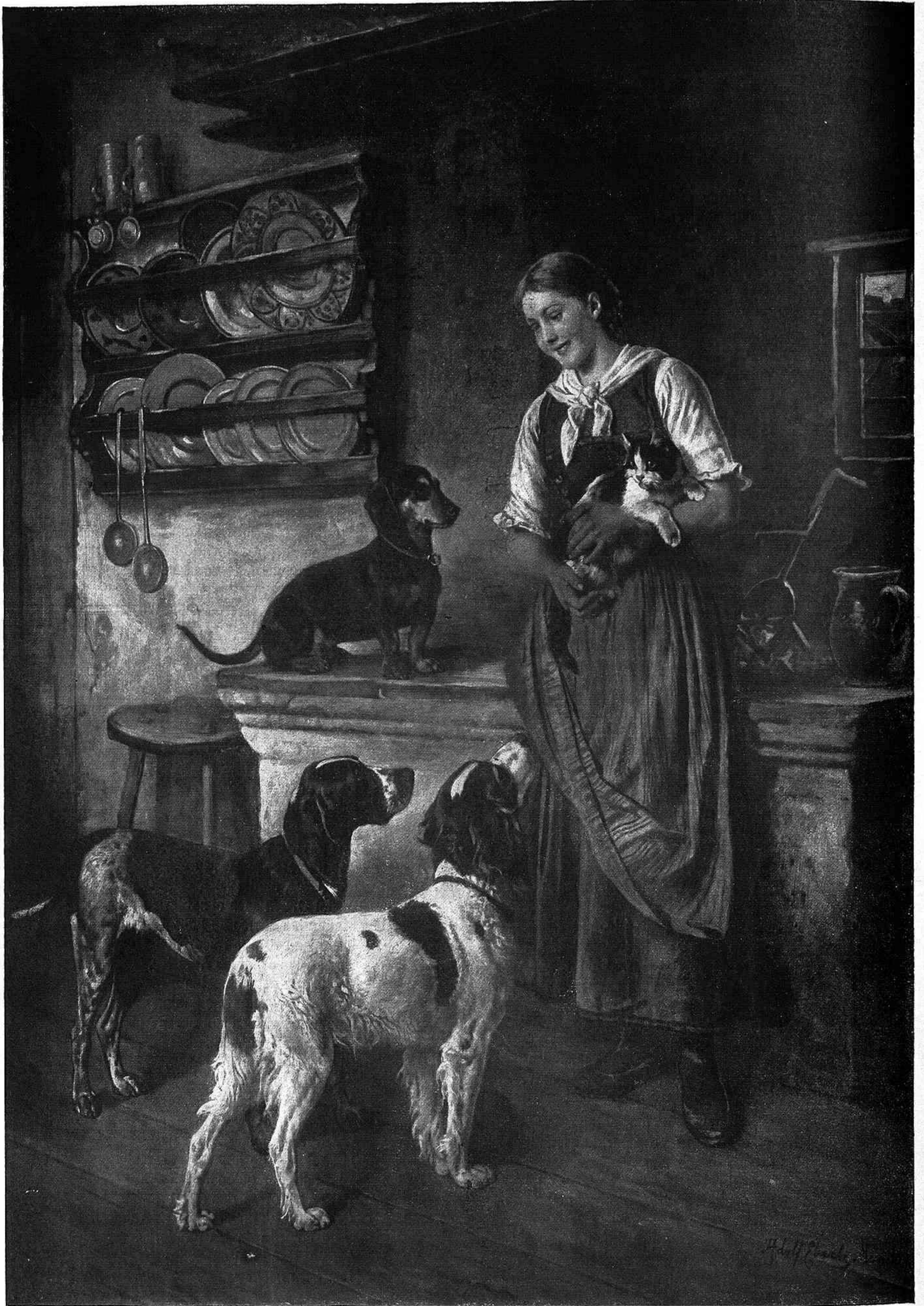
—Pues no te pones tú poco angustiada,
¿Pa qué compadecerlos?

Anda, y llévate los á Panticosa
Si te da tanta lástima de verlos,
Que ya quisieras tú, mal que te pese,
Cenarlos hoy en compañía de ése;
Pero ése no es pa ti, que ése es pa miquis,
Pa esta dama juncal, ¿te enteras ahora?...
—Pa mí que ese moreno no es pa tiquis,
Ese ha nació pa una servidora.
—Ese ha nació pa quien ha nació,
Y ese, pa que lo sepas, es muy mío.
—Ese no te da á ti más que dentera.
Menos conversación, y menos gesto,
Y si quiés que te zurre la pavera
La pavana, te sales de tu puesto.
—¿Que salga? Pues saldré ya que lo quieres...
—¡Á ver esa verdaz de las mujeres!...

.....
Sale *la Coja* del puesto,
Convertida en una fiera,
disponiéndose á la lucha;
Esperando está *la Tuerta*.
—¿Qué ocurre?—dice la Luisa.
—¿Qué pasa?—la otra contesta.
—¡Salamanca por Serrano!
—¡Chamberí por Hortaleza!
—¿Y qué es lo que tú anhelas?
—¡El añadido que llevas!
—¡Ven por él, si eres valiente!
—¡Ven aquí, si tiés vergüenza!

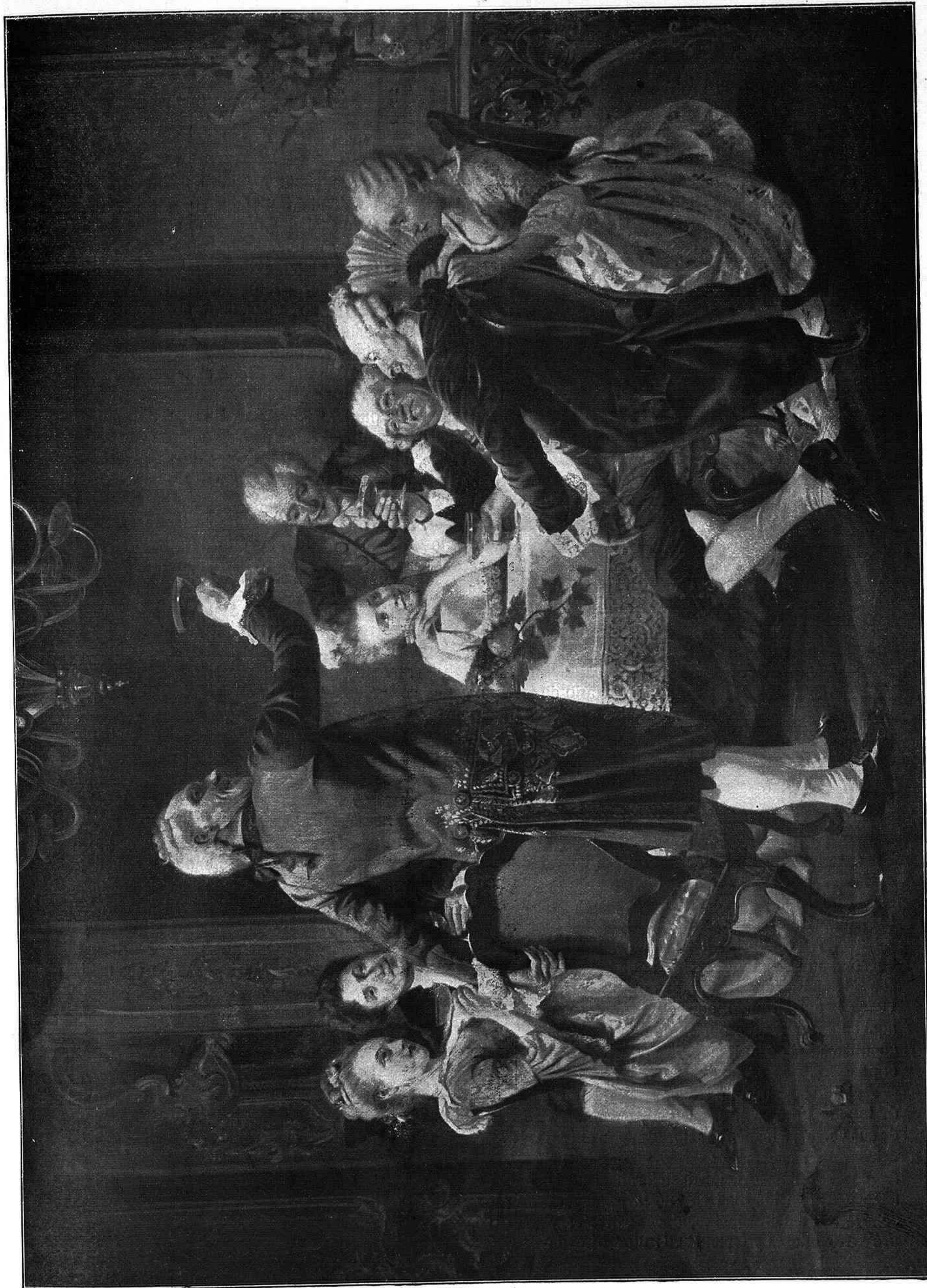
.....
Arañazos y mordiscos,
Sustos, voces y carreras,
Dos moños estropeados;
Uno del Orden que llega;
Los pavos que se ven libres
Y saltan sobre una mesa
De figuritas de barro,
De nacimientos y velas;
La vendedora que grita;
Los pavitos que aletean;
Los pastores por los suelos;
Las *Gilas*, medio deshechas;
El del Orden saca el sable;
Siguen las dos como fieras;
La Luisa sobre la Paca
Rompe las cañas de América,
Y con voz enronquecida
La dice:—No tendrás queja,
Que si los golpes son duros
El palo es pura jalea.
El corro se va engrosando,
Se rien y las alegran
Y se crecen á las voces,
Y sigue la riña, y mientras
Las dos se están destrozando
De celos y de amor ciegas,
El chulo por quien regañan
Pasa con otras dos hembras
Que, cogidas de su brazo
Y al compás de las panderas,
Van cantando el estribillo
De: *Esta noche es Nochebuena.*

ANTONIO CASERO.



TRES CELOSOS

Cuadro de Eberle.



Cuadro de Knoop.

Photographie und Verlag von Franz Hausstaengl in München.

BODAS DE ORO



EL TRIUNFO

ISABEL acercóse, cauta y sigilosa, hasta la puerta del despacho donde trabajaba su marido. Vióle con las cuartillas delante, blandiendo en la diestra mano la pluma, y apoyando en la izquierda su cabeza de soñador. Claudio laboraba. Isabel contemplóle embobada cierto rato, sin ser vista. Y como adoraba en el genio doméstico, no atrevióse á turbar su momento de inspiración. Lenta y silenciosa, como había venido, volvióse á marchar más que andando, deslizándose por el tapiz como las bellas apariciones de leyenda.

Si celos pudiera tener Isabel en su matrimonio felicísimo, sintiéralos tan sólo de la musa con quien veíase obligada á partir el amor de Claudio. Ella tenía un solo cariño. Su marido. El tenía dos. Su mujer y sus versos.

Por las noches, en vez del teatro ó la plática divertida en las casas amigas, Isabel consideraba como el mejor empleo de su tiempo el permanecer escuchando de los labios de Claudio las últimas poesías por él compuestas. Y el poeta las recitaba con voz queda y amante, mirándola dulcemente á ella, como si los versos que decía los fuera leyendo en los ojos de la bienamada.

Un día, un bello día, Claudio realizó su ideal. Juntó sus cuartillas y halló que formaban el libro tantas veces soñado. Escribió una última poesía que hubo de considerar como broche de oro para cerrar aquel breviario de ternura, y aprestóse á enviar á la imprenta aquellos papeles donde poco á poco había ido poniendo día por día pedazos de su alma.

No hubiera recibido aquel matrimonio la bendición de un hijo con tanta alegría como vieron llegar las primeras pruebas que traían puestas en letras de molde las palabras escritas con tanto afán, con tanto amor. Isabel ayudaba á Claudio en la tarea de corregir las galeradas, sintiéndose orgullosa de poner sus manos en la obra querida. Y ella leía y releía aquellos versos de única fragancia, y de armonía que era singular para quien tan gratamente sabía percibirla. El silencio profundo de aquellas horas de la alta noche daban un encanto mayor á aquellos versos que

tenían impresos una vida no sospechada, cuando eran no más que divinos garabatos trazados sobre el blanco papel.

Isabel y Claudio los leían y volvían á leer, como si fuesen admirables poemas que por vez primera interesaban su alma. Parecíales que los viejos retratos de los abuelos, yertos y majestuosos en sus lienzos solemnes, les contemplaban orgullosos de verles inmortalizando con obra perdurable aquel nombre legado por ellos, que supieron ennoblecerle con la luminaria de su virtud ó el poderío de su espada.

Y el libro fué por fin. Hiciéronsele honores de infante primogénito. Claudio, enamorado de sus versos, é Isabel, enamorada de su poeta, celebraron' fiesta mayor en su nido. Con un ágape de conmemoración festejaron el nacimiento. Era en los días en que la primavera comienza á mostrar fastuosidades estivales, y pródiga en flores y fecunda en frutos, ofrenda



pomona á los mortales, el espléndido regalo de sus liberalidades dionisiacas. Cuando, al final de la refección, se repartían la fresa, como un tesoro carmesí, sobre la fina y transparente porcelana, él tuvo para su dama el presente de un soneto y un ramo de rosas de Corinto.

Claudio había mandado su obra á los periódicos. Isabel abriólos, ansiosa, todos al día siguiente, buscando en ellos los comentarios al acontecimiento. Porque para ella no había suceso comparable á la publicación del libro de su esposo. Pero en vano buscaron los dos los artículos encomiásticos y los ditirambos esperados. Sólo un diario de los de tercer ó cuarto orden daba la noticia escueta en un par de líneas. Otro de la misma categoría se limitaba á publicar el título de la obra y el nombre del autor en una lista bibliográfica que publicaba en última plana, casi al lado de la sección de espectáculos.

El poeta no se descorazonó por eso. La obra suya merecía ser leída con detenimiento. Cuando los críticos la hubiesen estudiado, entonces vendrían los artículos anhelados, codiciados con tanto afán. Y pasaban los días, y marido y mujer adquirían cuantos periódicos con circulación ó sin ella se publicaban en Madrid, y aquellas disquisiciones acerca del libro del nuevo poeta no aparecían nunca.

Por otra parte, Claudio no dejaba transcurrir jornada sin visitar una por una todas las librerías á las cuales hubo enviado ejemplares de su obra.

Con un ahinco cuyo ridículo tardó en reconocer con una candidez verdaderamente infantil, preguntaba, indagaba, inquiría abiertamente unas veces, de manera indirecta y subrepticia otras acerca del éxito de su publicación. Pasó un mes, pasaron dos meses, y Claudio convenciéndose de que no había nadie que hubiese tenido la curiosidad de adquirir su libro. Sus pocos amigos, las escasas personas con

quien desde su vida casera y recoleta se trataba, y las cuales eran las únicas que le hubiesen comprado por compromiso de amistad, hallábanse relevadas de semejante cuidado, porque el enamorado matrimonio había cuidado de repartir entre todas sus relaciones los correspondientes ejemplares adornados con dedicatorias de afecto. Es fama que más de una vez, cuando él ó ella fueron de visita á casa de algunos de los agraciados, encontraron el libro en cualquier rincón, abandonado y sin abrir sus pliegos.

Había pasado cierto tiempo, y Claudio, á quien una mortal melancolía consumía y agobiaba desde que adquirió la convicción de su fracaso literario, entró en cierta librería y vióse sorprendido por la enhorabuena del librero, quien, pidiéndole albricias, hízole saber que había vendido un ejemplar de sus versos aquella misma mañana. Dudólo Claudio, y aun llegó á pensar si habría algo de chanza en la noticia, hasta que hubo de cerciorarse y rendirse á la gratisima evidencia. Corrió á otra tienda, y repitióse la escena. El poeta, admirado de aquel tardío



reconocimiento de su genio, siguió su peregrinación por las casas de los mercaderes de libros. En todas ellas, con absoluta estupefacción del interesado, habíase vendido la obra, que yacía polvorienta en los sótanos, tras de larga permanencia en los escaparates y en las estanterías de los establecimientos.

Y la buena racha siguió. Poco á poco, con un asombro que no se sabe si era mayor en los liberos ó en el autor, la edición se agotaba. Claudio refería gozoso á su mujer el fausto acontecimiento. Su mujer le miraba amante y satisfecha de verle vuelto á la vida y á la felicidad. El poeta sintió en efecto que la gloria, ese vago y fascinador fantasma de la gloria, le acariciaba con sus alas suaves é inconsútiles. Pasaba por la calle, penetraba en un café ó en un teatro, y con una ingenuidad deliciosamente pueril, quería escrutar el secreto de cada transeunte, de cada desocupado, de cada mujer bella que destacaba su busto sobre la barandilla de un palco.

—¿Me habrá leído?— se preguntaba. Y cuando alguien, caballero ó señora, le mirase por casualidad al pasar por su lado, Claudio, con esa vanidad ingénita que todo artista posee, decía á sí mismo:

—He ahí uno ó una que ha comprado mi libro.

Y un día, un triste y feo día, el poeta, que tenía la dicha de sus dos amores, el de su mujer y de sus versos, vió romperse, quebrarse violenta y brutalmente su ventura. Isabel, su ángel más aún que su compañera, apagaba su vida, aquella vida radiante de hermosura de cuerpo y de alma, en los brazos mismos de su esposo, que la miraba anonadado, como si un diablo cruel cabalgase sobre sus hombros y golpeará su cabeza.

—¡Isabel! ¡Isabel!— gritaba el desdichado.

Y los labios de la bienamada, fríos y mudos, no le hablarían más. Sus blancas manos caían como dos lises albos que se acabasen de tronchar.

Pasaron unos días acerbos, en los

que cada hora que sonaba entrábasele las campanadas en el alma como dardos mortales. Con vehemencias de demente recorría Claudio la casa, buscando á la mujer que jamás volvería. Otras veces dejábase caer abrumado en un sillón y paseaba una mirada inexpresiva por los muebles, los cuadros, los objetos menudos que le recordaban la muerte.

Al fin, como entre aquellos muros y bajo aquellos techos sentía constantemente la victoria del dolor sobre su espíritu maltrecho, decidióse á abandonar la vivienda que le atormentaba de continuo con sus fantasmas de recuerdos. Y llegó la hora de remover trastos y de desalojar aposentos.

Claudio presidía á sus servidores en aquellas operaciones. Ordenaba, clasificaba, disponía lo necesario para el buen traslado de todo cuanto en la casa se hallaba. Pronto viéronse desnudas las paredes, y sólo vivía ya entre ellas una remembranza de dolor.

Faltaba por desocuparse la bohardilla, adonde nunca, como era natural, habíase cuidado Claudio de subir. Á un criado encomendóse la tarea de sacar lo que allí hubiese.

—Eche usted fuera lo que haya por ahí arriba, que serán trastos inservibles— había ordenado el amo. Y el muchacho bajó pronto á avisarle de que en vez de viejos chismes la estancia desvanera es-

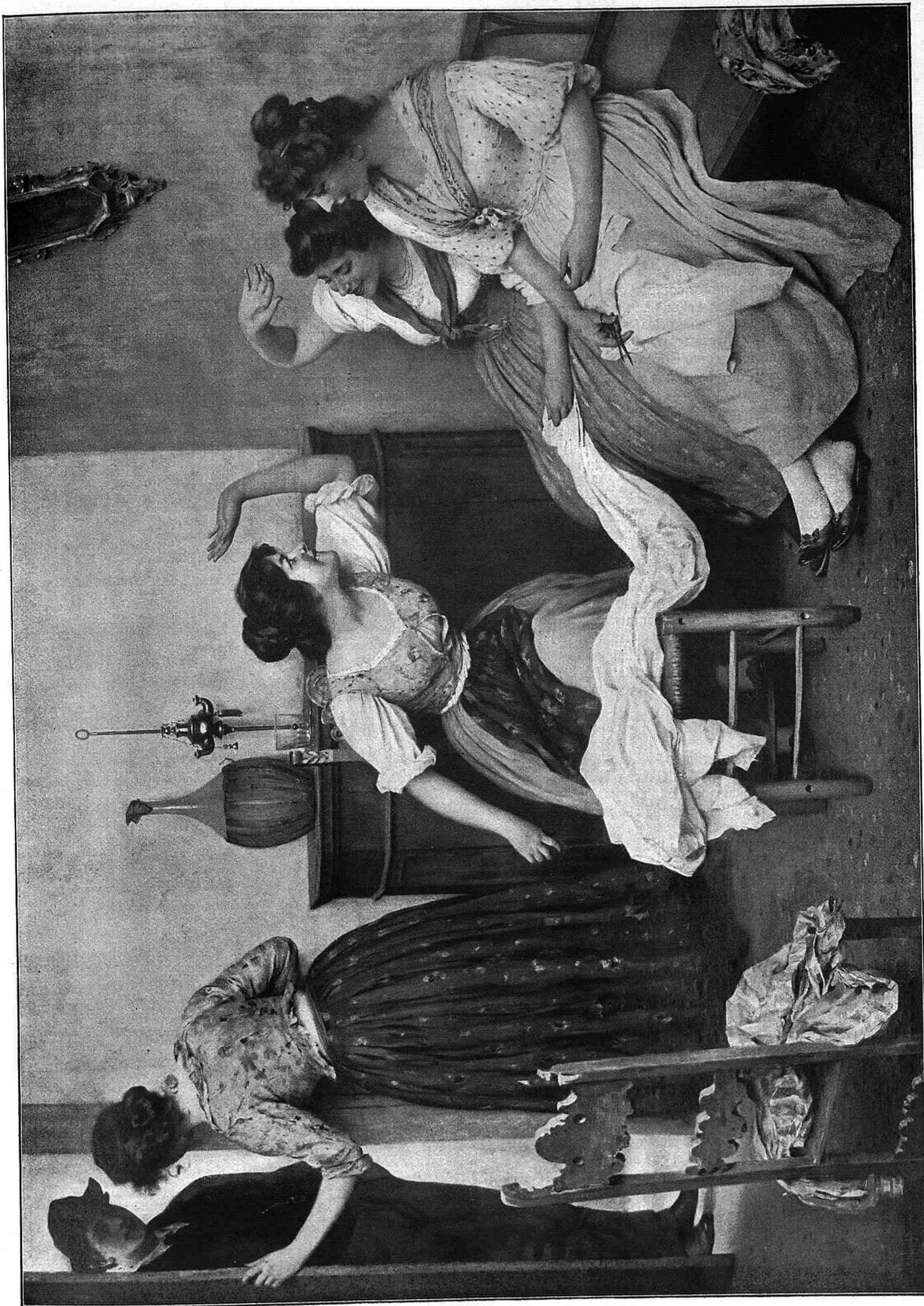
taba toda llena de libros. Claudio entonces, inquieto por aquel descubrimiento, subió á enterarse de qué misteriosa biblioteca había guardada en tal lugar.

Y llegó, y trémulo, tardando en dar crédito á la verdad de lo que sus ojos contemplaban, encontró, perfectamente apilada y alineada cuidadosamente, la edición íntegra de su famoso libro.

Y nunca tuvo una emoción más honda de ternura y dolor, al recordar á aquel buen ángel que se llamó Isabel.

PEDRO DE RÉPIDE.





Cuadro de Blaas.

MALICIOSAI

RODRIGO DE TRIANA

Ya Colón, con la suprema ansiedad del que confía, y no puede á los que dudan transmitir su confianza, acusaba á la Fortuna, no de infiel, mas de tardía; ya crecer en torno suyo el rumor confuso oía del volcán cuando abre cráter y el nublado cuando avanza; y ya, viéndose en la popa de su nao *Santa María*, por la chusma rebelada y furiosa acorralado, exclamaba, alzando al cielo, como Cristo en su agonía, el espíritu y los ojos: «¿Por qué me has abandonado?»

«¿Por qué me has abandonado?» ¡Ese mundo presentido por tu fe, cuya existencia nadie cree ni nadie sabe, allí está!... ¡Mas, si no llegas, para siempre lo has perdido, que á él podrá volar tu anhelo, pero no arribar tu nave!

¡Tienes fe, mas no esperanza; y no habrá quien, condolido, en tu estéril desaliento te reanime y te conforte!... ¡Oh, tristeza inconsolable de lo real no conseguido! ¡Flor que pudiera ser fruto, y sin ser fruto se agosta! ¡Brújula que siempre miras hacia la estrella del Norte, y no impulsas á la nave para que llegue á la costa!

Todos creen que el obstinarse fué locura y es delito. Todos creen que el Oceano nada guarda y nada encierra, que es desierto é insondable, proceloso é infinito... ¡Mas Rodrigo de Triana, desde el mástil grita: ¡Tierra! y los cielos y los mares se estremecen con su grito!

Carabela de la vida, que con rumbo incierto boga, y es un punto en la infinita soledad del mar y el cielo, doble esfinge que, ceñuda, amenaza é interroga, y que no responde nunca ni á la duda ni al anhelo.

Cuando ya la muchedumbre que la llena y la tripula, fatigada y recelosa, desfallece y desconfía, al cansancio que la rinde y al dolor que la atribula, elevándose atrevido, sobrepónese el poeta que atalaya desde el mástil la impasible lejanía para ver, como vigía, lo que vió como profeta.

¡Si la chusma de la nave, declarada en rebeldía, vilipendia y escarnece, crucifica y apostrofa, siempre ingrata, al Dios ó al genio que la salva ó que la guía, tú, vigía del ensueño, que en tu espíritu y tu estrofa la ilusión sagrada acoges y la fe divina albergas, despreciando valeroso los ultrajes y la mofa, es preciso que te eleves y te empines y te yergas, estribado y sostenido por las tablas de la cofa, los flechastes de las jarcias y las cruces de las vergas!

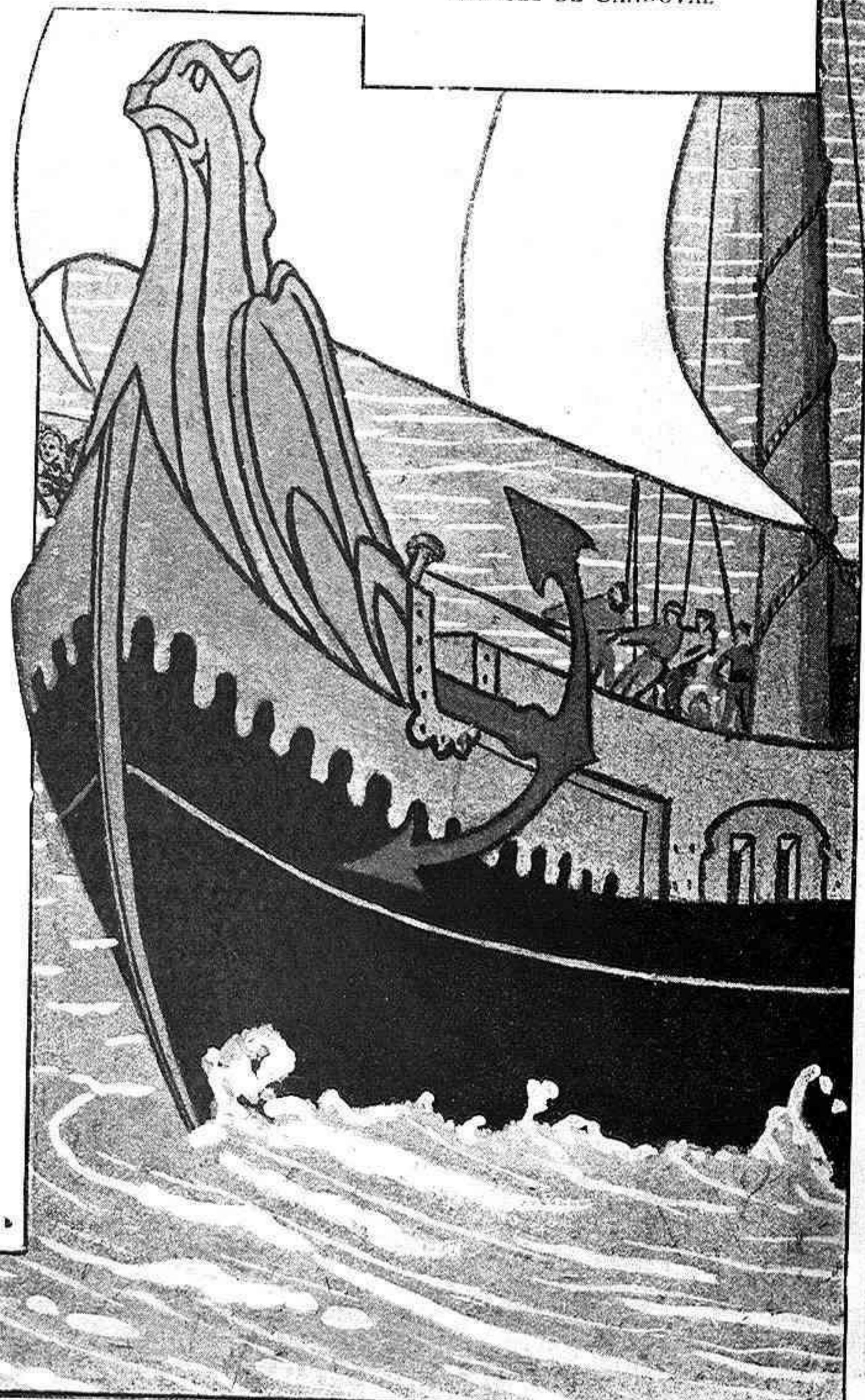
¡Es preciso que te eleves, porque siempre se dilata por sí solo el horizonte, para todo el que se eleva,

y en la línea en que el zafiro se confunde con la plata, virginal y tentadora, surgirá la tierra nueva!

¡Yo también, audaz, anhelo ser profeta y ser vigía, descubrir tras de los odios, los rencores y la guerra, las regiones ignoradas de la paz y la poesía; no ambiciono ni otro lauro, ni otro bien, ni otra alegría que vivir soñando gloria y morir gritando: ¡Tierra!

¡Ser profeta y ser vigía, porque solamente quiero, elevándome hasta el tope del más alto mastelero de mi pobre y atrevida carabela castellana, que en los mares del ensueño boga en busca del mañana, y dirige hacia una estrella, cual su aguja, su bauprés, ver la tierra prometida, cual Rodrigo de Triana, aunque expire sin poderla disfrutar, como Moisés!

MANUEL DE SANDOVAL



El respetable público.

LA gente que acude á las conferencias, sermones, corridas, manifestaciones, carreras de caballos, juegos de pelota, etc., etc..., es... público. Pero público á secas, sin otro aditamento, añadido ni coletilla. Respetable, lo que se dice respetable desde tiempo inmemorial, no es más que el del teatro.

Y todos los que nos dedicamos á complacerle y á buscarle las vueltas, por afición ó por necesidad, hemos convenido en que es preciso acatar sus fallos sin protesta, porque, al fin y al cabo, es el que paga.

Esta razón del pago es aplastante.

Yo tomo una cocinera á mi servicio, y si los guisos no me gustan la doy la cuenta y la pongo en la calle. Yo voy á ver una comedia, y si no me agrada despido al autor con cuatro patadas y un par de silbidos, y hasta otra. Los dos casos son exactamente iguales, pero ¡vaya usted á decir al último de los autores dramáticos, que cree que está cultivando el arte, que cada uno de aquellos señores que le juzgan (sus amos, porque ya se sabe que «el público es el amo») no le consideran más ni menos que á las cocineras respectivas, y pondrá el grito en el cielo!

Y, sin embargo, la lógica no puede tener dos caras.

¿Te doy un salario para que me frías unas chuletas? Pues las tienes que freir como á mí me gustan.

¿Te pago para que me entretengas con un enredo y unos caracteres y unas situaciones? Pues las situaciones, los caracteres y el enredo han de ser como á mí se me antoje.

Y ¡ay del atrevido que se lance á freir las chuletas de un modo distinto del que exige el gusto del público!

Se pasará la vida dando tumbos de cocina en cocina y bajará á la tumba con una fama de torpe que no habrá quien se la quite, ó sin fama de ninguna clase, que es peor todavía.

En cambio, el autor que no se meta en camisa de once varas y vaya por donde le lleven disfrutará de la admiración de sus contemporáneos, de la consideración de las empresas, y de la simpatía de los comediantes; tendrá ovaciones estruendosas y elogios incondicionales, le darán en vida tres ó cuatro banquetes populares en los Cuatro Caminos y no se irá al otro mundo sin media docena de coronas como ruedas de carro que, naturalmente, al interesado no le importan un pito, pero siempre halagan á la familia.

¡Y luego decimos que el Teatro es «un arca cerra-

da»! Cerrada sí; pero cualquiera que no sea un mastuerzo declarado puede tener la llave.

¿Se llevan ahora las patronas, los cesantes, los maestros de escuela hambrientos y los guardias de Lugo? Pues toma guardias gallegos, cesantes, maestros y patronas.

¿Se usa la moral casera con su niña enamorada de un galán pobre, pero honrado, y unos padres partidarios de un banquero rico, pero canalla? Pues allá va la tesis con su casamiento romántico al final y su herencia inesperada, para que el porvenir de los cónyuges no se presente obscuro.

¿Están en boga los tíos que vuelven de América? Pues vengan vapores cargados de tíos... y de quintillas descriptivas de las selvas vírgenes.

¿Privan las romanzas lastimeras con gorgoritos intercalados y un par de calderoncitos para postre? Pues ¡hala! á buscar el aplauso aunque se desgañite la tiple.

¿La gente se vuelve loca con un tango, una machicha, un garrotín y cuatro taconazos? Pues baile y más baile y ande el molinete y venga dinero.

Claro que algunas veces falla la combinación, porque si no esto sería Jauja; pero... vamos, hay nueve probabilidades contra una de que el autor salga á saludar emocionado y sonriente ante un público radiante de alegría y de entusiasmo.

Como falla sin remedio es si se sacan á relucir galanes pobres cuando triunfan las patronas, si se bailan garrotines cuando la gente pide romanzas y, sobre todo, cuando al tomar la pluma se piensa en cualquier cosa menos en halagar á la muchedumbre. El pecado de sacar á la gente del sendero trillado se paga saliendo del escenario bajo las compasivas miradas de los cómicos y sin que el celador le ayude á uno á ponerse el abrigo, como dice un dramaturgo ilustre.

Las innovaciones, las pruebas, que recomiendan los críticos un día y otro, sólo pueden intentarlas los genios, y eso con una tenacidad que resista el desvío y no sin sufrir bastantes coscorriones.

Porque como el público haya ido en la creencia de que se va á marcar unos tientos la Fulana, ó de que se va á morir en escena Mengano, ó de que va á soltar cuatro chistes Perencejo, en cuanto pasen diez minutos y no hayan parecido por ninguna parte los chistes, los tientos ó la defunción, se oirá una voz en la galería (*vox populi, vox Dei*) que dirá rompiendo el silencio general: «¡Qué malo es esto!», ó algún señorito de las butacas exclamará dirigiéndose á un amigo que se siente en otra fila: «¡Vaya una lata, ó Pepe!», empezarán á sacar los periódicos los venerables próceres de las plateas..., y allí será Troya.

Este último detalle es siempre decisivo. Porque si aquellos señores calvos, con las pecheras como la

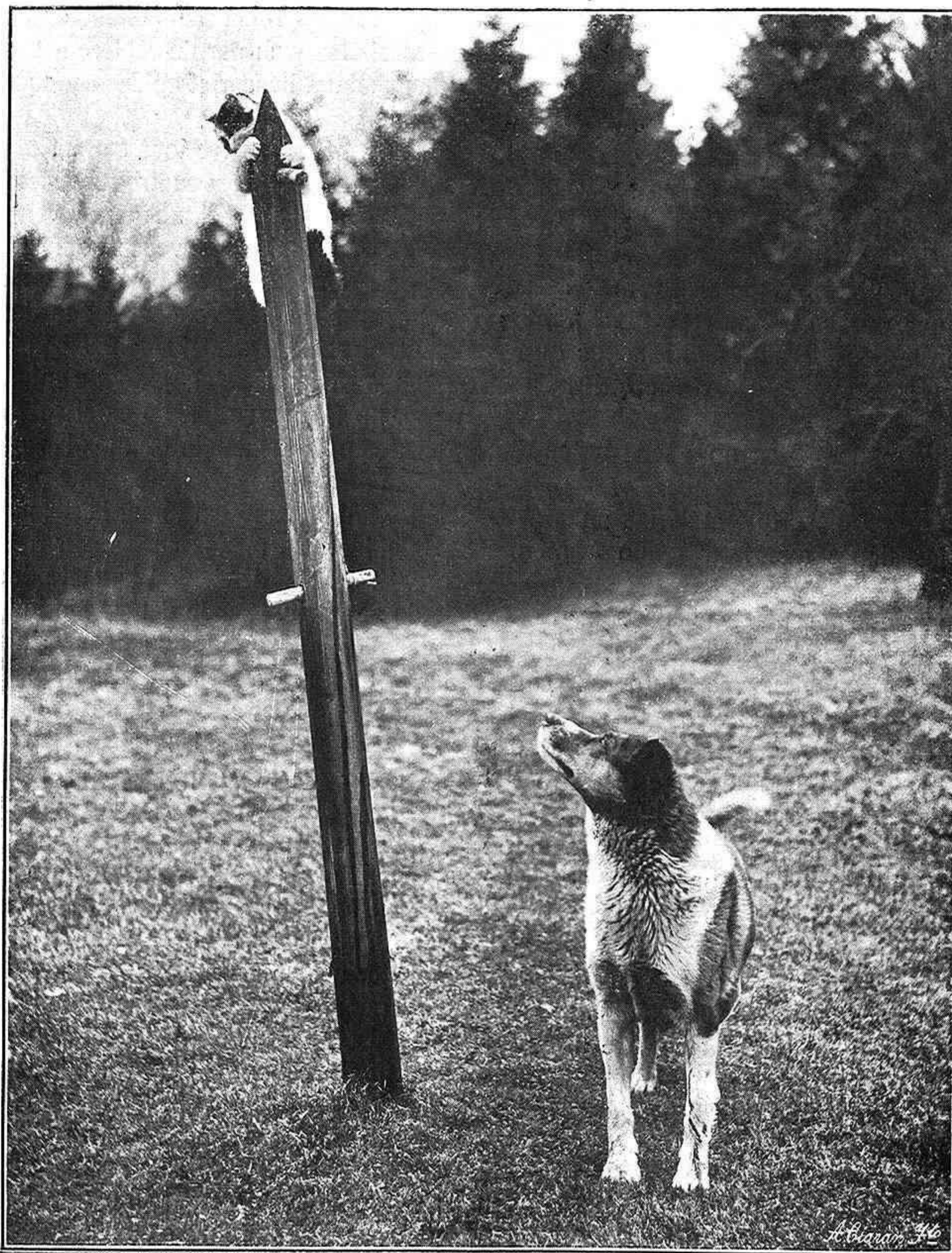
nieve, que tienen trazas de entender de todo, se aburren hasta el punto de tener que apelar al folletín ó á la sesión de Cortes para pasar el rato, ¿no es una señal evidente de que lo que está pasando en el escenario no vale la pena?

Claro está que siempre queda el consuelo de suponer que con el tiempo triunfa la justicia y quedan las cosas en su punto; pero, aparte de que es posible que se estén pudriendo en el olvido muchos hombres de mérito sin que las generaciones siguientes se hayan percatado siquiera, el caso es que el que obtiene los aplausos goza de una fama que á nadie le consta si es ó no efímera, y se pasa la vida

tan ricamente entre incienso y perfume de rosas, mientras el que se empeña en no guisar á gusto del público, cuando se figura que lo tiene estragado, va poco á poco hundiéndose en la indiferencia general, amarga como hieles, y recorre su camino entre silbidos y censuras... ¡Y váyanle ustedes con el cuento de las glorificaciones póstumas!

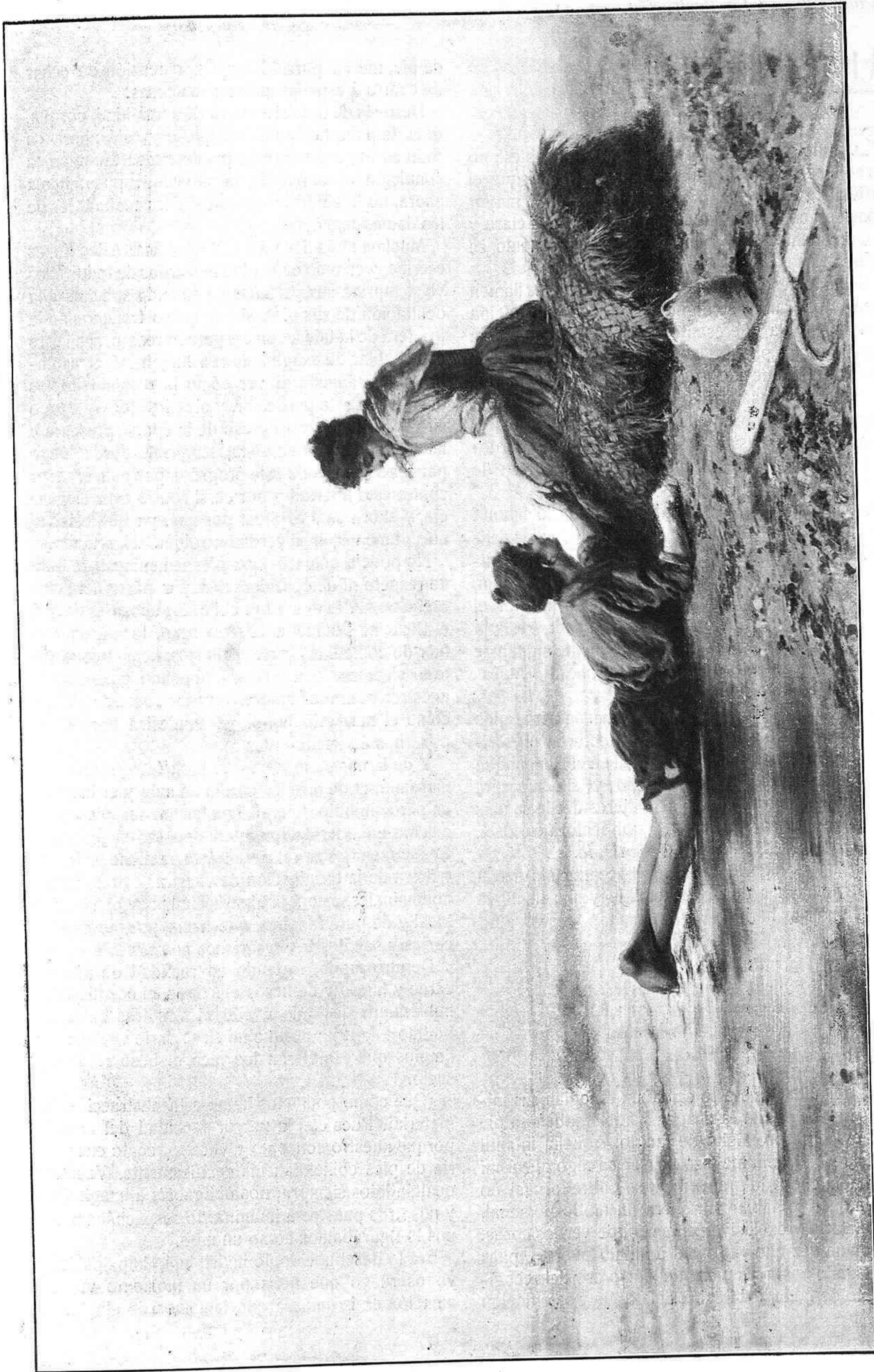
En primer lugar, no es seguro que todos vayamos á parar á la diestra de Dios padre, y en segundo lugar, aunque así sea, ¿quién se va á acordar allá arriba de semejantes minucias?

SINESIO DELGADO.



PUERTO DE REFUGIO

De fotografía.



Cuadro de P. Gabrini.

IDILIO

A los pies de ustedes.

EL título que antecede, ¡oh lectoras amables!, no es solamente una fórmula de buena crianza que el articulista aprovecha para saludarlas con la mayor consideración, sino que, además, manifiesta clara y terminantemente el asunto á que su artículo se dedica.

Sépanlo desde ahora, para que luego no se llamen á engaño, cuantas se dignen favorecer esta página con la mirada interesante de sus hermosos ojos: sepan que los pies de las damas son el asunto de este trabajo, que me atrevo á brindarles, como los matadores en las corridas reales, *rodilla en tierra*, postura la más apropiada á las circunstancias por lo obligado que estoy á comenzar, pidiendo perdones por el atrevimiento del asunto y la pobreza de la forma.

Bien sabe Dios que yo quisiera escribirlo á punta de pluma, como dicen, y acertar con todas las delicadezas y filigranas que el tema de los pies femeninos requiere; pero, á pesar de mi buena intención, mucho me temo que por el estilo más que por el tema pueda mi artículo calificarse de *pedestre*.

—Pero vamos á ver—dirá seguramente alguna de ustedes, —¿á qué santo viene tratar ahora de nuestros pies en un artículo?

Á lo cual, desde la honesta distancia á que nos encontramos en estos instantes la lectora y el escritor, diré yo que el tal santo no está en el Almanaque ni se encuentra en el Martirologio, y, sin embargo, es conocidísimo de todas las mujeres desde su más tierna infancia, porque se trata, ¡oh lectora curiosa!, de *San Sereni de la buena, buena vida*.

Miraba yo jugar al corro, no hace muchos días, á unas muchachas de clase humilde y me llamó la atención escucharlas:

«San Sereni
de la buena, buena vida.
Así, así,
hacen las señoritas.
Así, así, así»,

y las chiquillas que esto cantaban recogían sus falditas hasta enseñar la enagua y adelantaban un pie con evidente propósito de lucirlo. Aquella infantil y picaresca ironía me hizo pensar en algo que á mí me había chocado grandemente y sobre lo cual no había querido hablar por si era un modo personal, estrafalario y exclusivamente mío, de ver las cosas. Pero una vez que ya es del dominio público, pues ha llegado hasta las niñas del corro eso del recogimiento de falda, exhibición de enagua y ostentación

de pie, me ha parecido que era ocasión de echar un cuarto á espadas sobre estas cosas.

Después de todo el tema es de actualidad, porque, data de poco tiempo á esta parte y está ahora en todo su auge y no se le puede negar tampoco la condición atractiva de la novedad, pues, hasta ahora, no había formado parte de las costumbres de las damas españolas.

Muchos años lleva á cuestas el que estas líneas escribe, y cuando evoca los recuerdos de todos ellos ve siempre á sus paisanas atendiendo solícitas á la ocultación de sus pies, si por acaso transponían la frontera de la falda, con exagerado recato, si en esto cabe hablar de exageraciones. Imagínese el asombro del articulista al ver cómo han cambiado los tiempos en este particular, y si se le dijera que todo ello constituye un progreso de la época presente y una elegancia modernista, téngasele desde luego por reaccionario de este progreso, por conservador contra esta libertad y por cursi contra esta elegancia, y ahora va á explicar por qué, ya que este, ni más ni menos, es el verdadero objeto del artículo.

No podéis quejaros, ¡oh pies femeninos!, de falta de respeto ni de consideración por parte del hombre. Con ser tantos y tan bellos los encantos de que el Cielo ha dotado á vuestro sexo, los varones, á fuer de comedidos y respetuosos, hemos considerado siempre como el máspreciado galardón de nuestros honrados amores obtener vuestra mano, y como el más alto honor para nuestra cortesía el ponernos á vuestros pies.

Y de la misma manera que para la consagración matrimonial de nuestro cariño ha sido y es la mano un puro símbolo, lo eran igualmente los pies para nuestra galantería. No hay que pensar en que nuestros homenajes se refirieran á la realidad material y física de la terminación de vuestras extremidades abdominales, sino á la abstracción, completamente ideal y de pura fantasía, que hacía posible que en cartas y saludos los besáramos *moralmente*.

De otro modo, tratando en realidad de pies de carne y hueso y de besos efectivos, ni nosotros nos hubiéramos decidido á ello ni vosotras hubiérais podido tolerarlo; porque no sirve darle vueltas: por limpios que estuvieran los pies, el beso resultaría sucio.

¿Que cómo podíamos hacer esta abstracción inmaterial? Pues con la mayor facilidad del mundo; porque nuestro concepto y vuestro recato en materia de pies coincidían matemáticamente. Vosotras ocultándolos siempre, nos obligabais á imaginarlo, y nosotros puestos á imaginar lo sospechábamos y nos lo figurábamos como un mito.

Era lo desconocido, lo invisible, lo impalpable, y yo os ruego que fijéis por un momento vuestra atención en la manera que teníamos de elogiar su

mérito. Para nosotros, el atributo más bello del pie femenino era su brevedad apenas verosímil. No mentábamos por esto al celebrarlo ni la gracia de sus líneas, ni la morbidez de su forma, ni siquiera su proporción y su armonía, como con vuestros otros encantos solemos hacer, sino que toda nuestra ponderación consistía en achicarlo todo lo posible.

¡Un pie breve, diminuto, inverosímilmente chiquiritín! Eso era el colmo de su belleza.

Campoamor, vuestro poeta predilecto, se atrevió á decir de una de sus hermosas heroínas:

«Con un pie tan pequeño que podría encerrarse en el cáliz de una rosa»,

y á todos nos sonó esta afirmación á poesía y á belleza, sin detenernos á examinar si, tratándose de un pie de carne y hueso, sería posible encontrar bonito uno de los escasos centímetros que puede contener el cáliz de la rosa más grande.

Nada de examen ni de medida material. Un pie de mujer en el cáliz de una rosa, será un absurdo para la física y la geometría del espacio, pero es una preciosidad en el terreno de la poesía, que era el terreno en que siempre considerábamos nosotros este vuestro encanto, apenas entrevisto y misteriosamente imaginado.

De aquí el deseo y la ilusión, que se satisfacían con bien poco:

«De Cádiz al Puerto
de un salto pasé
tan sólo por verte
la punta del pie»,

decía una canción del tiempo de vuestras bisabuelas. Todo un viaje de un brinco, para expresar hiperbólicamente el anhelo, ¡para ver solamente la punta! Juzgad de nuestro comedimiento.

Verdad es que el traje talar de la mujer apenas ha permitido á la masculina curiosidad ver otra cosa. Las doncellas griegas y romanas seguramente mostrarían escasísima parte de su sandalia; las damas de la Edad Media, la agudísima y prolongada punta de su calzado, aquella precisamente en que el pie no se contenía; las damas de abultado tontillo y guardainfante, ni la punta siquiera. Cuando el tacón apareció en el siglo XVII y en el siguiente exageró su elevación, sacaron un tanto las damas los pies de las alforjas y vino á coincidir la más ostensible exhibición de los pies con las costumbres licenciosas de la época, de la misma manera que cuando nuestras damas adoptaron la indumentaria de las majas, achulapándose, por decirlo así, su elegancia, se lucieron también los chapines de seda y zapatitos con galgas.

Nosotros no hemos alcanzado estas libertades

de enseñanza y veníamos acostumbrados al recato más riguroso y, como queda dicho, nos imaginábamos el pie de la mujer todo lo más pequeño y lo más bonito que nos era posible, y nótese de paso que hablábamos y aun hablamos por la fuerza de la costumbre *del pie*, y no de los pies, para achicar, no solamente sus dimensiones, sino hasta su número. No nos limitábamos cuando alabábamos vuestros ojos, vuestros labios, vuestras pestañas, vuestras mejillas ó vuestras cejas, á mencionar una sola de ellas.

¿Quién oyó nunca decir que Fulanita tenía una rosada mejilla, una ceja poblada, una pestaña sedosa ó un hermosísimo ojo? Hubiera creído la gente que no tenía más que uno de los respectivos encantos y, sin embargo, en materia de pies á nadie chocó nunca que habláramos solamente en singular. Todo ello corrobora nuestro concepto, que antes he tenido el honor de explicar.

Hoy, lectoras amables, hoy..., buen concepto y buena abstracción y buena fantasía nos dé Dios teniendo ante nuestros ojos bien clara y patente la realidad. Hoy no cabe que nos hagamos ilusiones sobre el pie femenino, porque lo estamos viendo en toda su integridad y no puede cabernos duda ni siquiera de su color, por la condescendencia con que la media calada deja que se transparente.

Dada la moda actual, por poco observador que uno sea, se sabe de memoria vuestro pie izquierdo. Porque esta es una de las curiosas particularidades de esta costumbre, según vengo observando. El especial cuidado de que vuestra falda no se manche al contacto del suelo polvoriento ó barroso, que es sin duda el único motivo que os mueve á remangarla, parece limitarse al costado izquierdo de vuestra simpática persona; pues mientras por este lado levantáis el vestido muy por encima del tobillo, cuelga por el derecho cubriendo hasta el pie respectivo completamente.

Demasiado sé que al mencionar este desenfado, que me atrevo á calificar de *zurdo* y que en punto á libertad lo considero también como de la extrema izquierda, demasiado sé que me contestaréis en seguida que lo hacéis sin la menor intención provocativa ni pecaminosa. Yo estoy en ello, pero precisamente por eso me parece la cosa completamente absurda.

Porque si yo me pongo en mangas de camisa á una corriente helada del Guadarrama *sin la menor intención de constiparme*, ¿no será, sin embargo, facilísimo que con falta de intención y todo coja una pulmonía? Y si diera en la costumbre de verter por el balcón la palangana en que acabo de lavarme, *sin la menor intención de mojar á nadie*, ¿no sería seguro, que sin intención y todo pondría á los transeuntes hechos una sopa?

¿Cómo no os dais cuenta, en vuestro claro talento, de que hacéis sin intención lo mismísimo que haríais si la tuvierais?

No insistiré en este razonamiento, porque más de lo que yo me podría atrever á deciros en estos renglones, os dirá vuestro exquisito sentimiento del pudor, como educadas, distinguidas, cristianas y hasta piadosas que sois, á poco que consultéis con vosotras mismas; y vamos á otro aspecto de la cuestión para terminar.

Yo os doy mi palabra de honor de que los pies que nosotros los varones os atribuíamos antes de conocerlos tan plenamente como ahora los conocemos, eran mucho más pequeños, más poéticos, más finos y más bonitos. Para nosotros era proverbial que todo pie de española era pequeño. ¡Ya se ve! ¡No contemplábamos por entero más que los de las niñas!

Ahora que nadie nos oye, me atreveré á decíroslo en confianza: habéis perdido en el cambio de costumbre. No os negaré que hay tal ó cual piececito por esos paseos y por esas calles que es una verdadera monada, así en sus proporciones como en sus líneas; pero perdonadme que os lo comunique en secreto, de cada diez, ocho dejan bastante que desear en punto á estética.

Yo he llegado á imaginar si sería mala suerte mía no descubrir en mis observaciones más pies bonitos, y como gusto de documentarme antes de escribir sobre cosas trascendentales como esta, he acudido á gran número de zapaterías elegantes y for-

mado curiosas estadísticas de los puntos que calza la hermosa mitad del género humano en estos madriles.

Tranquilizaos: mi absoluta discreción los ha hecho añicos y á nadie pienso comunicar datos tan tristes, que sólo han servido para confirmar mis observaciones anteriores sin ninguna otra finalidad.

—Pero articulista del diantre—me dice una lectora fuera ya de los límites de su paciencia,—¿á qué sacar las cosas de quicio? Se trata de una moda y nada más.

Así me lo figuro, lectora de mi alma, y lo celebro de todo corazón, porque siendo achaque de la versátil tiranuela abominar muy pronto de aquello que elevó á la categoría de elegante, es lícito esperar que no ha de tardar en venir el día en que sea cursi esa exhibición modernista y vuelva á ser elegantísimo el recato tradicional.

Para entonces yo os anuncio que olvidaremos fácilmente lo que hemos visto y volveremos probablemente á lo que habíamos imaginado, con lo que todos saldremos ganando: vosotras en nuestro concepto y nosotros en nuestra ilusión.

Por mi parte he de hacer todo lo posible porque se me olvide cuanto antes mi desencanto, que me hace exclamar á mis solas: «¡Válganos Dios! ¿Qué necesidad teníamos los hombres de habernos enterado de que hay muchas mujeres que tienen el pie demasiado grande y bastante feo? ¿No es esto un dolor?»

CARLOS LUIS DE CUENCA.



EL FAVORITO

De fotografía.

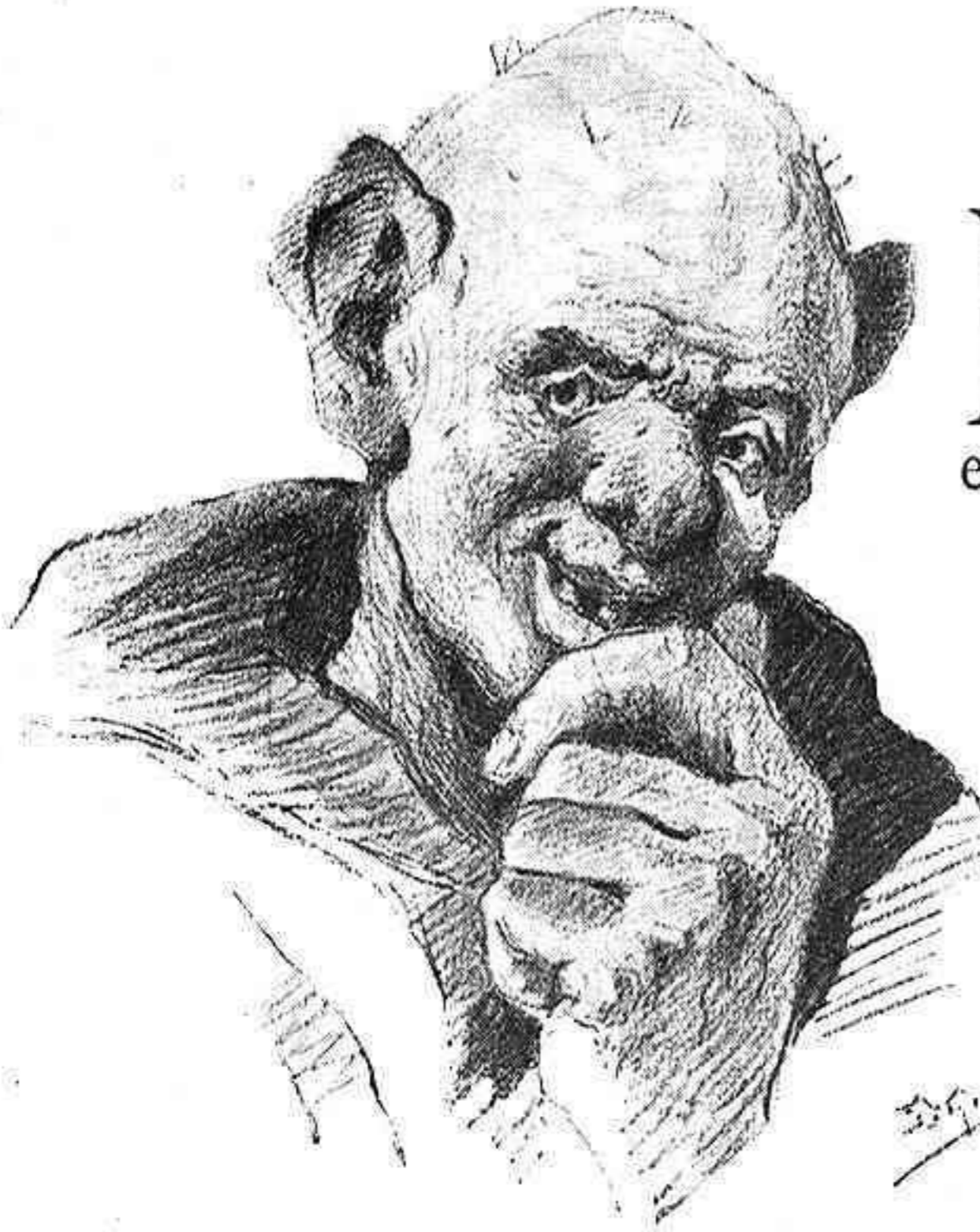
VERANO



ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y AMERICANA 1911

Martinito el Duende.

C U E N T O



ERASE á principios del siglo pasado. Y érase un matrimonio cargado de chiquillos, que habitaba en un pueblo de Andalucía enclavado al pie de Sierra Nevada.

El hombre trabajaba de jornalero en los campos y la mujer en su casa, cuidando de la prole y de la cocina, con lo cual queda dicho que no podía aportar á la bolsa común ni una mala moneda como añadidura al salario del marido, corto ya de por sí y mer-mado, para mayor desdicha por los paros forzosos, á que están sujetos los braceros campesinos.

Estos obligados ocios eran aún más frecuentes y prolongados para Zacarías Venegas, alias *Pilongo* que sólo era llamado á prestar sus servicios cuando todos los hombres útiles del lugar estaban ya empleados.

Porque Venegas descendía directamente de los árabes que después de la Reconquista quedaron sometidos en la Alpujarra, y pensando que no hay razón ninguna para que la apatía de que adolecen los descendientes de Boabdil que pasaron el Estrecho dejara de acometer á los que por esta parte quedaron, se comprenderá el hito de la flojera de nuestro hombre y de lo disputado que era su concurso entre los hacendados de la comarca.

No resultaba, pues, envidiable la situación de Zacarías Venegas, llamado el *Pilongo*, ni la de su numerosa familia; pero, como todo tiene fin en este mundo, cierto día varió por completo la posición ingrata en que se encontraban, y por muerte de un pariente de la esposa, viéronse dueños, de la noche á la mañana, de un horno de pan cocer—el más acreditado y boyante de los dos que en el pueblo existían,—de la casa y anejos en que aquél estaba instalado, y de los enseres del oficio y muebles familiares, amén de una regular cantidad de dineros.

Instaláronse en seguida y se dispusieron á continuar sirviendo á los parroquianos, de la misma manera satisfactoria á que el difunto hornero les tenía acostumbrados.

Zacarías era hombre decidor y de afable trato; no era, pues, su persona la que había de espantar á la clientela. El único temor que podía inspirar á quien bien le quisiera era el de que, por falta de actividad, anduviera todo á su alrededor manga por hombro. Por eso el Cura, cuando supo de boca del Corregidor que el bueno de Venegas iba á heredar, llamó á éste y le hizo una plática razonada y cariñosa que se terminó por un elogio de la laboriosidad y diligencia, aplicables al oficio que iba á emprender.

El sermoneado prometió cumplir cuanto se le aconsejaba y, consecuencia de esta promesa, fué aquella desacostumbrada actividad que desarrolló al entrar en la nueva casa, y que todos eran unánimes en reconocer.

Veíasele correr continuamente de la trastienda al mostrador, del mostrador al corral, del corral á la amasadera; subir al granero, bajar al sótano, y, tal era su tráfico y ajetreo, que al final de la jornada hallábase aspeado como demandadero de convento y más molido que la harina de sus bollos.

Por lo mismo nadie se explicaba lo que con el horno ocurría desde que el *Pilongo* se hizo cargo de él. Y era que unos días el pan resultaba casi quemado, otros demasiado crudo, á veces la masa estaba seca y apelmazada, á veces correosa como cinto de corchete ó negra como hogaza de munición.

Y no había que achacar defecto tanto á falta de pericia del flamante panadero, pues éste, justamente



porque no conocía el oficio, había retenido á su lado al mismo operario que en tiempos del tío de su esposa tenía á su cargo las faenas más delicadas de la fabricación y era el que todo lo hacía ó vigilaba.

Las reclamaciones llovían sobre el azorado Venegas, que era el primero en no saber á qué atribuir tanta deficiencia. Devanábanse los sesos marido y mujer para descubrir la causa de su mala suerte sin encontrar una sola razón, y, entre tanto, los parroquianos desertaban para aumentar la clientela de la panadería competidora.

En su tribulación, decidióse el *Pilongo* á seguir el consejo de su cónyuge, consultando á una vieja vecina que tenía fama de buena discreción y aun de poseer sus puntas y ribetes de hechicería.

De la conferencia se sacó en limpio que algo sobrenatural andaba en el ajo, y que todas las fechorías que tenían lugar en la casa, tales como la rotura de cacharros, la descomposición de la levadura, el arrebató del horno indicaban la presencia de un duendecillo burlón y mal intencionado, de la

existencia del cual, la vieja—en su hondo conocimiento de aquellos achaques—tenía ya barruntos.

Hasta llegó á dar su nombre. Para ella no había duda: se trataba de Martinito, el duende.

Y éste era, según sus noticias, chiquitín, como de tres pulgadas, astuto y vivaracho, ágil como una ardilla, y, además, dotado de una fuerza incomprensible en tan pequeña estatura. Con estas condiciones se comprende que trajera la casa á mal traer y que no hubiera modo de echarle la vista encima.

Volvióse Venegas y refirió cuanto la vecina acababa de decirle, y puede afirmarse que desde entonces ya no hubo momento de tranquilidad para nadie y menos aún para el propio tahonero, que hizo cuestión de honra el dar con el causante de sus amarguras y de aplastarle de un estacazo. Registró desde la cueva hasta el colmado, removié trebejos y muebles, vació armarios, tapó agujeros y no quedó rincón por inspeccionar, ni escondrijo que no se oliscara.

Nada consiguió; al contrario, diríase que el engendro, por vengarse de la batida que se le daba; dábale él más prisa á cometer tropelías y desmanes. Faltaba dinero del cajón, mermaba la harina en los sacos, consumíase la leña más que nunca sin que el horno se pusiera á temple, menguaba el aceite en las orzas y durante la noche en la cocina escuchábanse trapatuestas endiabladas, precursoras infalibles, según pudo observarse, de la desaparición de quesos manchegos y orondas morcillas.

Zacarías, que no fué nunca gran madrugador, comenzó á notar que cada día le asediaba más el deseo de dormir y que esa tendencia de todo cuerpo —y, por lo tanto, del cuerpo humano—á buscar el reposo sobre su base mayor, se manifestaba en él de manera harto exagerada. Parecía que el diantre del duende vertía algo en la cena, que le diese aquel sueño prolongado y pegajoso.

Y no debía ser sólo en la cena, sino en el almuerzo también, porque después de éste, al trasegar dos ó tres vasos de vino, arrellanado en su sillón, según tomó por costumbre, entrábale un sopor que no desaparecía más que después de tres horas de siesta.

La actividad de un principio fué amainando, y la poca que le quedaba empleábala entera en perseguir á Martinito, pues, como él decía:

—Todo lo que ahora se pierda en el negocio no tiene importancia. La cuestión está en librarnos del duende: puesto que todo se ha desarreglado por él, cuando él no exista, todo se volverá á arreglar por sí sólo; el trabajo estará siempre en punto y la parroquia volverá á favorecernos.

Pero el pequeño Martín—ya lo había anunciado la vieja—era astuto y ágil y no se dejaba atrapar fácilmente, y entretanto la venta iba de mal en peor.

Un golpe inesperado vino á aumentar la ruina y el desastre que se cernían sobre la casa de *Pilongo*. El oficial de panadero, que aquél conservara de su antecesor, se despidió para establecerse por cuenta propia. Es decir, que las pocas personas que aun compraban en la ya desacreditada tahona, desertarían, también y llegaría el momento en que no habría que amasar más que para el tahonero y su familia; y por numerosa que ésta fuera, no había de resultar muy lucido negocio.

Entonces Zacarías tomó una resolución heroica, que se apresuró á comunicar á su mujer.

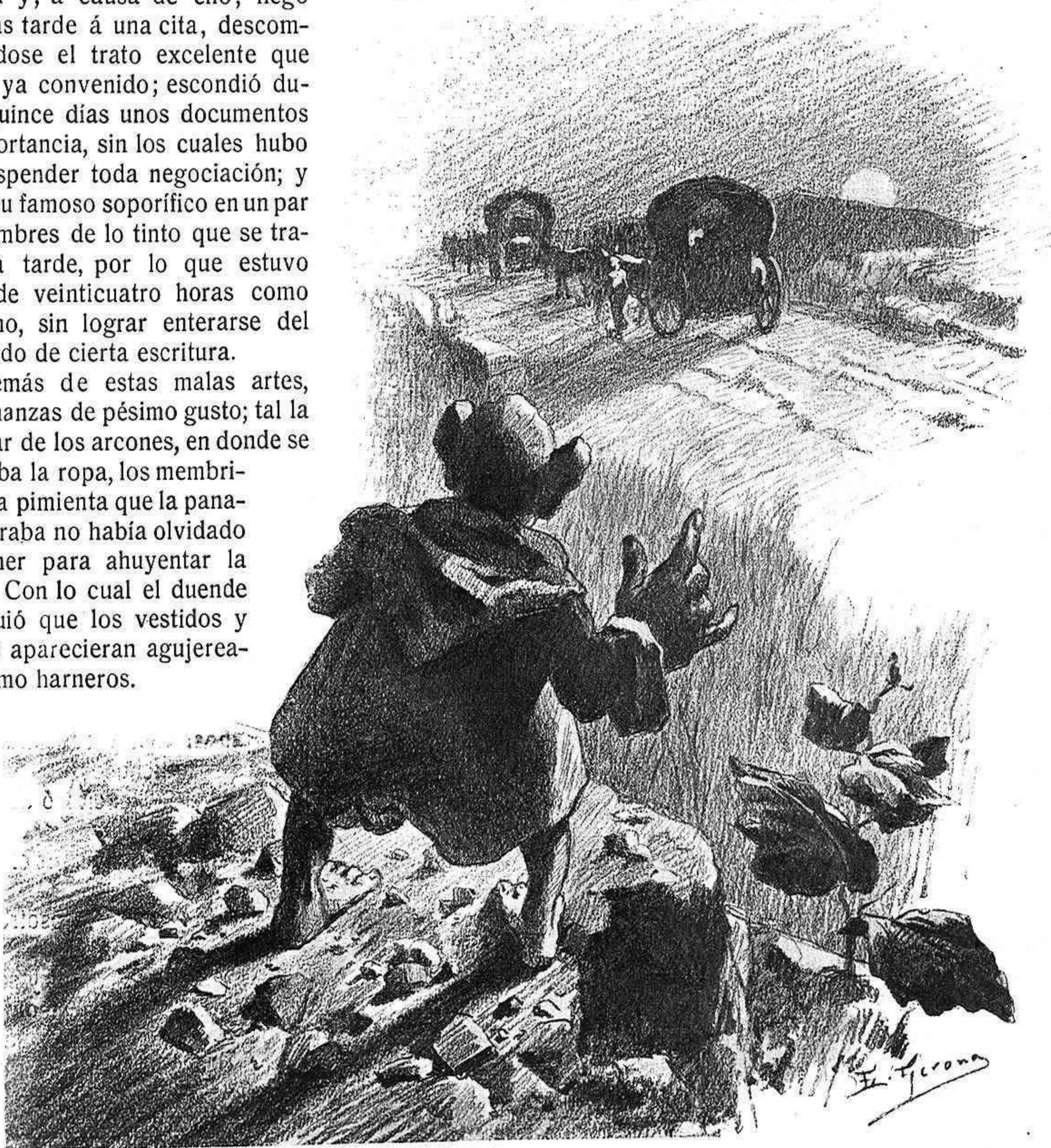


—Escucha—le dijo.—La situación no puede alargarse por más tiempo. La casa está embargada dos veces por cuenta de los molineros. En la bolsa no queda una blanca, y las de oro son amigas reñidas que dejaron de visitarnos hace mucho tiempo. Todo lo que hagamos será inútil teniendo á nuestro lado ese maldito duende, que Dios confunda, y así, tengo pensado que nos vayamos de ella después de vender los muebles, de los que conservaremos solamente los más indispensables, de igual modo que los útiles y trastos del oficio. En la aldea inmediata no hay quien fabrique pan y las mujeres tienen que ir á comprarlo á los pueblos próximos. Según me han dicho, existe allí un antiguo horno del que nadie se sirve y que nos darían á pagar cuando podamos. Vámonos allá; yo he aprendido el oficio en el tiempo que aquí llevamos y, con un par de mozos, propóngome hacer tantas hogazas y roscas que basten y sobren para aquel vecindario y aun para los vecindarios de todos los pueblos del valle juntos. Véame yo libre del condenado Martinito, que será verme libre de la murria que nos come y de la cuerda que nos ahorca, y has de presenciar maravillas.

Hízose conforme el marido deseaba; sólo que en vez de salir del pueblo ocho días después, según creía, tardaron cerca de dos meses en concluir los tratos y ventas.

Martinito había tomado, sin duda, cariño al *Pilongo*, á la Pilonga y á los Pilonguillos, y hubo también de poner sus malhadadas manos en el negocio. Paró el reloj en cierta ocasión y, á causa de ello, llegó Zacarías tarde á una cita, descomponiéndose el trato excelente que estaba ya convenido; escondió durante quince días unos documentos de importancia, sin los cuales hubo que suspender toda negociación; y vertió su famoso soporífico en un par de azumbres de lo tinto que se tragó una tarde, por lo que estuvo cerca de veinticuatro horas como borracho, sin lograr enterarse del contenido de cierta escritura.

Además de estas malas artes, tuvo chanzas de pésimo gusto; tal la de sacar de los arcones, en donde se guardaba la ropa, los membrillos y la pimienta que la panadera juraba no había olvidado de poner para ahuyentar la polilla. Con lo cual el duende consiguió que los vestidos y mantas aparecieran agujereados como harneros.



Por fin, tras muchas rabietas, viéronse caminando hacia el lugar de sus ansias, llevando en dos carros su modesto patrimonio.

Como estaban en pleno verano, prefirieron caminar de noche, aprovechando que hacia hermosa luna y, en tanto se alejaban del pueblo nativo, los dos esposos platicaban de esta manera:

—Pienso, marido, que ha sido excelente idea la de abandonar para siempre aquella casa, en la que la sangre se nos freía sin hallar cura á nuestros males, ni salida á semejante atolladero.

—Y famoso atolladero; dijeras abismo sin fondo y dijeras mejor; porque eso era, con la flaca ayuda de Martinito el duende, que no había asunto que no torciera, ni propósito que dejara cuajar.

—¿Qué placer podrá encontrar en hacer sufrir á las gentes honradas?

—No sé; pero ahora va á aburrirse soberanamente sin tener contra quién ejercer sus tretas, porque nadie querrá entrar en sitio donde anida tan peligrosa alimaña.

Una risa sofocada y burlona salió del carro que conducían los esposos y de un costal vacío—debajo del cual vieron que algo removía—salió una vocecilla ronca:

—¡No; si voy con vosotros!

Venegas se arrojó sobre el costal y lo palpó, sujetándolo para impedir que el duende pudiera escapar pero nada sintió bajo la tela, indicador de que aquél estuviera allí oculto.

La desesperación del panadero y de su mujer no tuvo límites. Llamaron al mayor de los hijos, que iba delante con el otro carro, sacaron á los pequeñuelos que dormían en el que los padres guiaban y se pusieron á descargar artesas, palas y cedazos para ver si encontraban al odiado Martinito.

El padre, ayudando con la mano izquierda á su mujer y al rapaz, empuñaba un garrote con la derecha dispuesto á partir en dos á su diminuto enemigo.

Engolfados en su tarea les sorprendió el Cura que, montado en un pollino, venía de auxiliar á un enfermo de los alrededores.

—¿Qué diantres estáis haciendo?

—El duende se había escondido en el carro y venía con nosotros. Y nos ha hablado, le hemos oído hablar en buen romance: tan claro como vuesa merced me está oyendo á mí, señor Cura de mi alma, —dijo el *Pilongo* con voz suplicante.

—Si vuesa merced quisiera echar un poco de agua bendita, —añadió su desesperada consorte.

Y Zacarías contó detalladamente lo que les ocurriera y su propósito de no seguir adelante en tanto no hubiera topado con él y dádole su merecido.

—Venid acá los dos, y tú también pequeño, y escuchadme atentamente—dijoles el eclesiástico.—En vano buscáis á Martinito á vuestro alrededor; donde habéis de buscarle es dentro de vosotros mismos. Martinito es vuestro carácter frívolo y desordenado; él es quien os mermaba el aceite, al dejar vosotros á la moza libertad para hacerlo; él quien os robaba las monedas del cajón, al no cuidar tú de guardar la llave; quien estropeaba las hornadas, porque no era vigilado el oficial que, sin necesidad últimamente, conservabais en casa. Buscando una explicación á vuestras desdichas encontrasteis más cómodo perseguir á un duende que desterrar la propia pereza, y con el anuncio de aquel embeleco disteis campo á vuestros sirvientes para que os robaran con más seguridad con darles alguien á quien culpar de sus rapacerías. Vuestra falta de orden daba origen al extravío ó á la pérdida de lo que debíais haber á la mano. Tu pereza, Zacarías, y tu intemperancia en el beber eran los soporíficos que te adormecían. Si queréis veros libres del duendecillo para siempre, trabajad. No, corriendo de aquí para allí sin plan ni concierto, mas con asiduidad y ordenadamente, tú, hombre, en tu oficio, sin criados que gastan y hurtan; el mayor de tus muchachos puede serte bastante ayuda; tú, mujer, cuidando del hogar y del mostrador y educando á tus hijos y, si esto hacéis, yo os aseguro que Martinito huirá de vuestro lado y seréis dichosos.

Venegas, que escuchara, asombrado primero, convencido después, estas palabras, exclamó de pronto señalando á un punto del camino:

—¡Mirad, señor Cura: algo ha saltado del carro y ha desaparecido detrás de aquel salve! ¡Es el duende que escapa!

—Sea—dijo sonriendo con benévola incredulidad el sacerdote;—pero ya sabes que en vosotros consiste si vuelve á presentarse bajo vuestro techo.

Después les ayudó á cargar nuevamente sus trebejos, acostaron á los chicos en sus mantas y se separaron, el Cura con dirección á su parroquia y los panaderos hacia su nuevo hogar, en donde, modificadas sus costumbres, vivieron felices y alcanzaron una edad avanzada, dejando acomodados á todos sus hijos.

J. SÁNCHEZ GERONA.



ALEGRÍA

Cuadro de Schram.

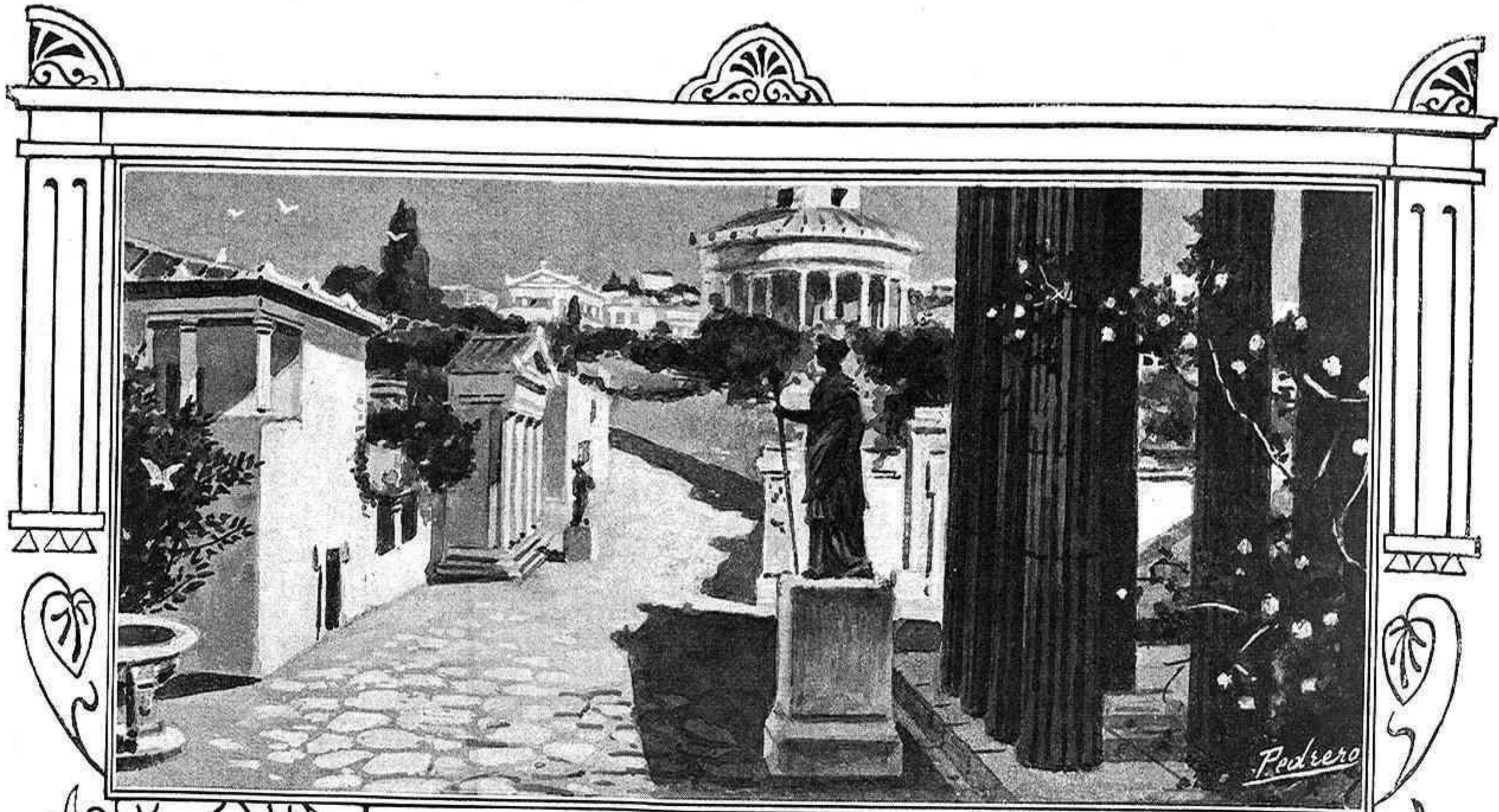


DE LO VIVO.....



..... Á LO PINTADO

Fotografías de J. G. de la Puente.



LAS PROFÉTICAS

MINERVA MORENA

Al sol del mediodía calla Atenas
 En un blando silencio luminoso.
 El Pireo ha soltado las cadenas
 De sus blancas trirremes en reposo.
 Los caminos que suben al Himeto
 Se duermen en sus cunas de rosales,
 Manchando el cielo azul un grupo inquieto
 De palomas, da signos augurales.
 Canéforas con túnicas graciosas
 Descansan á la sombra de laureles,
 Pastores con sus cabras perezosas
 Sestean entre cantos á Cibeles.
 Hacia el templo de Palas Atenea
 Un arconte encamina su decoro.
 En las calles el fuerte sol blanquea
 Nimbos poniendo á las estatuas de oro.
 Y gustando el sosiego peregrino
 Que, al zumbiar las abejas, es sagrado,
 Sócrates con el manto desgarrado
 Se tiende bajo el plátano divino...

El rudo hoplita avanza, resoplando
 Como una res que escapa á la pelea
 Y penetra en Atenas tremolando
 El laurel victorioso de Platea.
 La ciudad está sola en su infinita
 Calma de luz y de sosiego. El rudo
 Soldado de Pausanias fuerte agita

Al respirar su gran pecho desnudo
 Y la brisa que sube del Pireo
 Refrescando sus carnes empapadas,
 Agita aquella rama de trofeo
 Dando al laurel como un temblar de alas.
 De pronto, ante el hoplita jadeante,
 Alto el *peplum* gentil que llevó Helena
 Pasa, bajo su túnica ondulante,
 Un esplendor de majestad morena.
 En su mirar, dormido
 Está el sol como un niño acurrucado,
 Y debajo del *peplum* delicado
 Dos tórtolas se agitan en su nido.
 Atónito al mirarla el rudo hoplita
 Quiere hablar á la grácil Citerea
 Y á falta de palabras, mudo agita
 El laurel victorioso de Platea...
 Minerva de ojos negros, que el anhelo
 Has sido del soldado y su victoria,
 ¡Tú llevas á las trenzas de tu pelo
 Uncidos los corceles de la Gloria!..

En el templo los humos augurales
 Han consagrado la votiva hierba.
 ¡Y por los negros ojos, sus rivales,
 Lloran los verdes ojos de Minerva!

CRISTÓBAL DE CASTRO.



Un rapto singular.

ERA él un vejancón recio, bastote, que, á punto de rendirse al peso de los años, y aun á despecho del vacilante andar, todavía ostentaba vestigios de pasada fortaleza. Era una ruina, sí; mas, como el roble secular, de carcomido, pero robusto tronco, cual las vetustas torres de castillos centenarios, piedra á piedra roídas por celliscas y heladas, y con aplomos socavados por la hiedra y los siglos; era el tío Paco una imponente ruina que, á través de las seniles flacideces del corpachón que hacia la

tierra se abatía, rememoraba el vigor y la fuerza del gallardo mozo que muchos, pero muchos, años antes se había casado con Juanica.

Era ésta una viejecilla despierta, enjuta, menuda, apañadita, con ojos limpios, claros, que al posarse en su Paco brillaban con suavidad tan sólo comparable á la dulzura, con que al mirar á Juana resplandecían los de él bajo las duras cerdas de sus cejas.

Nacidos en el monte, en dos chozas gemelas, jun-

tos jugaron de muchachos, y juntos siempre, correataron los campos; llevándola él en sus membrudos brazos cuando una carrera sobrado larga rendía á la chicuela; saltando con su ligera carga los arroyos para que no se le mojaran los menudos piecuelos; yendo á buscar, para ella, al fondo de los bosques y á lo alto de los riscos, nidos, fresas y madroños silvestres. Ella recomponía ó curaba los desgarrones que en ropa y carnes solía traer él á la vuelta de correrías tales entre zarzas y espinos; le reprendía blandamente por no cuidarse de su piel ni su traje, y, como recompensa á las finezas de él, siempre tenía en los bolsillos de su delantejo castañas, avellanas ó nueces, y, lo que valía más, una alegre sonrisa entre los labios frescos.

Sentados una tarde en una umbría del monte, de improviso sintieron que pasaban de chicuelos á mozos.

—¿Quieres que nos casemos?—dijo Juana con candorosa ingenuidad.

—¡Claro!—contestó Paco, con los ojos de par en par abiertos, muy admirado de que le preguntaran cosa tan natural: y más aún de no haberla él propuesto antes.

Y con tal sencillez se hicieron novios, y con la misma se casaron.

Eran uno para otro, y los dos para en uno, y aunque la vida y la pobreza los probaron con escaseces y trabajos, su mísera casucha fué para ellos palacio del amor que se tenían, sabiéndoles á gloria la mezquina pitanza, entre ambos compartida. Tuvieron hijos, sufrieron y lloraron al perderlos, pero los lloró ella en los brazos de Paco, donde todo dolor se adormecía, y atento Paco á enjugar con sus labios las lágrimas de Juana, apenas se enteraba del escozor del propio llanto.

Cayeron sobre ellos años y años, blanqueando las cabezas, doblegando los cuerpos, marchitando los rostros; pero dejando joven, como en sus mocedades, lozano como entonces, aquel hermoso amor que desde niños anudaba sus almas.

Eran viejos, muy viejos, pobres, pobrísimos, pero mucho más felices que pobres y viejos. La larga vida en que las de los dos se habían fundido se deslizaba apacible, serena: sin un día de ausencia, sin nubes que empañaran la limpidez de su cariño y confianza.

Cuando los conocí, la débil Juana seguía siendo, como siempre había sido, reina y señora de la fortaleza de Paco; la fuerza de él, sostén, abrigo donde se cobijaba ella; y el hogar de ambos, blando nido donde la frialdad de dos vejezes arregazábase al calor de afecto inextinguible.

Había sido Paco hortelano de un ricacho que, cuando la vejez hizo á nuestro héroe inútil para el trabajo, tuvo la caridad de dejarle usufructuar de

balde la casita donde desde su boda había vivido; pasándole, además, una pensión que, aun siendo corta bastaba á asegurar la tranquila vejez y la modesta dicha de los *palomitos*, como todos llamaban en el pueblo á la anciana pareja. Pero murió el caritativo bienhechor, distribuyéndose sus propiedades entre herederos que residían muy lejos; y de la noche á la mañana les faltó la pensión, y recibieron orden de desalojar la casa.

¿Qué iba á ser de ellos?... Muerto su amo, no quedaba en la aldea persona de posibles; la lástima que á todos inspiraban no les sirvió de ayuda, por falta de recursos en quienes la sentían. Intervino el Alcalde, acudiendo al Gobernador de la provincia, y éste dispuso fueran admitidos en un asilo de la capital.

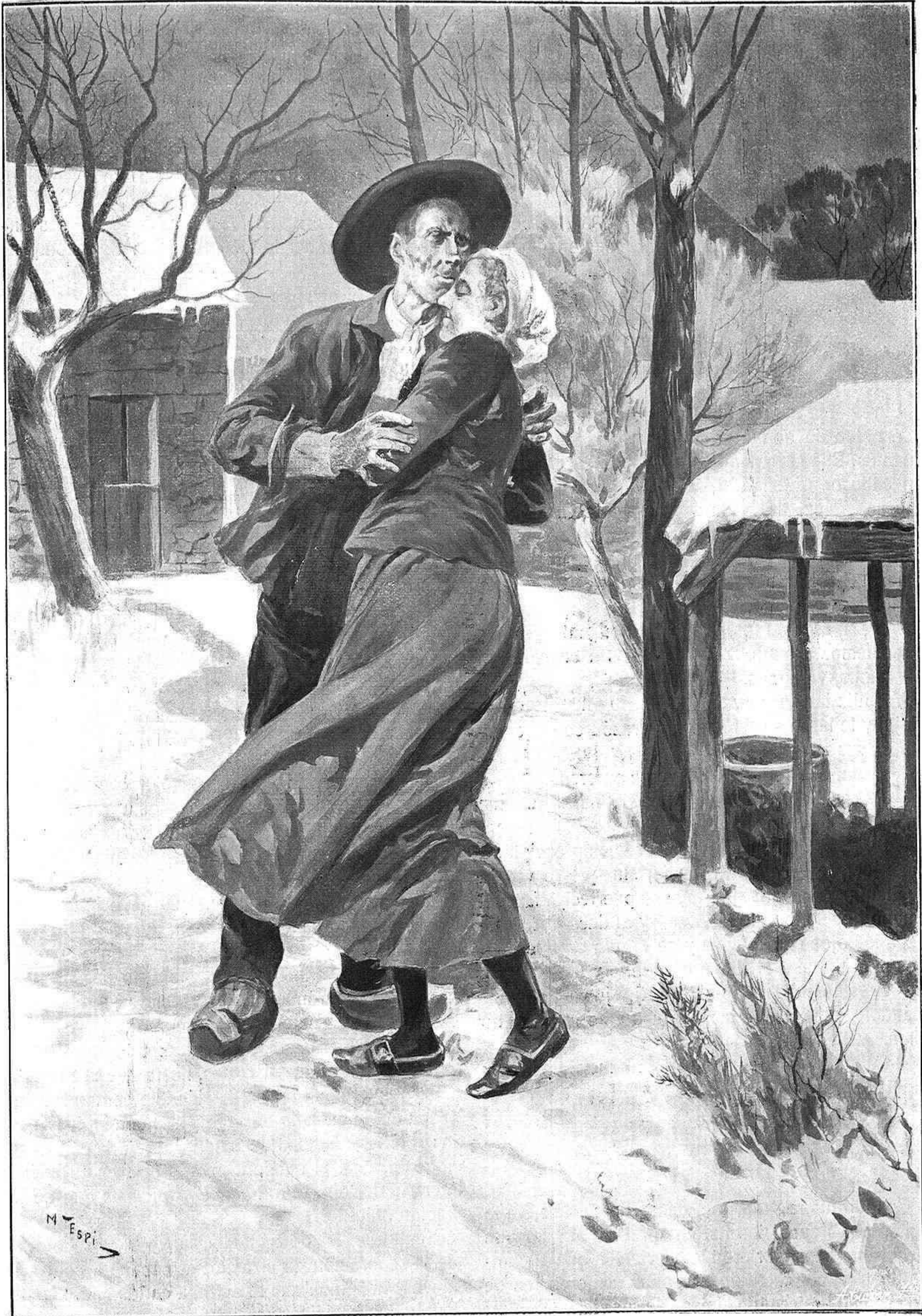
Llegó el día de sacarlos de aquel hogar cuyas paredes los habían visto envejecer dichosos, del santuario de su amor apacible y honrado, donde en cada rincón dejaban un recuerdo, abandonado en el ocaso de la vida, cuando ésta ya no es sino recuerdos. Sentían los infelices que algo muy hondo se desgarraba en su alma, que se quedaba su amor huérfano, que las íntimas alegrías y caricias en común disfrutadas, y los dolores á la par sufridos, se profanaban, al aventarlos del arca santa donde á otro día iba á vivir cualquiera. Salieron, y al mirarse, vieron lo que su amor feliz les ocultó hasta entonces: que ya no eran sino dos viejos desvalidos, decrepitos, y por primera vez les dolía su amor con punzadas de mutua compasión: dolor que les unía con tanta ó mayor fuerza que el sereno gozar de los pasados días.

En una tartana hicieron el corto viaje á la capital, llevando Juana la nevada cabeza reclinada en el pecho de Paco, apretándose á él mucho, y sus manos con las de él enlazadas. Llegaron al Hospicio, donde les aguardaba dolor aún más acerbo que el padecido al dejar su casita. En el asilo había dos departamentos: el de los ancianos y el de las ancianas; el reglamento no consentía promiscuidad de sexos, y el reglamento iba á romper la unión dichosa por el amor formada y por Dios bendita, quebrando en dos su única vida. Cuando se lo dijeron no querían creerlo: no lo comprendían. ¿Cómo podía ser verdad el absurdo de que ellos, desde la cuna unidos, se separaran antes de llegar á la tumba? ¿Cómo podían existir—pensaba la mujer—gentes tan perversas que quisieran dejarla sin su Paco? ¿Y quién—gritaba éste, alardeando de arresos ya extinguidos—había de tener fuerzas para arrancar á Juana de sus brazos?.....

—No queremos entrar, dejadnos ir.

—Pero ¿adónde? ¡infelices!—decían, compadecidos, los que los rodeaban.

—No lo sé: á cualquier parte; donde no me la



quiten—rugía él, queriendo hacer del propio cuerpo escudo del de su compañera.

—Pero ¿qué vais á hacer? ¿Cómo vais á vivir?

—No viviremos; pero nos moriremos juntos—sollozaba la vieja, abrazada á su viejo.

.....

Todo fué inútil; agotadas las fuerzas de aquellos desdichados, *se impuso la razón*, y el reglamento se cumplió, á costa de las lágrimas, no sólo de ellos, sino de cuantos intervinieron en la triste escena.

* *

El régimen del establecimiento no les consentía verse sino de domingo á domingo. Pasaron unos cuantos. Ella se iba apagando; cada entrevista era un sollozo prolongado, y todas terminaban con escenas semejantes á la de la entrada en el asilo. Pero un domingo, mirando receloso en torno suyo, murmuró Paco al oído de Juana, unas cuantas palabras, que, secando las lágrimas, encendieron chispas de júbilo en sus mustios ojuelos.

—Sí, sí, escaparnos, irme contigo; juntos, juntos para siempre; donde no vayan esos á buscarnos... Sí, vamos, vámonos.

Y bullía la sangre y temblaban los huesos de la vieja, y le latía el casi muerto corazón con la energía de sus años de moza.

—Calla, calla, mujer; que no se enteren.

—¿Y cuándo? Pronto, ¿verda?; mira que me muero de sola.

—Sí, sí, esta noche. En que veas emprenziar á amanecer, te escapas al jardín, sin que te vea la vegilanta. Yo estaré allí. Hay una puertecica falsa al campo que s'a perdió la llave—y al decir esto guiñaba los ojos con malicia y se erguía orgulloso—.

—Eres tú mucho hombre—dijo Juana contemplándole, absorta de la proeza á que había dado cima.

—Calla, que vienen. Que hoy no me llores ya, y diquíá luego.

* *

Cuando Juana salió, aún de noche cerrada, ya la aguardaba Paco. Diéronse un apretado abrazo y un larguísimo beso; abrieron la puertecilla que al campo daba, y, cogiditos de las manos, salieron tan de prisa como lo permitía el peso de sus viejas piernas. Y por si este era poco, hubieron además de luchar

con un palmo de nieve, donde los pies se hundían, y contra la ventisca que con aquélla azotaba sus rostros.

¿Adónde iban? Ni lo sabían, ni les importaba; estaban juntos, y doquiera que fueran lo estarían. Iban sin plan, pues la senil chochez había secado en ellos toda facultad y todo sentimiento que no fuera su cariño, el afán de reunirse: no pensaban sino en andar, andar, en busca de un rincón escondido, donde nadie los viera, donde, á sus anchas, pudieran deleitarse en la felicidad reconquistada.

Amaneció una mañana gris, sin sol, helada. Detúvose la vieja tiritando, quitóse el viejo el chaquetón y, protestando ella, la envolvió en él. Anduvieron un rato, tornó á pararse Juana, por flaquearle las piernas, y habría caído al suelo á no ampararla, entonces, como siempre, los brazos del marido. Tendió éste la vista por la campiña desolada, buscando algún refugio á que acogerse, y allá lejos, muy lejos, columbró una casuca.

—¿No puedes caminar apoyadica en mí?—preguntó.

—No, ya no puedo... Abrázame, tengo frío, mucho frío.

Inclinóse el anciano, y pidiendo á sus caducos músculos un doloroso esfuerzo, para el que le faltaban fuerzas, y que sólo la heroica voluntad fué capaz de imponerles, se enderezó con su Juana en los brazos. Acordóse ella de los tiempos en que de niña la llevaba en tal forma, y dijo con alegría infantil:

—¡Qué gusto, Paco!... Como entonces... ¿Te acuerdas de que así me pasabas los arroyos?

Poniendo tal ternura y tal felicidad en la mirada, que creyó él que le quitaban sesenta años; sintiendo retoñar en su cuerpo la fuerza y el vigor de su briosa juventud, y con su dulce carga, echó á andar hacia la casa que allá lejos veía.

Sí, demasiado lejos: la sacudida con que aquel alegre recuerdo le había galvanizado pasó, y con ella se le acabaron los ficticios alientos; agobióle de nuevo su vejez mucho más que su carga, y arrastrando los pies avanzó jadeante: temblorosas las piernas, amoratado el rostro, hasta que al cabo le postró la cruenta fatiga, haciéndole sentarse en el tocón de un castaño cortado. Pero con su Juana en las rodillas; dichoso de tenerla apretada contra su corazón, cual si quisiera guardársela en el pecho; dichoso de robársela á *aquellos picaros* que se la habían quitado.

Se morían los dos: en ella, la vejez, los dolores de la separación en el asilo, la caminata sobre la nieve y la helada que le entraba en los huesos iban extinguiendo el ligero hálito de vida que en su cuerpo quedaba; las mismas causas, y el esfuerzo hecho



para llevarla en brazos, zarandeaban el corazón de Paco con atropellados latidos, enviando la sangre á la cabeza en congestivas oleadas.

Y la nieve caía, caía, congelando sus cuerpos, pero sin apagar el rescoldo suave del amor de sus almas, que al irse desligando de la carne, más y más se estrechaban en imperecedero abrazo. Adormeciéndose en el sopor que los iba invadiendo, murmuraba ella con voz amortecida:

—Así, así, qué gusto... Siempre contigo, siempre.

Y él repetía y repetía, con dulcísimo tono, más débil cada vez:

—Juanica, mi Juanica.

Abrió ella los ojos, fijándolos en Paco, *ven*, dijo, y se apagó su vida. Al oírla inclinó él la cabeza, recogió con sus labios, en un beso, el último suspiro

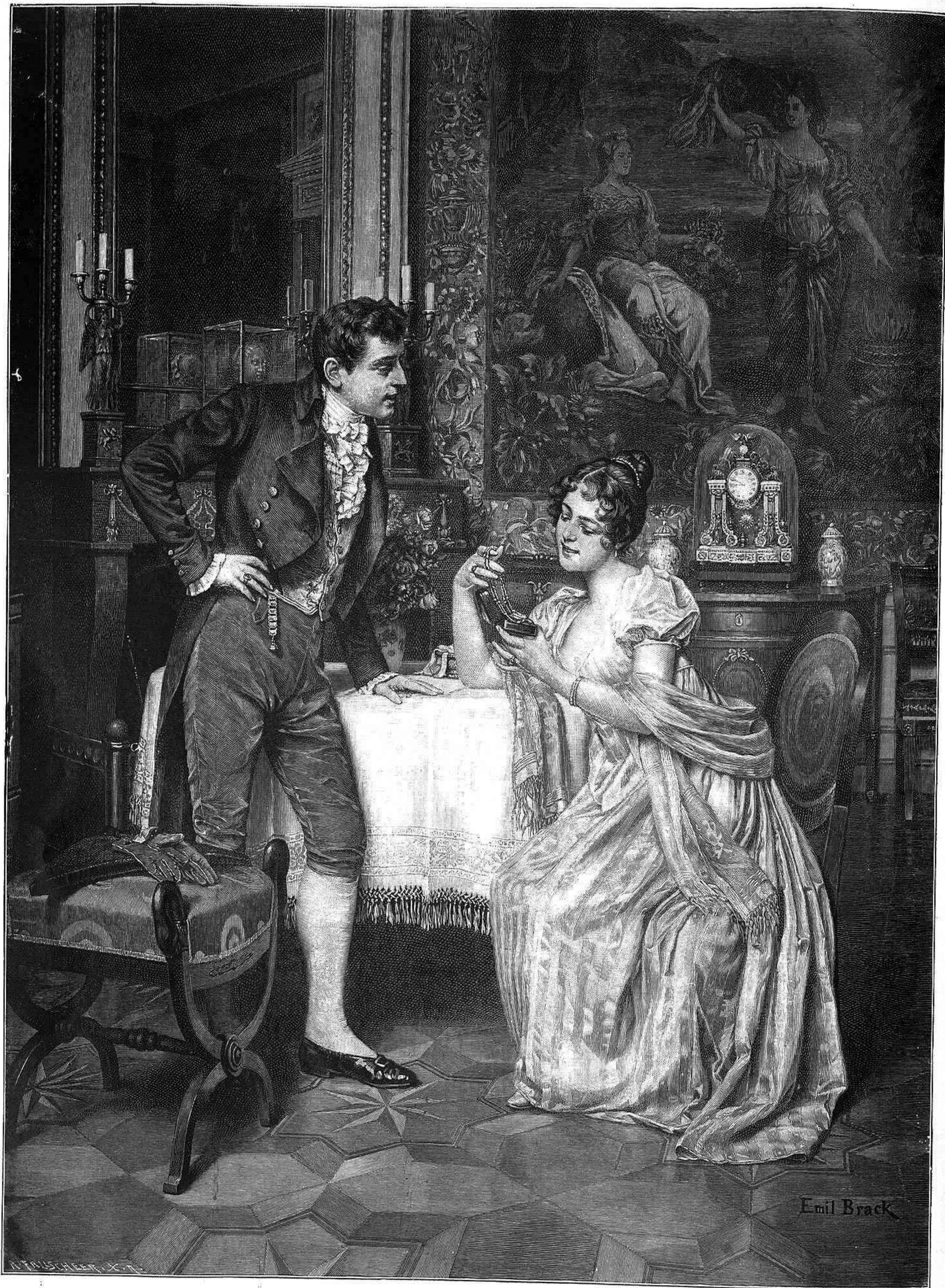
de la mujer que había sido siempre suya, quiso responder *voy*, y ya no pudo; pero se fué con ella.

Cuando los que salieron en su busca los hallaron medio enterrados en la nieve, boca con boca y enlazados en supremo abrazo, sorprendió á todos la dulce placidez de sus semblantes, hasta que dijo uno:

—Es natural: han muerto juntos, y era lo que querían; al juntarlos, la muerte, no ha sido para ellos sino el último goce de los muchos que á su amor debieron.

Y juzgando profanación el separarlos, abrazados y juntos, cual nacieron, vivieron y murieron, diéronles tálamo eterno en una sola fosa.

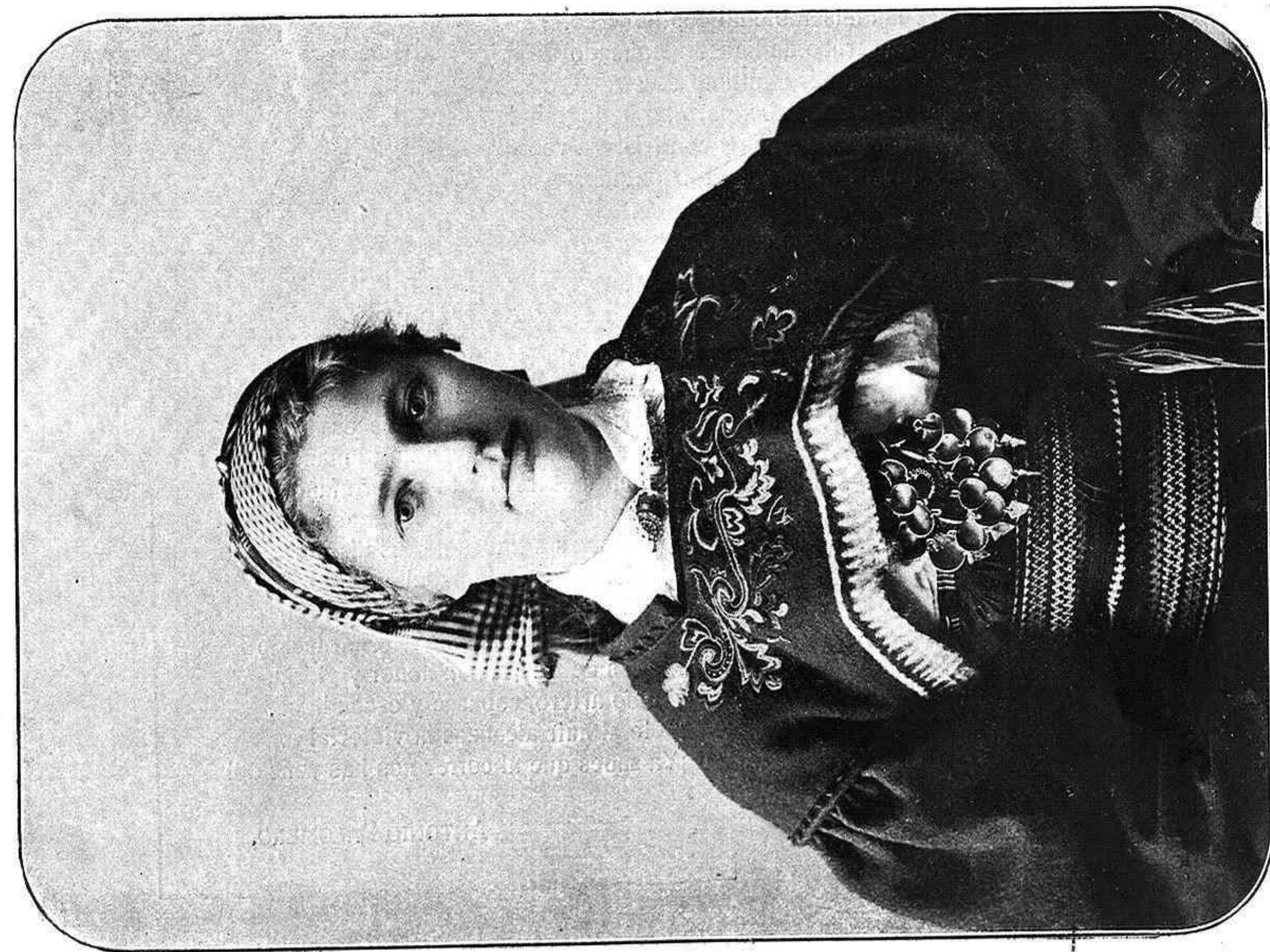
JOSÉ DE ELOLA.



Emil Brack

ANIVERSARIO

Cuadro de Emilio Brack.



(Telemarken.)



(Hasdang.)

(Fotografias de Trampus.)

TIPOS DE MUJERES NORUEGAS

SONETOS

LA VIDA

Misterio que me anula ó me conforta,
Mentira verdadera que me embarga,
La miro á ratos fastidiosa y larga,
La creo á veces divertida y corta.

Dudo si la soporto ó me soporta,
Si es leve peso ó excesiva carga,
Y hoy me parece dulce y luego amarga
Y es mi única pasión y no me importa.

Ciego la ensalzo y loco la maldigo,
Cuanto la trato más menos la entiendo,
Y así afanosamente la persigo
Si no voy de ella, con horror, huyendo...
Sé que á la postre acabará conmigo,
Mas, á pesar de todo... ¡la defiendo!

MI RETRATO

Con mayor pesadumbre que alegría
Contemplo aquí mi efigie verdadera
Y admiro su gallarda primavera
Que al tiempo y al modelo desafía.

Conservará mi antigua lozanía
Mientras yo sigo mi veloz carrera
Para ser una imagen lisonjera
Que me recuerde lo que fui en un día.

¡Cuán miserable mi destino creo,
Pues un trozo de lienzo inanimado
Puede cumplir el último deseo
Que yo anhelaba, pero no he logrado!
De él siento envidia y con tristeza veo
Lo que va de lo vivo á lo pintado.

AL TIEMPO

Insaciable y olímpico tirano
Que el bien y el mal fabricas y deshaces
En las horas eternas ó fugaces
Que misteriosas fluyen de tu mano...

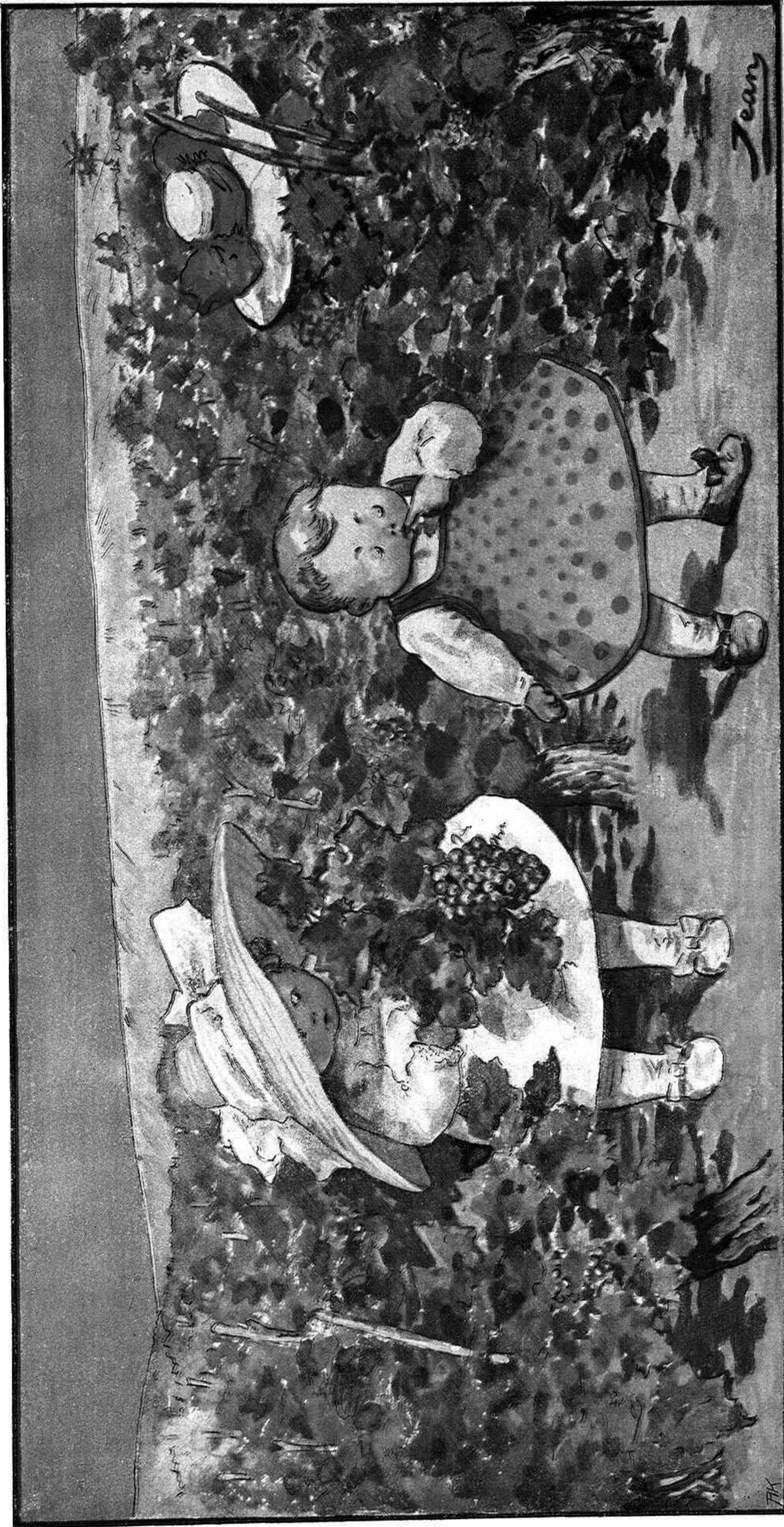
Con tu secreto y tu poder ufano,
Burlándote de todos, te complaces
Y muestras á través de tus disfraces
La piel rugosa y el cabello cano.

Mas no será alabada tu memoria,
Pues nunca en el combate enardecido
Luchas de frente, con honor y gloria,
Sino artero, cobarde y escondido...

¡Sólo al huir alcanzas la victoria!
¡Ya sabes que al correr nos has vencido!

ANTONIO PALOMERO.

OTOÑO



≡ ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y AMERICANA, 1911 ≡

El tejado.

CORRIAN los tiempos, ya tan lejanos, en los que aun España se permitía los lujos de tener virreyes en la Argentina, Perú y Méjico, y los españoles, en sus gavetas, *peluconas* con la *vera efigies* de los Filipos y de los Carolus.

La Montaña aun no había sido horadada para



dar paso al tren, ni corrían los rieles de las vías férreas en el fondo de los valles, ni se agujereaban, despiadadamente, los montes para la extracción del mineral, ni los montañeses leían periódicos, bien es verdad que no los había, y aun cuando los hubiese habido, faltarían los lectores, porque era como buscar agujas en un pajar encontrar persona á la que no le estorbase lo negro.

Con lo cual dicho queda que reinaba una paz encantadora en estos valles que parecen la realización del sueño de un gran poeta.

Rompió la monotonía y turbó la calma patriarcal de la aldea la llegada de Felipón de la Castañera, que, al declinar de su vida, volvía de Indias después de medio siglo de ausencia.

¡Y cómo volvía el Sr. D. Felipe! Delgado y pálido como un cirio tronchado, porque el peso de los años, ó el de las pesadumbres, ó lo uno y lo otro, de consuno, obligábanle á encorvarse de un modo harto visible en un hombre que medía de alto dos varas de Castilla: de su estatura vínole desde chico lo de llamarle «Celipón».

Humor traíalo, pero endiabladamente triste é irascible, contrastando cómicamente con su hablar atiplado y meloso á la americana: enfurecíase por nada, y cuanto más lumbre ponía la ira en sus ojos, y más recio pateaba, más ganas de reir producía oírle despotricar con su vocecita de madama, soltando unas palabrotas muy en su punto para atemorizar negros en el nuevo mundo, que no cristianos en el viejo.

Debía de padecer horrorosamente del hígado, y de seguro su cuerpo era almacén de bilis al por mayor: tal su cara de maíz reseco; tal su carácter atrabiliario.

Tío Sarín, alcalde pedáneo; Luco, el de Granda, el tabernero (que, á pesar de la pureza de costumbres, rendíase en el pueblo culto á Baco, remembranza ancestral muy disculpable), y Colás, el de Villasuso, herrero y filósofo, todo en una pieza, los tres sabihondos del humilde Concejo, como muy en autos de lo que decían, noticiaron á sus convecinos, el día mismo en que llegó Felipón de la Castañera, cosas que les hicieron abrir la boca un palmo, que es la medida asignada al asombro inaudito.

Los tres próceres del lugar aseguraban, como un solo hombre, que el tal D. Felipe, que de chico marchó á América descalzo, y con los pantalones agujereados en salva sea la parte, retornaba hecho un indianote, así, con superlativo y todo: tanto oro había ganado, que había fletado un barco para traerlo; las cajas con tal cosecha metálica, ya llegarían á su hora.

No había esperanza de que D. Felipe hiciese la tontería que hacen casi todos los que tornan de Indias solteros y cargados de años, casarse con

moza tempranera del lugar: por este lado, podían dormir tranquilas las cinco ó seis muchachas que se encontraban en el Concejo en estado de merecer.

—El indiano—sentenciaba el herrero filósofo, al dar la noticia—está en sus cabales, porque, nada hay más redículo que viejo casado con mozuca.

—¿Y á qué viene enestonces?—preguntaban, un tanto despechadas, las mozas, y las madres de las mozas.

—Viene á darse güena vida, nada más, que no es poco, hijucas. Y á hacerse una casa toa de piedra, y con una cosa que, según dice el D. Celipe, no la tendrá ninguna otra casa en el mundo.

—¿Y qué es ello?...

—Ya, ya se lo himos preguntao: al prencipio de frente, y luego con arrodos é indireutas... No ha querido franquearse á nusotros: ati cuenta que ya lo sabremos, si no espichamos, que too llega, y too se sabe, y vivir pa ver, como decía mi agüela. Ello, según paece, es promesa que hizo al marcharse del pueblo.

—¿Y qué promesa hizo?...

—¡Y dale, que sois tochos!... Yo no sé cuál sería la su promesa, porque, cuando él se fué á América, era yo chicuco de teta.

—Vamos, ti Colás, no desagere, que ya le andaban enestonces buscándole pa dir á servir al Rey.

—¡Recórcolas! Si Celipón marchó, va pa cincuenta años, y yo tengo cincuenta y dos: niñuco de teta era, como vos digo... Los únicos que lo saben en el pueblo, porque ya eran en aquel tiempo personas de sentío, son ti Fonso, y ti Rumalda, la sorda. Himos preguntao á dambos, y dambos no saben palabra de la tal promesa: ti Fonso, dice que se acuerda de cuando Celipón partió pa Indias, que ayudaba al su tío Quicón, que ya pudre tierra, en el tejat de la Cotera; pero que no se acuerda, y es lo que agora venía al caso, de la promesa que hizo... En cuanto á ti Rumalda, ¡los gritos que la himos dao pa que contara lo que pasó!... ¡Pues mesmamente como si hubiéramos gritao á una cajiga!...

Hallábase el lugar muy intrigado con lo que ofrecía poner en su casa el indiano: á medida que las piedras iban dando á la nueva vivienda el aspecto vulgar y corriente de todas las casas montañesas, con gran portalada, escudo espléndido, balcón salledizo y otros arrequives, crecía el desencanto de los curiosos, y acentuábaseles el deseo de averiguar qué pondrían en la casa para que no hubiese ninguna otra parecida en el mundo. ¡Son tan caprichosucos y fantasiosos estos indianos!...

Trazóse la armadura del tejado, y en este punto ocurrieron grandes novedades. Alzáronse, rodeando toda la casa, unos grandes telones de lienzo embreado: llegaron al pueblo tres *franchutes* (todo extranjero era francés para los indígenas), y hasta

una media docena de cajas, no muy grandes, que debían ser de sobra pesadas, porque para cada una empleóse en su transporte una carreta de bueyes. Y los animalitos llegaban á la obra babeando, con la lengua fuera y chorreando agua de cuernos á rabo.

Era un hermoso día de Mayo: el sol lucía en un cielo azul purísimo.

Felipón invitó al pueblo á ir á la cotera: desde tal punto, situado en lo alto de un cerro, en el que aun había restos de un tejat, dominábase todo el valle: el indiano pagaba una merendona á sus convecinos, en albricias de haber terminado su casa, y, principalmente, para demostrarles que era hombre que cumplía sus promesas, aun cuando transcurriese medio siglo desde el momento de formularlas hasta el de su realización.

Á la fiesta asistió todo el pueblo: chicos y grandes, jóvenes y viejos. La merienda fué espléndida, la alegría de los comensales grande, y mayor aún que la alegría, la curiosidad, porque, desde aquellas alturas, sólo veían los telones que ocultaban la casa.

Al terminar el rústico banquete, D. Felipe levantóse de la fresca yerba, y llevándose á la boca un silbato de plata, dió un silbido estridente y prolongado, que repercutió en todo el valle.

Los curiosos lanzaron un ¡ah! de asombro, y pusiéronse en pie, como movidos por un resorte, al ver que caían á tierra los telones, descubriendo el flamante edificio.

—¡Madre del Señor, la casa está ardiendo!—gritó la mayoría apartando los ojos horrorizados.

—¡No arde!—protestó con su amadama vozecita el indiano en cuyo rostro había, por vez primera, una sonrisa de satisfacción. Es el sol, ¿saben?, que cae de lleno sobre el tejado, y como las tejas son de oro, ¿estamos?, parece como que arde la casa...

—¿De oro?—preguntaron múltiples voces, voces de sorpresa, de duda.

—De orito de lo fino—afirmó Felipón.—El tejado ese me ha costado unos cuantos miles de pesos, porque las tejas están cubiertas de oro, del grosor de los ochentines.

—¿De oro, D. Celipe?...—insistió Colás de Villasuso, rascándose la cabeza, como hombre que no se chupa el dedo, ni comulga con ruedas de molino.

—De oro, mi amigo, de oro, aunque le parezca mentira—asintió gravemente el aludido.

Y dirigiéndose á todos, continuó señalando majestuosamente á su finca:

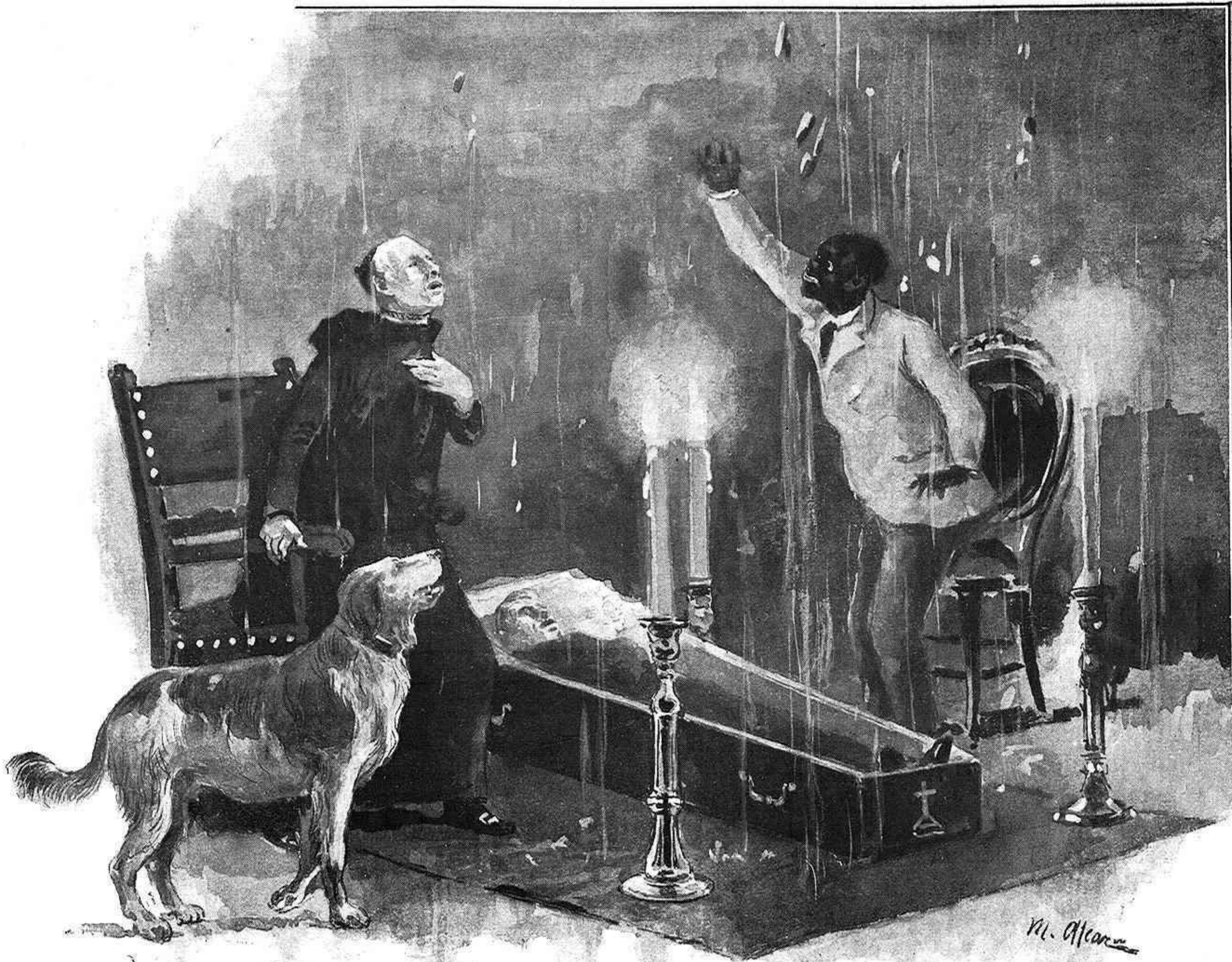
—Al ausentarme de aquí hice la promesa de que, si volvía á la tierra, había de hacer una casa cubierta de tejas de oro, como no hubiera otra en el mundo... ¡Y ahí está!...

No sólo en el pueblo, sino en todos los aledaños en unas cuantas leguas á la redonda, causó enorme sensación el fastuoso capricho del indiano, y en las primeras semanas, acudían de todas partes los curiosos para ver tal maravilla.

Desde las cimas de los montes que flanqueaban el valle, desde los altozanos y alcores, desde cualesquiera de los sitios colocados en un plano superior al que en lo hondo de la cañada servía de

grina, no había espectador que no murmurase acerca de tamaño derroche, con más ó menos acritud, según el carácter y temperamento del individuo.

Los que más criticaban y zaherían al propietario de tan estupenda novedad, eran precisamente sus convecinos, y entre éstos, los que protestaban más desaforados y coléricos, tío Sarín, Luco, el de Granda, y Colás de Villasuso: los próceres y sabihondos



asiento á la aldea, veíase el ya famoso tejado que, al pronto, fingía ser una gran llamarada, ó una charca rectangular, cuya agua copiaba el oro de las nubes. La ilusión óptica era distinta, según que el sol cayese de plano sobre el valle, ó que á éste alumbrara la luz cruda y blanquecina, tan peculiar de la montaña en esos días en que esconden las nubes al astro rey: en las noches de luna, era aún más fantástico el espectáculo al quebrarse los rayos de plata sobre aquellas láminas de oro.

Pasado el asombro al contemplar cosa tan pere-

del lugar. Ponían el grito en el cielo: aquello del tejado, parecían un crimen.

—Güeno está—decían en su lógica de palurdos— que Celipón pusiera en la su casa un tejado con tejas de lo fino, y aun pintaducas de negro, de verde ó de amarillo, de esas que relumbran como si fueran de cristal, por algo fué tejero en las sus mocedades; pero, con tejas de oro, vamos, clamaba al cielo, habiendo en la aldea tanto pobretuco que pa mal comer un poco de torta y unos bisanes tenían que echar el alma, en la tierra, de sol á sol.

Y á este propósito sacaban á relucir todas las miserias del lugar. El tío Pingales, que había tenío que vender el su jato pa pagar la contrebución; la tía Nasia, que, como se le murió el su hombre, y estaba imposibilitá por la reúma, pedía limosna por el Concejo; los del solarón: padre, madre, cinco hijos pequeñucos, abuelo y tía, toos lampando de hambre porque la Josticia les había embargao hasta la caldera, pa pagar al lagartón de ti Perrucas, unos veinticinco doblones que le debían.

Y así, sin número de desventuras que habrían tenido pronto y eficaz remedio con un par de tejas de aquéllas.

—Si vos digo—murmuraban sentenciosamente los próceres parlanchines del Concejo—que cosa como la que ha hecho el Celipón es propia de herejes. Porque, ¿pa qué sirve ese oro en el tejao?.... pa ná; pa darle una satisfacción de amor propio al indianote, que, Dios sabe cómo habrá ganao el su dinero, pa hacer de él lo que hace.

Y bajando la voz, gruñían sus aprensiones de que tal vez lo hubiese robado, asesinando á algún cristiano.

—Hijucos, es una soberbia que el Señor castigará al su tiempo, porque no da riquezas á los hombres pa que las empleen en tejaducos de oro, sino en amparar en las sus necesidades al prójimo, según rezan los Santos Avangelios.

Todos los de la aldea, desde el alcalde pedáneo al último chicuelo, cuando pasaban por casa de don Felipón levantaban la vista hacia el tejado, y en sus ojos leíase un deseo irresistible... ¡Si pudieran siquiera coger una teja!... Pero esto no pasaba de ser una mala tentación que no se realizaría jamás. ¡Pues así que el indianote no vigilaba la finca!... Sólo salía de ella por las mañanitas é ibase á la Cotera á contemplar su obra, y el resto del día pasábalo encerrado en casa, con el criado, un negro que se trajo de Indias, y un mastín que ponía miedo; amén de tales defensas naturales, sabíase que por las noches dormía D. Felipe en la respetable compañía de un trabuco y de un pistolón.

Sin precisarse quién ni cómo, es el caso que empezó á cundir por la aldea el rumrum de que la casa del tejado de oro estaba embrujada, y hubo papanatas que juró que había visto por las noches danzar á los diablos sobre la áurea techumbre. Y hasta señalaban el tamaño de los cuernos de los bailarines, y que llevaban el traje rojo como la sangre.

Aquello tenía que suceder: ya lo habían profetizado los prohombres de la aldea. Dios castigaba la soberbia del indiano, el cual, aunque de día en día aparecía más amarillo, más irascible y más encorvado, reíase de los diabólicos chismes en que á su costa se entretenían los maldicientes.

Pocos meses después de terminada la casa, la Suprema Voluntad llamó á Sí á Felipón de la Castañera: una mañanita encontróle el negro en la cama, dormido para siempre. El médico aseguró que la muerte había sido ocasionada por una aneurisma.

Durante el día, asomaron la gaita por la casa, más por curiosidad de husmear novedades, que por piadosa intención hacia el difunto, todos sus convecinos: ya entrada la noche, sólo quedaron en la estancia mortuoria el señor cura de la aldea, un viejecito que era un santo, y el negro, sentados en unas sillas á ambos lados del ataúd, puesto en tierra, y el perro echado á los pies: los blandones iluminaban el tétrico cuadro y chisporroteaban como si se quejaran.

Ya muy avanzada la noche, desencadenóse sobre el valle una horrorosa tormenta: imponente y medrosamente retumbaba el trueno, y los relámpagos esclarecían todos los ámbitos con sus parpadeos de cárdena luz: rezaban azorados el señor cura y el negro; el perro, removíase, aullando sordamente. Al fragoroso preludio, sucedió un aguacero enorme, inacabable: caía furiosa el agua á torrentes, fustigando los montes, el valle y las casas; resonaba como una catarata cloqueando reciamente sobre la tierra.

Y así una hora y otra, y otra, sin interrupción.

De pronto, ocurrió en la estancia algo prodigioso, inaudito; apagáronse los blandones, y el señor cura y el negro levantáronse de sus asientos, presas de un gran estupor; sobre sus cuerpos, sobre el ataúd, en toda la estancia, caía una lluvia torrencial. El perro lanzó un feroz aúllo, y puso sus ojos, como sus acompañantes, en la techumbre.

—¡Han robado el tejado, señor cura!—murmuró el negrito, temblando de miedo.

—¿Qué dices, hombre? ¿Robar el tejado?...—preguntó atónito el buen señor.

—¡Lo juraría!—insistió el criado.—Por eso cae aquí el agua... ¡Pobrecito amo mío!...

Los dos hombres, seguidos del perro, salieron á tientas de la estancia.

Efectivamente, el tejado había sido robado; muchas de las láminas de oro que recubrían las tejas, fueron arrancadas violentamente. Alguien que pasó la noche en vela, contó al día siguiente, en el entierro del indiano, que vió, cuando más recia era la tempestad, tres fantasmas andando por el tejado famoso; las fantasmas no eran otras que ti Sarín, Luco, el de Granda, y Colás de Villasuso.

Los tres próceres eran los que más empeño ponían en afirmar que los mismísimos diablos habían cometido la fechoría de destejar la casa de D. Felipe, y con la mala intención que caracteriza á los palurdos socarrones, decían:

—¡Anda, anda, pon tejaduco de oro, pa que cuan-

do te mueras te pase lo mismo que á los perros que mueren en el campo! ¡Si ya vos decía yo que, al su tiempo, Dios castigaría la soberbia de ese hombre!...

.....
.....
.....

Como Felipón de la Castañera no tenía parientes ni amigos, ni se hallaron entre los papeles suyos ninguno referente á su última voluntad, la justicia

incautóse de la casa tan oportunamente, que ya no la cubría ni una sola teja.

Hoy sólo se ven en el solarón que aquélla ocupaba unas cuantas piedras; nadie del pueblo pasa junto á las mismas sin receloso temor; es tradición que tales ruinas sirven de refugio á las ánimas en pena de todos cuantos destejaron la casa famosa, y que acabaron sus días trágicamente.

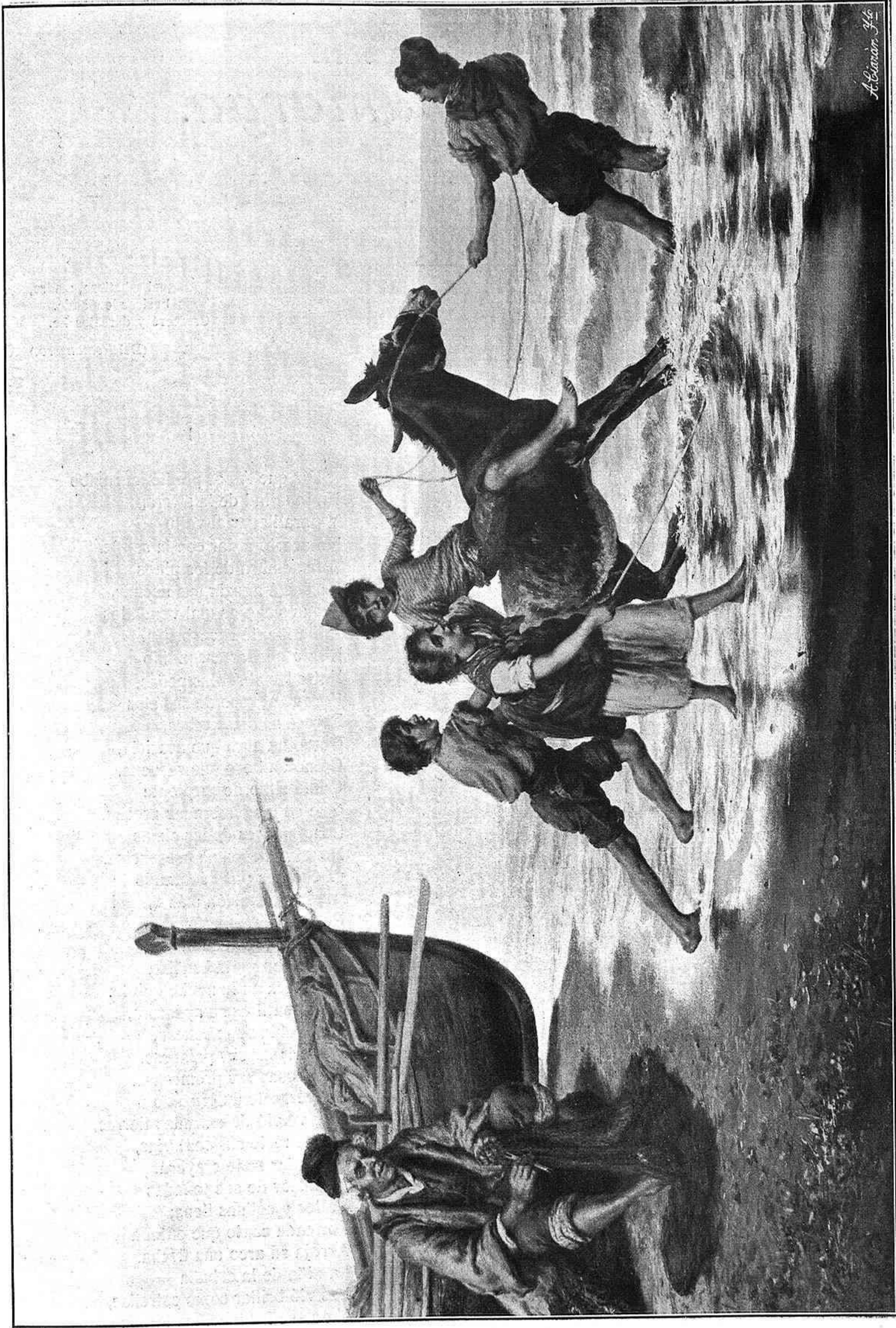
ALEJANDRO LARRUBIERA.





EL POSTRER RECURSO

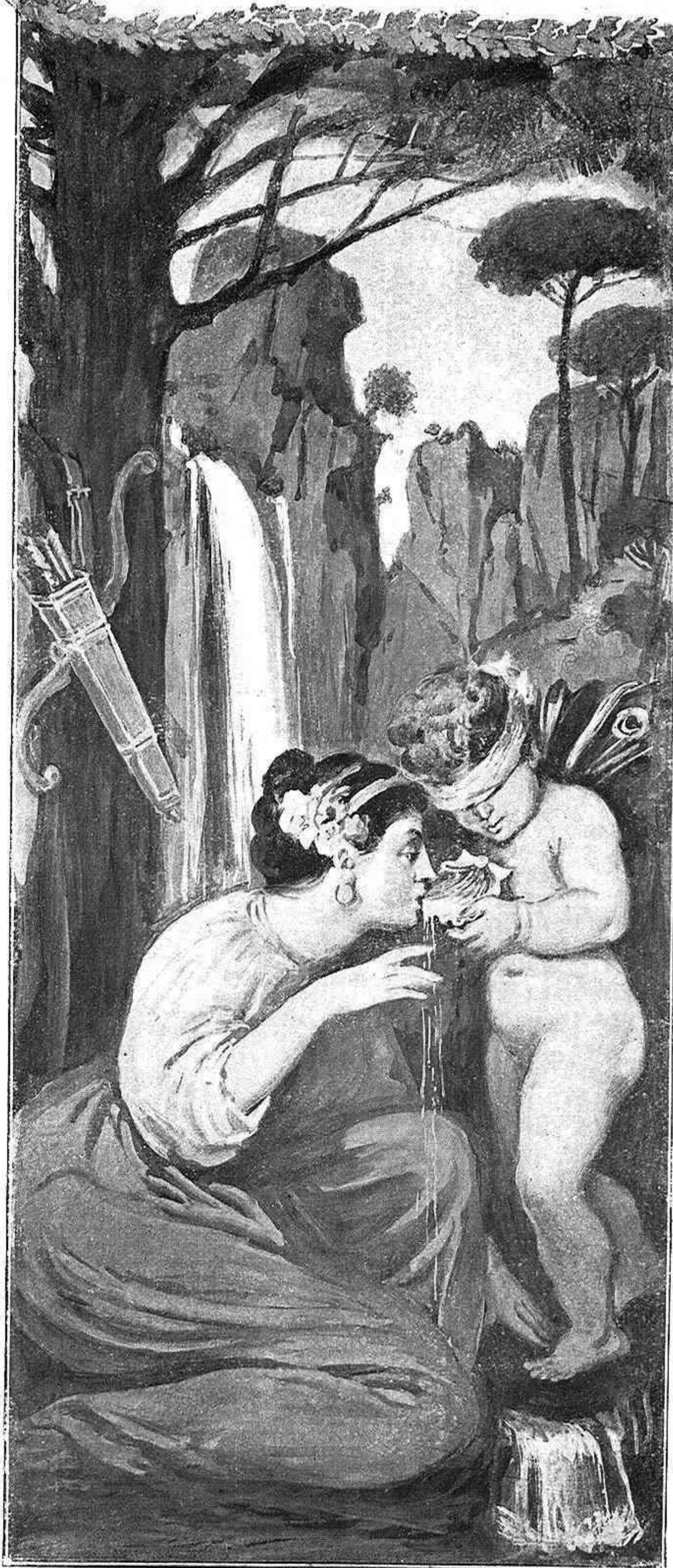
Cuadro de Jendrassik.



Cuadro de Gabrini.

BAÑO OBLIGADO,

La fuente amarga.



Á aquel caballero, madre,
Tres besicos le mandé.
Cresceré y dárselos he.

(Del Romancero.)

I

Diz que Amor perdió su rumbo
En la mitad de la sierra,
Y para llegar al valle
No acertó á dar con la senda.
Á la sombra de los pinos
Paróse á aguzar sus flechas,
Y aún sus ojos mal vendados
En la fuente reverberan.
Debió quedar escondido
Entre las abruptas peñas,
Porque el roce de sus alas
Parece sentirse cerca,
Como un aura que acaricia,
Como un beso que resuena,
Como silbo de serpiente
Que en las quebradas acecha.
Los pastores de las cimas
No advirtieron su presencia...
¡Y eso que pasó cantando
Amor su canción más tierna!
Resplandores de fogatas
Va levantando su huella,
Que como plata bruñida
Relumbra en la noche quieta.
Muy gentil es su apostura,
Muy rubia su cabellera,
Misteriosas sus palabras,
Generosas sus promesas...
Creyérasele un cruzado
Que volvió de extrañas tierras,
Y, oyéndole sus canturias,
Un juglar se le creyera.
El dulzor de sus tonadas
Valles y colinas llena;
Por cada canto que entona
Arroja su arco una flecha.
La niña de la cabaña
Las vió brillar como estrellas,
Y en sus fuegucillos fatuos
Quedósele el alma presa.

La cuitada ha perseguido
Su rastro por la arboleda,
Y al pie de la «fuente amarga»
La ha ceñido Amor su venda.

II

—Madre, pasó por la puerta
El más galán caballero.
—Debe ser un hechicero
Que sigue una ruta incierta.
—¡Qué importa! Es canto de alerta
Su requiebro lisonjero,
Que en la calma del sendero
Mi alma embaucada despierta.

¡Yo le quiero!

—Engaño fué de tu oído,
Falaz rumor del pinar,
Que hace arder en nuestro hogar
Fuego que nadie ha encendido.

—Madre, no: que es un cumplido
Galán, noble y sonriente
Que tropecé en la cañada
Y me habló con regalada
Voz de amor junto á la fuente.

—Ve que miente.

Amor no llega á esta altura.

—Amor desciende del cielo.

—No busca Amor en el hielo
De las cumbres la hermosura.

—¿Pues, cómo tanta ventura
Su voz en mi alma ha dejado?

—Vuelve en ti, zagala mía,
Que es locura tu porfía
Y hechizo lo que has contado.

—No he soñado.

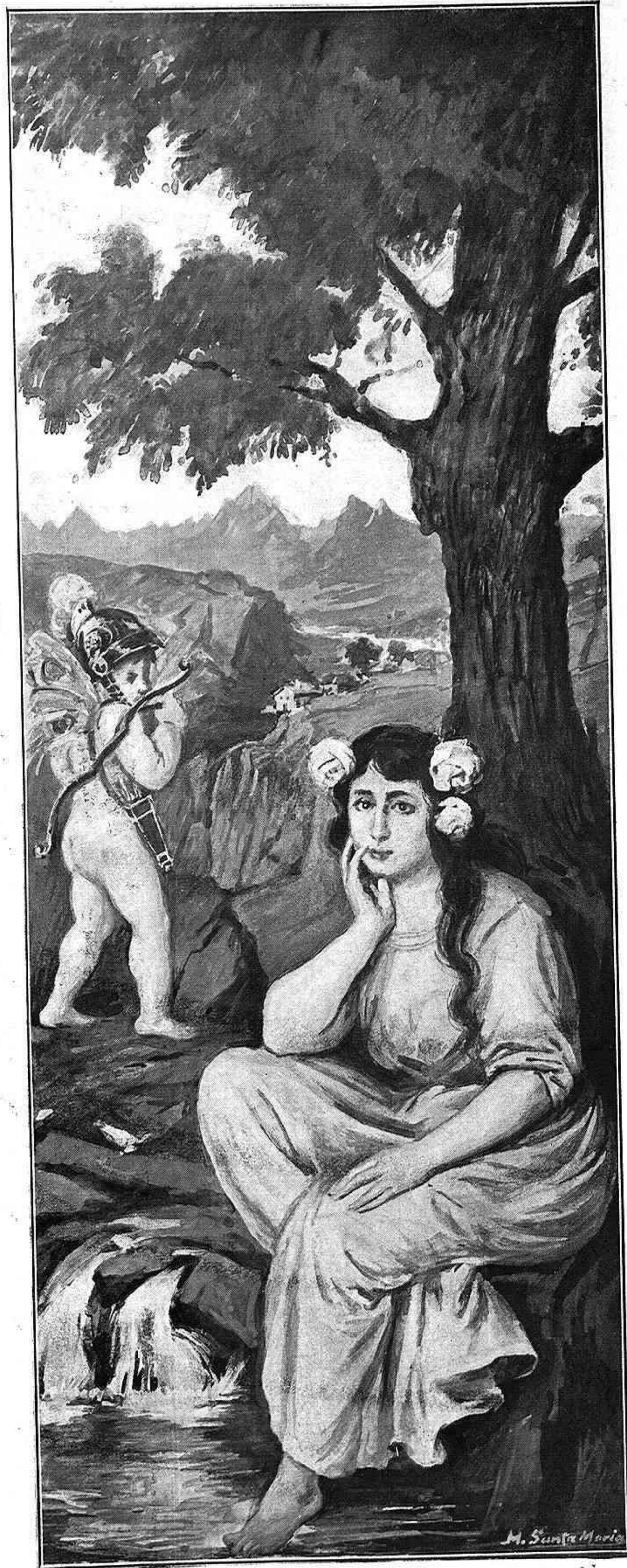
Siento en mí una fuerza extraña
Que todo mi ser renueva;
Quien el alma se me lleva
No es hechicero que engaña.
El aire de la montaña
Trueca en incendio mi fe
Y ha de llevar en sus giros
Al galán de mis suspiros
Los besos que le mandé.

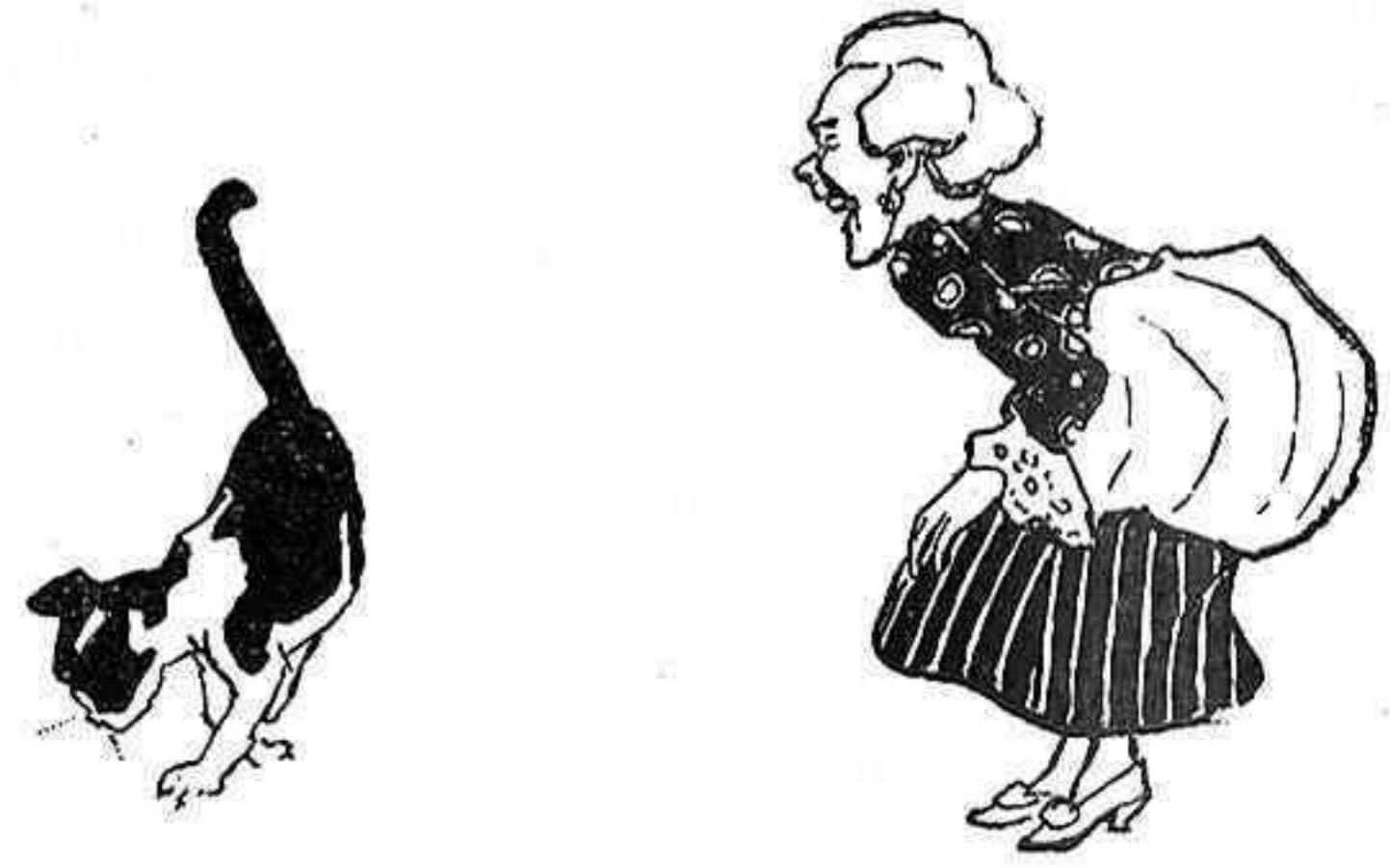
¡Dárselos he!

III

Amor un día en la sierra
Se convirtió en mariposa,
Y en el romero florido
Tendió sus alas de aurora.
No le sigáis, serranicas,
Que va y viene y no reposa
Y, si cautivan sus alas,
Cuando se va ¡nunca torna!

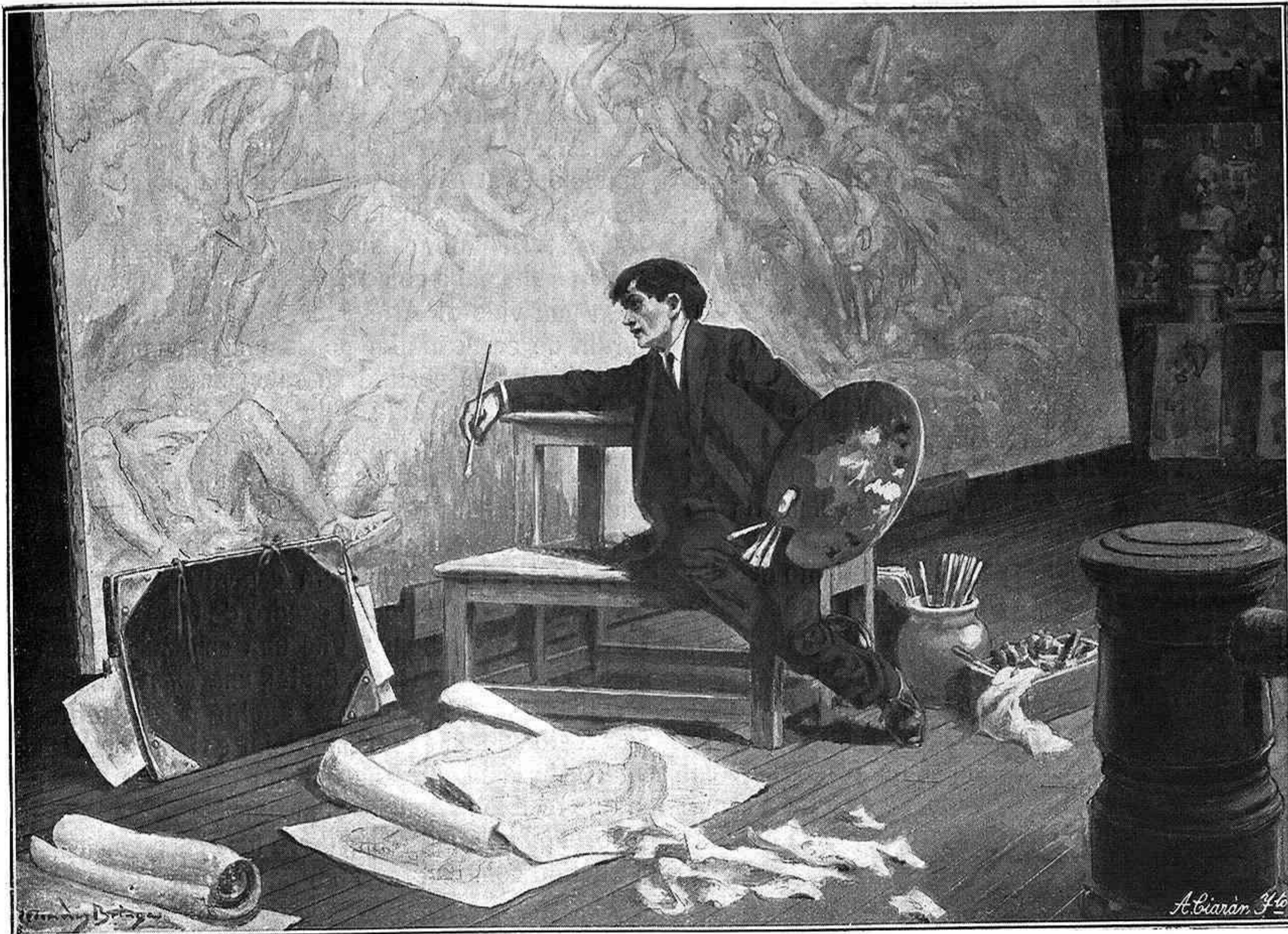
RODOLFO GIL





CHIRIGOTAS

por Ángel D. Huertas.



Miles gloriosus.

I

A PENAS murió el famoso pintor Heredia, se sintió sumergido en una obscuridad absoluta. Luego experimentó la ausencia de todo contacto, la indiferencia total de todas las cosas, plácida y enervante como un estupor. Así le pareció transcurrir largo tiempo. No pudo medirle; porque el tiempo es la sucesión de los hechos y para él no existían hechos, ni universo, ni representación subjetiva. Flotaba en la nada, como debió flotar la materia en el caos antes de que se lanzase al torbellino de la energía la creadora palabra inicial.

Por fin percibió como el soplo de una ráfaga helada y sintió que ascendía. Un aire sutil rozaba su epidermis. Creyó advertir lejanos acordes y una claridad azulada. Resplandores y músicas fueron acentuándose; experimentó un choque brusco y alzó inmediatamente los párpados.

Hubo de cerrarlos en un supremo y brusco deslumbramiento. Se encontraba en una explanada anchurosísima, rodeada de jardines y frondas. En frente, se alzaba un edificio grandioso de gigantesco

peristilo y sobre el ático que le coronaba, una mujer de mármol, cubierta con una túnica inmaculada, extendía á derecha é izquierda sus pródigas manos, llenas de flores. Heredia no vaciló un momento: se encontraba en el templo de la Inmortalidad.

¡La Inmortalidad! ¡La gloria, la consagración definitiva y por siempre! ¡Cuánto había luchado el infortunado pintor por ella! Niño, había robado los días á la recreación y las noches al sueño para dedicarse al estudio penoso, incesante, sin tregua. Joven, había proscrito el amor, suprema aspiración de las almas aladas, para vencer sobre el caballete las dificultades de un arte preñado de arcanos. Con afán insensato raía con la cuchilla la pintura que había arrojado sobre el lienzo para volver á fijarla de nuevo en él, con todo el amor y el tino exquisito con que hubiera podido cincelar su propia carne. Á las horas de febril entusiasmo sucedían las aniquiladoras de desaliento. Pero él no desmayaba y con el corazón palpitante y la frente bañada en sudor, esperaba el momento en que su obra había de aparecer magna, asombrosa, colosal, impecable, para ser pasmo de sus contemporáneos y cimiento seguro de su indiscutible apoteosis.

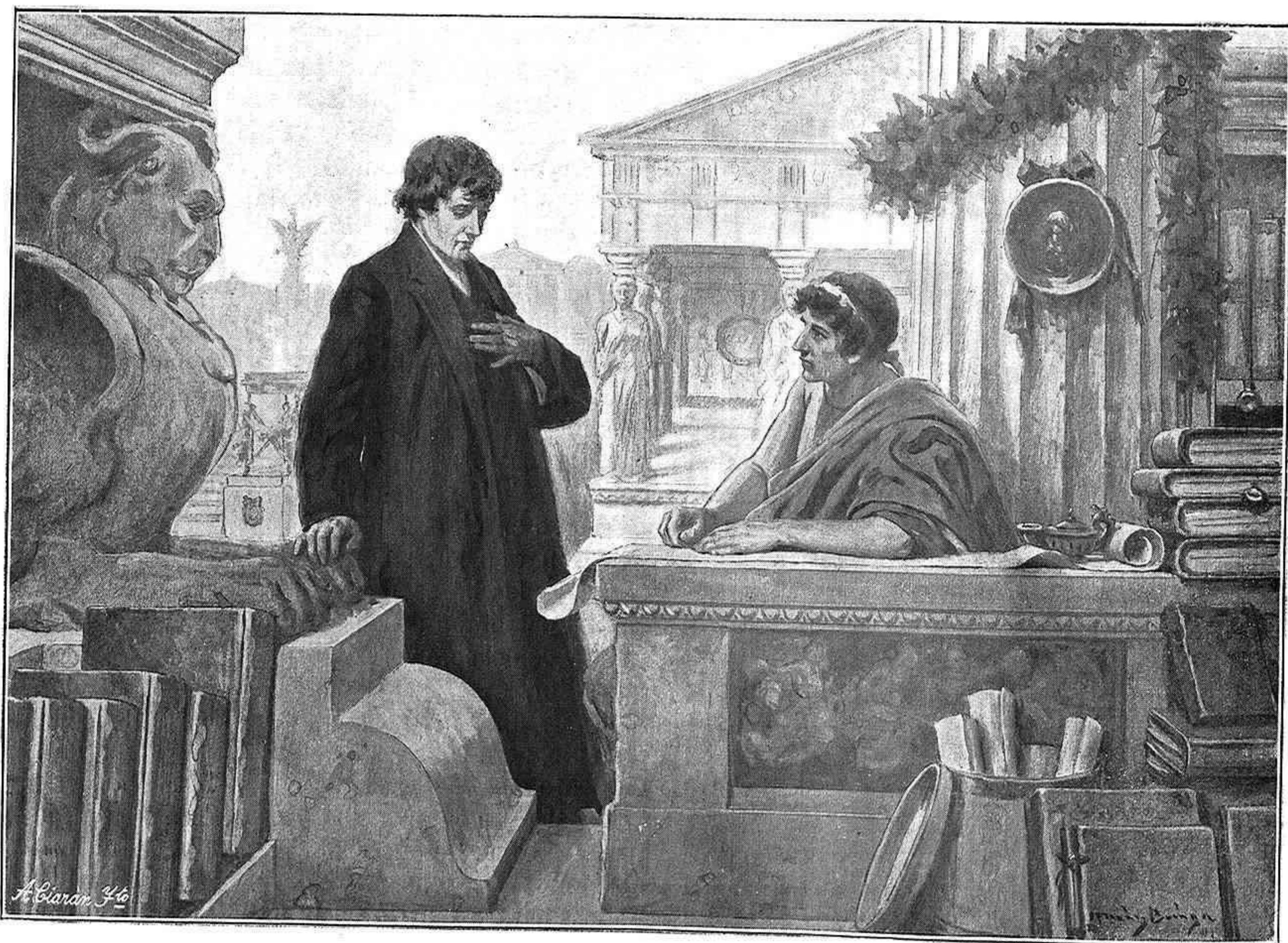
Y así pasó la juventud y asomó en su sien la primera cana. Entonces, por primera vez, miró á su alrededor y se encontró solo y abandonado. Sus padres habían muerto en la miseria, esperando en vano el triunfo indiscutible del hijo. Sus hermanos

habían muerto también ó emigrado á países más hospitalarios. Para sustentarse, Heredia pintaba durante seis horas cuadros aborrecibles, manchas repulsivas, á cambio de las cuales le daba un almacenista de molduras un pedazo de pan, y, á veces, dos ó tres tubos de color. Pero otras diez horas más trabajaba con ardor en su cuadro famoso, que acababa por borrar ó romper descorazonado. Entonces caía en verdaderos colapsos, y durante tres ó cuatro días permanecía arrojado en el lecho, cara á la pared, acongojado en interminable sollozo, hasta que al fin se serenaba y volvía al caballete, verdadero potro de sus torturas. Ahora su obra no sería *El sueño de Arnoldo*; ahora se llamaría *La victoria de Maratón*.

En una de estas crisis de desfallecimiento decidió casarse, tal vez faltaba á su inspiración un ambiente de paz y sosiego. Y encontró una compañera fiel, hacendosa, humilde. Dos hijos nacieron antes que pudiera acabar una obra maestra. *La victoria de Maratón* se había terminado; pero á su autor le había cabido en ella el papel de Artafernes, es decir, que fué derrotado y hubo de cederla á cambio de unos cuantos metros de ropa blanca para la mujer y los pequeñuelos.

Ahora imaginaba un *Jardín de Ensueño*. Su compañera, ajada por los sufrimientos y las privaciones, llegó á aconsejarle que desistiera de sus ambiciones artísticas y aceptara una plaza de contable en un almacén de quincalla.— «Si tu quisieras, Rafael...» El pintor estuvo á punto de perder el juicio. Quien se llamaba como Sanzio y había consagrado toda una vida al Arte soberano, tenía derecho al jardín de ensueño. La pobre mujer enmudeció é inclinó sobre la costura su cabecita de mártir. Estaba resignada, pálida. Ella se conformaría, como la prometida de Goethe, á no estorbar con su necio cariño una gloria que sería para toda la Humanidad. Ella no tenía derecho á estorbarla; y lo repetía llorando. Era verdad: no tenía derecho.

Y, contra lo que pudiera esperarse, el triunfo llegó. En la Exposición el cuadro de Heredia obtuvo la medalla de honor. Fué una emoción aquella para el artista, tremenda, brutal, una sacudida innarrable. Toda la sangre se agolpó á su cerebro. Se acostó con un agudísimo dolor en la nuca. Á las cuatro de la madrugada del día siguiente á aquel en que recibió la noticia, el insigne Heredia, el glorioso, el *inmortal* Heredia, cerró los ojos para siempre herido como un rayo por una apoplejía.



II

El alcázar de la Inmortalidad era triste. Tenía soberbias columnatas de jaspes y pórfidos, ingresos monumentales y patios luminosos como los descritos en la Walhalla. Por doquiera resonaban coros y cánticos. Legiones de músicos acompañaban las estrofas de la consagración del Graal. Pero después enmudecían y todo adquiría un silencioso reposo solemne. La luz misma parecía amarillear en los enlosados pavimentos, en las hojas de los laureles y en los frisos de las impostas. Una muchedumbre llenaba los impluvios, las galerías, los pórticos, los bosques. Pero cada cual discurría mudo y aislado, abstraído en secretas divagaciones, y á lo sumo miraba con hosca irritabilidad á sus compañeros de edén. Había allí hombres de todas cataduras é indumentarias; pero la mayor parte de ellos eran calvos, viejos, agotados por el estudio ó la misantropía. Heredia sintió frío en el corazón; pero necesitaba á toda costa saber en dónde debía continuar sus trabajos. La inmortalidad sin un caballete, un pincel, una paleta y un lienzo, le parecía un tedio intolerable. Así se decidió á entrar en una gran biblioteca y á interrogar á un joven de marcial aspecto que allí estaba inclinado sobre un pupitre.

Hubo de interrogarle el pintor acerca del punto exacto de su destino, y el joven le rogó que le dijese su nombre, á lo cual contestó enfáticamente el artista que él era el gran Heredia.

—Excusadme, señor — repuso el empleado. — Á estas horas hay en el templo de la Inmortalidad doscientos sesenta y siete Heredias.

—¡Cómo! — prorrumpió Rafael.

—Cual es vuestra merced servida de oirme. Tenemos á Fernando de Heredia, Gran Maestro de San Juan de Jerusalén, que tomó á Patrás por asalto en 1378; á Pedro de Heredia, conquistador hidalgo del siglo XVI; á su homónimo el escultor, autor de la *Historia de los cinco panes*; á Miguel, protomédico vallisoletano de la Majestad de Felipe IV y maestro de Pedro Barca; á Cayetano, lumbrera del Perú, por el cual se llamó á una planta *genciana herediana*; á José María Heredia, poeta exquisito; á Diego Martín...

—¡Válame Dios! — interrumpió el infeliz artista. — ¿Y es posible que aun queden Heredias en este alcázar?

—No hay — dijo el servidor — menos de sesientos y siete. ¿No veis que aquí no puede haber ignorados ingenios y que á todos discierne Apolo, Júpiter ó Esculapio la celebridad, sin parar mientes en si la obtuvieron en el planeta?

—Según eso — preguntó Rafael, — ¿habrá aquí una mediana hornada de Pérez y Martínez?

—Basteos decir — contestó el empleado — que yo soy aquel soldado de Xerjes, que, con solo oírlos recitar una vez, aprendió de coro los nombres de diez mil legionarios, y si veinte vidas tuviera, ellas no bastaran á leer la lista de los Pérez que han merecido ser pasmo de la fama y asombro del orbe.

¡Qué desilusión tan inmensa sintió Rafael, y cómo comprendió lo estéril de sus pasados sacrificios!

—¿Y qué holgar es aquí el de los inmortales? — interrogó con harta inquietud.

—Discuten — le contestó el soldado — los defectos de sus colegas y aquilatan sus muchos errores, ni más ni menos que en la Tierra. Su principal ocupación consiste en despellejarse los unos á los otros, llevados de envidia, que es la pasión de los vanidosos. Desta suerte habréis visto cómo todo en esta región amarillea.

—Sí; pero los mortales — dijo Rafael — darán á cada cual lo que correspondiere á sus méritos.

—Error craso es el tal — saltó el legionario de Xerjes. — Los mortales olvidan primero sus obras y luego sus nombres. Tenemos aquí un cierto monomaniaco que, llamándose Bethencourt, y siendo más que famoso fagot de orquesta, no quiere que se le confunda con el erudito Pedro Luis José, nacido en Arras, ni con Juan *el Normando*, conquistador de las Canarias, ni menos con Jacques, el médico francés de la centuria décimosexta; ni por asomo con Agustín, ingeniero español, que en 1760 construyó fortalezas en Tenerife; ni con...

—¡Dispensadme, por Dios — exclamó el autor del *Jardín de Ensueño*. — Quisiera hablar con aquel honesto varón que discurre por aqueese sendero. ¿Sabéis cual es su nombre?

—Escipión — dijo el soldado al punto.

—¡Escipión! — clamó Rafael. — ¿Pero Escipión el grande, el magnánimo, ó Escipión el fabricante de abonos minerales? ¿Escipión el del sueño de la República ciceroniana, ó el de las lámparas de doble filamento? ¡Sacadme, por merced, de esta duda!

—No es — le dijo el guía — ni Lucio Cornelio Barbato, ni el otro Lucio, vencedor en Cerdeña y el mejor de los hombres de bien; ni el llamado *el Asiático*, ni el elegido Cónsul con Norbano, ni Cneo, Cornelio Asina, ni Escipión Calvo, ni el Emiliano de Numancia, ni los otros cuatro Nasicas, de cuyos grandes hechos llena está la historia romana. No es sino el gran Publio Cornelio Escipión, llamado *el Africano*, quien puede enseñarte muchas cosas que desconoces acerca de la vanagloria.

III

—¡Oh tú, Escipión!—le dijo Rafael Heredia, abordándole.—Dime que no me engañé al perseguir la gloria y que no es una vana promesa el ensueño de la inmortalidad.

A lo cual Publio—¡Oh infelice mortal!—le dijo.—¿Qué interés tienes en ser nombrado por aquellos que han de nacer después de que tú has muerto, no habiéndolo sido por los que antes nacieron, que no fueron menos y sí mejores, seguramente? Contempla en la noche, que ya se aproxima, los infinitos mundos suspendidos en el espacio como polvo de plata.

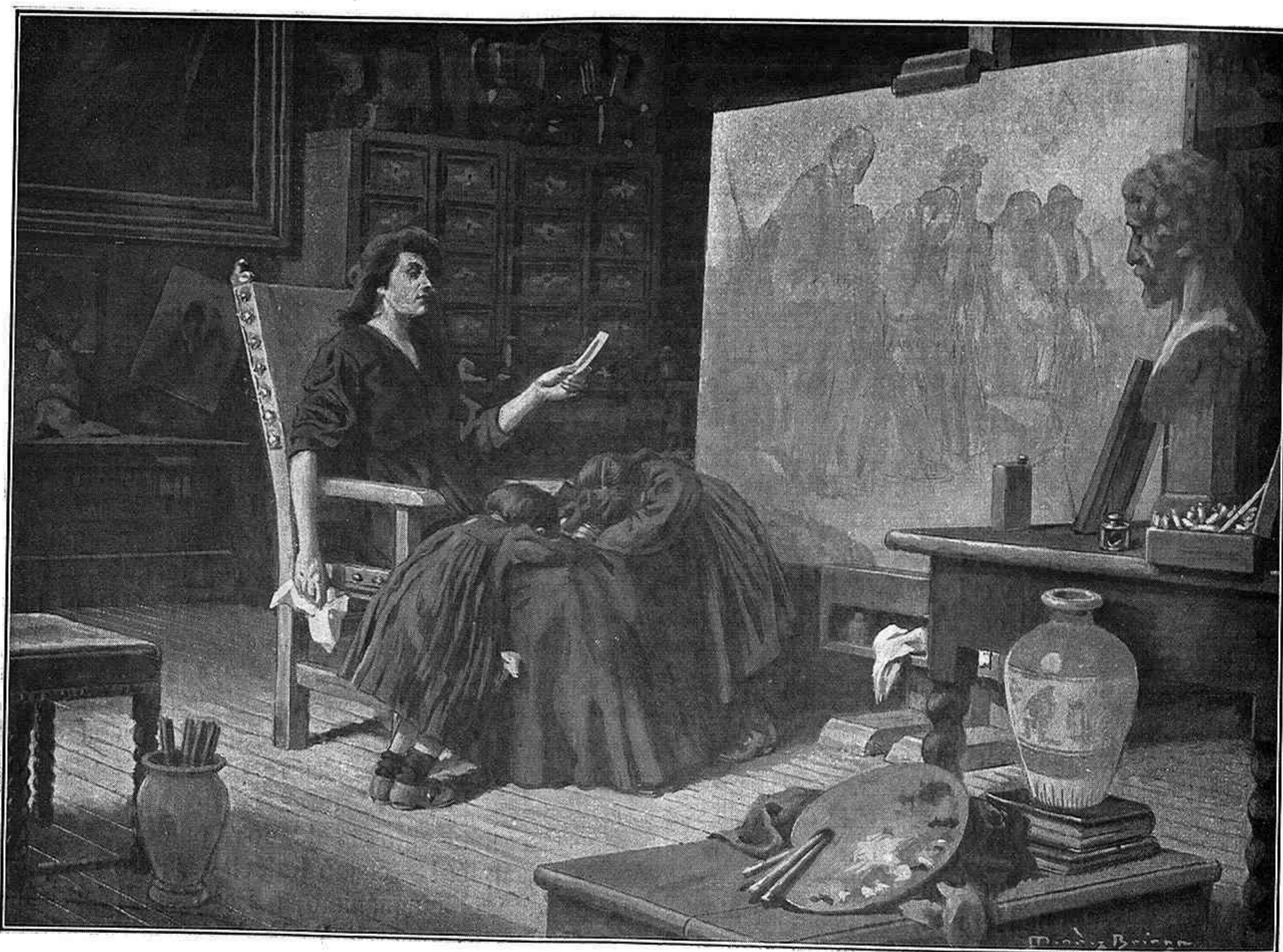
—¿De manera — sollozó el desdichado pintor, — que todo es estéril en el sacrificio y que nada queda de nosotros, ni un eco, ni un rumor, ni un recuerdo sobre la Tierra?

Extendió el brazo *el Africano*, y le dijo:

—Mira.

En la obscuridad de la noche, cerrada por fin, surgió una claridad indecisa, y en ella, como una proyección, fueron marcándose contornos, y luego figuras distintas y claras.

Rafael miró y lanzó un grito. En una habitación pobre y llena de caballetes, cajas de color y modelos de yeso, estaba su mujer, pálida, llorosa, sen-



La Tierra es uno de los más pequeños. Un clamor infinito surgido de su centro tardaría en llegar á los no más lejanos una eternidad sideral. En siglos, que para los astros son minutos, todo se deshace y se desmorona. ¿Para qué, pues, pedir que en un grano de polvo pase tu nombre de uno al otro hemisferio en alas de la fama? Los mismos que hayan de hablar de ti hablarán mucho tiempo. *Ipse autem qui de tibi loquuntur ¿quam diu loquentur?*

—Entonces, la fama, el renombre... — gimió Rafael.

—Vanidad — contestó *el Africano*.—Flor que se agosta, luz que se extingue, humo que se evapora.

tada en el viejo sillón del abuelo. Vestía de negro, como sus hijos, que lloraban también, apoyados de codos sobre su falda.

Alzó la cabeza la infeliz. Tenía en su mano un retrato, que besó llorando repetidas veces, y que dió luego á besar á los niños. El pequeño lanzó un sollozo y exclamó con voz tierna como un quejido:

—¡Pobrecito papá!

Rafael Heredia sintió oprimírsele el corazón. En la lucha por la inmortalidad, por la celebridad y el aplauso, lo que de veras quedaba en la Tierra era aquello.

ANTONIO ZOZAYA.

Los "enterados."

CON gente que lo sabe todo, no es posible la vida. Apenas manifiesta uno su entusiasmo por cualquier cosa, ó persona, surge uno de los que *están en el secreto*, y ¡zás!, á amargarle las buenas disposiciones.

—¿Sabe usted que ese muchacho empieza muy bien?

—Eso lo dice usted porque no está enterado; yo sí, y sé que su última obra se la han escrito entre su cuñada y un autor manchego, al que ha tenido secuestrado en la despensa de su casa, sin darle alimento hasta que le hacía las escenas. Los cantables son de un cabo de consumos, que en los ratos que le deja libre el aforo versifica; y los chistes se los ha proporcionado el asistente del piso tercero de la casa en que vive y que es andaluz.

—¿El piso?

—No, señor; el asistente. Le digo á usted esto, porque estoy en el secreto de que ese hombre no escribe ni á su familia.

Ante tan minuciosos detalles no hay más remedio que creerle, y entonces el autor pierde una barbaridad á nuestros ojos, porque ¿cómo admirar á quien apela á semejantes procedimientos para obtener un éxito en un cine?

¡Triste cosa es estar en el secreto de todo! ¡Así no hay diversión posible!

—Pero, D. Aquilino, ¿ya no le veo á usted por el teatro?

—Á mí no me engañan. Ustedes están locos con la Sánchez, creyendo que es más guapa que la propia Venus, y yo sé que es mentira.

—¿Cómo? ¿Sale con careta?

—Sale después de pintarse más que si fuese un cuadro de concurso. Hasta tiene bigote, y en la parte izquierda del pescuezo un hoyo que todas las noches se rellena con cal. Posee dos dientes hechos con una ficha de dominó, y la trenza que saca se la ha comprado á una corista por veinticuatro reales. ¡Si estoy bien enterado!

Lo primero que á uno se le ocurre al oír aquel aluvión de desilusiones, es darle dos puñetazos al aguafiestas, diciendo:—¡Toma, por morral y por querer quitarme el que me entusiasme la Sánchez!

Luego se reflexiona que también los puñetazos pueden salir falsos y se desiste de la idea.

Las señoras gozan lo indecible *dándose pisto* de enteradas, y rara es la que no trata de poner las

cosas en su lugar, en cuanto se entera de que hay amor por medio.

—Que sea enhorabuena; ya he visto á su hija de usted muy entusiasmada con Ceferino... ¡Que tenga cuidado!

—¿Pues qué pasa?

—Yo estoy muy bien enterada de lo que es ese muchacho y sé que ha tenido relaciones con una pupilera, á la que abandonó, llevándosela cuatro toallas de felpa y el importe de ocho días de hospedaje.

Con estos antecedentes, la familia comienza á dudar de las intenciones de Ceferino, y, por fin, la novia le plantea la cuestión una noche.

—Mira, no es que yo dude de tu cariño, pero el mundo es falaz.

—Dime lo que quieras.

—La verdad; ¿te acuerdas de la pupilera?

Afortunadamente, resulta que el joven es más puro y candoroso que la sencilla paloma y puede demostrar á su novia que siente por ella un amor más grande que el andén del Mediodía; pero el veneno vertido por la persona enterada, queda en el fondo del alma de la muchacha, y á lo mejor se halla ésta en una diversión y lanza un suspiro capaz de conmovier al propio Neptuno de piedra.

—¿Qué es eso, vida mía? ¡Sufres!

—Es que me acuerdo de tu fuga en compañía de las toallas de felpa.

—Desecha semejantes preocupaciones y ámame. Ya te he dicho que son rencillas de gente que siente envidia de mi posición. El jefe me ha dicho que va á hablar de mí al Ministro y de mi especialidad en hacer *haches* de adorno. ¡Ya ves tú si es para enviármeme!

En este caso, la intención de la gente que *está en el secreto* queda completamente destruída; pero ¿cómo conseguir lo mismo cuando se nos acerca un individuo y nos dice:

—¿Usted es amigo de Fulano?

—Sí; pensamos los dos igual en materia de arte y coincidimos al apreciar á Velázquez, fray Luis de Granada y *Machaquito*.

—Pues desconfíe usted de él.

—¡Retorta! ¿Es algún criminal?

—No diré tanto; pero sepa usted que su señora no puede salir á la calle, porque la tiene escondidas las botas. Además, ayer la dió por todo alimento un plato de judías verdes. Estoy en el secreto.

Desde aquel momento, ya se duda del amigo, y un afecto que hubiera llegado hasta el punto de prestarse mutuamente los cuellos postizos, se deshace por los consejos de un *enterado*.

Estos que saben la verdad de todo son verdaderamente terribles.

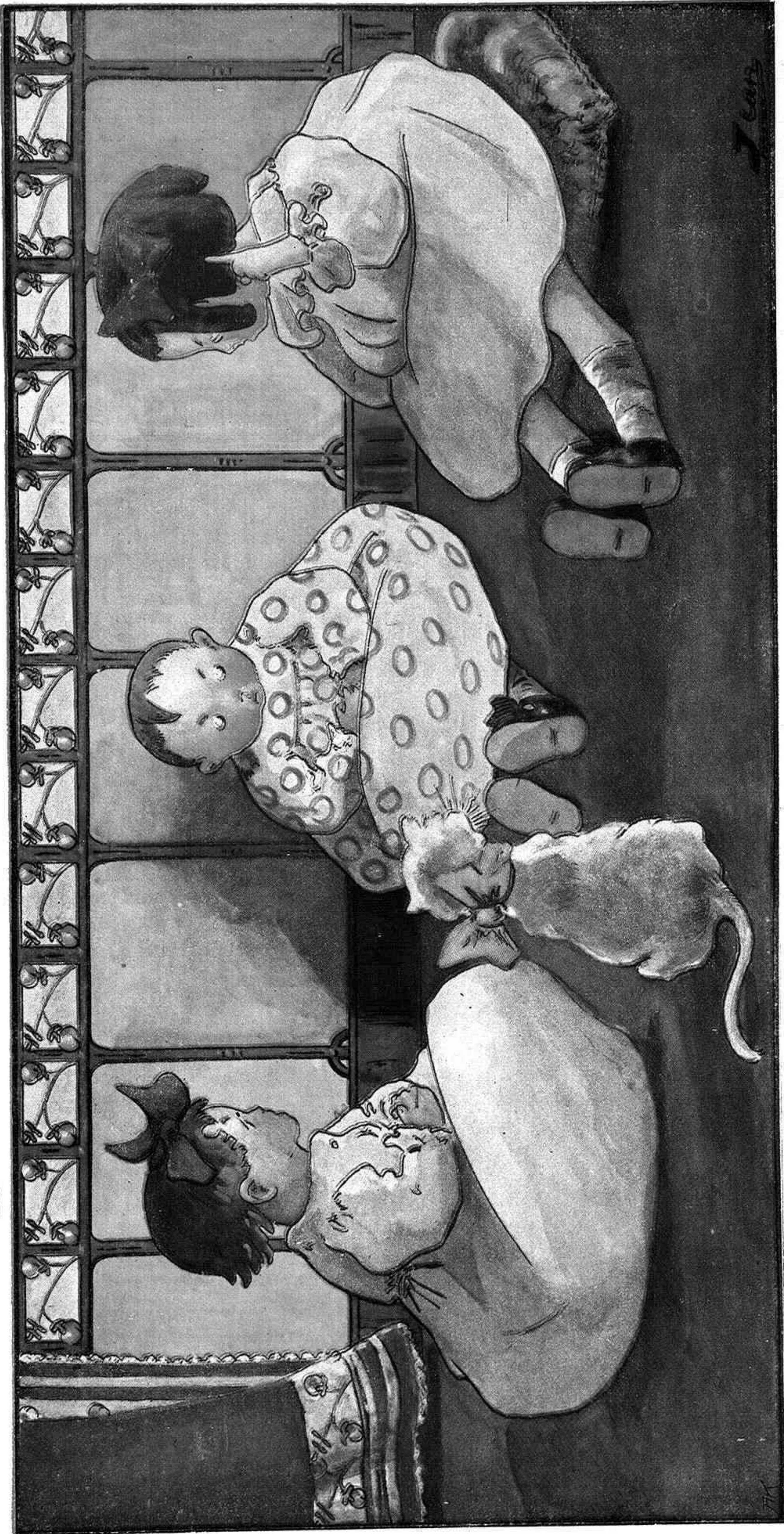
A. R. BONNAT.



SU RETRATO

Cuadro de Andreotti.

≡ INVIERNO ≡



≡ ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y AMERICANA. 1911 ≡

¡Despacito y buena letra!

UN apreciable ciudadano lanzó, cierto día, la especie de que «era de buen tono escribir con mala letra».

Esto que, seguramente, no tuvo otro objeto que el de disculpar la suya, ilegible ó laberíntica, vino á hacernos un flaco servicio. Acaso, desde entonces, son pocos los que se preocupan de escribir con claridad.

No me negaréis que, una de las cosas que más falta hace para escribir es... saber escribir.

La afirmación podrá pareceros gedeónica, pero paraos á meditarla un poco...

Para emborronar papel, lo primero es tener algo que decir. Corriente; pero, lo principal, para que á uno le entiendan, es hacer la letra clara, sin que esto implique que, cada cual, haya de ser un Valliciergo, pongo por calígrafo.

No hay derecho para molestar al prójimo con esos enigmáticos renglones de tan dificultosa lectura.

Preguntad á los cajistas, esos infelices descifra-
dores del original de imprenta.

¡Habrá que oír lo que dicen de los que escriben con mala letra cuando, componiendo á destajo si á mano viene, tardan cinco minutos en traducir cada palabra!

¡Tienen mucha razón!

Después, naturalmente, todos son rectificaciones.

«En el artículo tal, dijimos ayer por error de caja que, el sol era carabinero en vez de carbonizador. El buen sentido de nuestros lectores...», etc.

Lo del «error de caja» es una socorrida muletilla que equivale á decir: «Nos hemos hecho un lío con las cuartillas de fulano.»

¡Pobrecitos cajistas!

Claro está que, no es cosa de dibujar las letras como para bordarlas en un pañuelo; pero de ahí á escribir música, hay un abismo de jeroglíficos.

¿Qué pensaríais de un señor que os cuenta algo interesante pronunciando mal, comiéndose letras, abreviando sílabas, esto es, hablando en camelo?

Mucho peor es el camelo escrito.

El maestro Clarín llegó en este punto á batir el *record* de la escritura *misteriosa*, dicho sea con todo el respeto debido á su glorioso recuerdo.

Pero ¡ay! que ha venido otro maestro, el ilustre Benavente, á hacer de Clarín un calígrafo formidable. Recordad un autógrafo cualquiera del insigne autor de *La noche del sábado*.

¿Es «eso» escribir?

Benavente asegura que «se esmera mucho» en

las cuartillas para imprenta. Figuraos la letra de sus cartas particulares. ¡Hay que leerlas!... si se puede.

Tengo lá vanidad de poseer una preciosa colección de cartas suyas. Dentro de cada cual he tenido que incluir una cuartilla con la traducción correspondiente y cuenta que soy uno de los que más y mejor entienden sus manuscritos.

Si Clarín fué *el príncipe de los garabatos*, Benavente es el *zar de los jeroglíficos*.

Los genios tienen derecho á todo, incluso á escribir como les dé la gana, pero esta facultad reservada «á los de arriba» no reza con «los de abajo».

Para los que, á Dios gracias, no somos aficionados á la cabalística, ¿qué mayor tormento que tropezar con un hombre que escribe mal?

No todos cultivamos al popular Novejarque, campeón del rompecabezas que tiene la misión de hacernos la vida más difícil y aumentar la desesperación humana.

¡Desventurado del que espera la solución de un negocio, el sí ó el no en un asunto de la mayor importancia y recibe una carta en *japonés*!

¡Ay de vosotros si os dan una cita, esperada con impaciencia, y no acertáis á leer el día, la hora ni el sitio!...

Lo de escribir torcido es más tolerable. Importa poco que los renglones se den de cachetes con el paralelismo y la horizontalidad. Allá cada uno con la estética de su escritura.

Pasemos también por lo de la letra menuda (aunque protesten los cortos de vista), las tintas de colores, los perfiles delgadísimo y los rabos gruesos. Pero hay quien escribe torcido, con letra pequeñísima, tinta encarnada y, además, pone sólo tres ó cuatro letras de cada palabra que tiene diez ó doce, que es el colmo de la mala intención.

Esos seres no caen en la cuenta de que, lo menos que dice el que no entiende una carta, es: — Pero... ¿qué pondrá aquí este tío?

Ya veis, le llaman «tío», por lo pronto, sin perjuicio de... ir más allá.

¡Como que es desesperante!

Y no hablemos de las firmas. ¡La locura!

Como el papel no tenga membrete ó el que nos trae la misiva no diga quién lo manda, no hay medio humano de saber, en algunas cartas, quién es «nuestro seguro servidor que nos besa la mano».

Sobre todo en las cartas políticas.

De jefe de negociado para arriba, todo el que chupa del Presupuesto no sabe ó no quiere poner su nombre, cuando firma, con claridad.

Los señores ministros especialmente.

¿Que tienen mucho que firmar?

Conformes, pero... ¿hacen otra cosa en el Ministerio?

Pues... ¿y los señores médicos?

¿Habéis podido leer jamás alguna receta?

Es cosa de pensar si los farmacéuticos tienen un don especial para adivinar lo que dice allí ó si preparan las pócimas á la buena de Dios porque suponen que, de todos modos, *es lo mismo*.

Y Dios me libre de ofender á ningún sacerdote de la divina ciencia de Esculapio.

Las mujeres, casi todas, escriben bastante mal, es decir, las hay con buena letra, pero, enemigas irreconciliables de la Ortografía, tienen una escritura deliciosamente original.

Pero las mujeres, como los genios, tienen derecho á escribir como les dé la gana.

Con que sean bonitas, basta.

Lo demás es una exigencia. ¡Hay literatos que «viven de la pluma», y escriben joyería con elle y echar con hache!

Todo, todo es preferible y hasta divertido, menos lo de tener que traducir á la fuerza á un señor que, en nombre del buen tono, hace cosas raras con la pluma por no molestarse en escribir más claro.

Afortunadamente, el maquinismo vendrá á solucionar este problema.

Dentro de poco no habrá necesidad de saber escribir. Con saber teclear será suficiente.

Pero, mientras eso llega, caballeros, por Cristo santo... ¡despacito y buena letra!

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN.



EL ARCANO DE LA ESPERANZA

N. Sentenach.

La esfinge del misterio pasa uncida
Al carro de oro donde el tiempo eleva
La urna de la esperanza, en la que lleva
El elixir divino de la vida.

Muestra el hijo la madre conmovida
Cerca del Dios que la ilusión renueva,
Para que luz sobre su frente llueva,
Feliz encanto y magia bendecida.

Seres que invocan su poder divino
Siguen como revuelto torbellino
La urna ungida de brillo sempiterno.

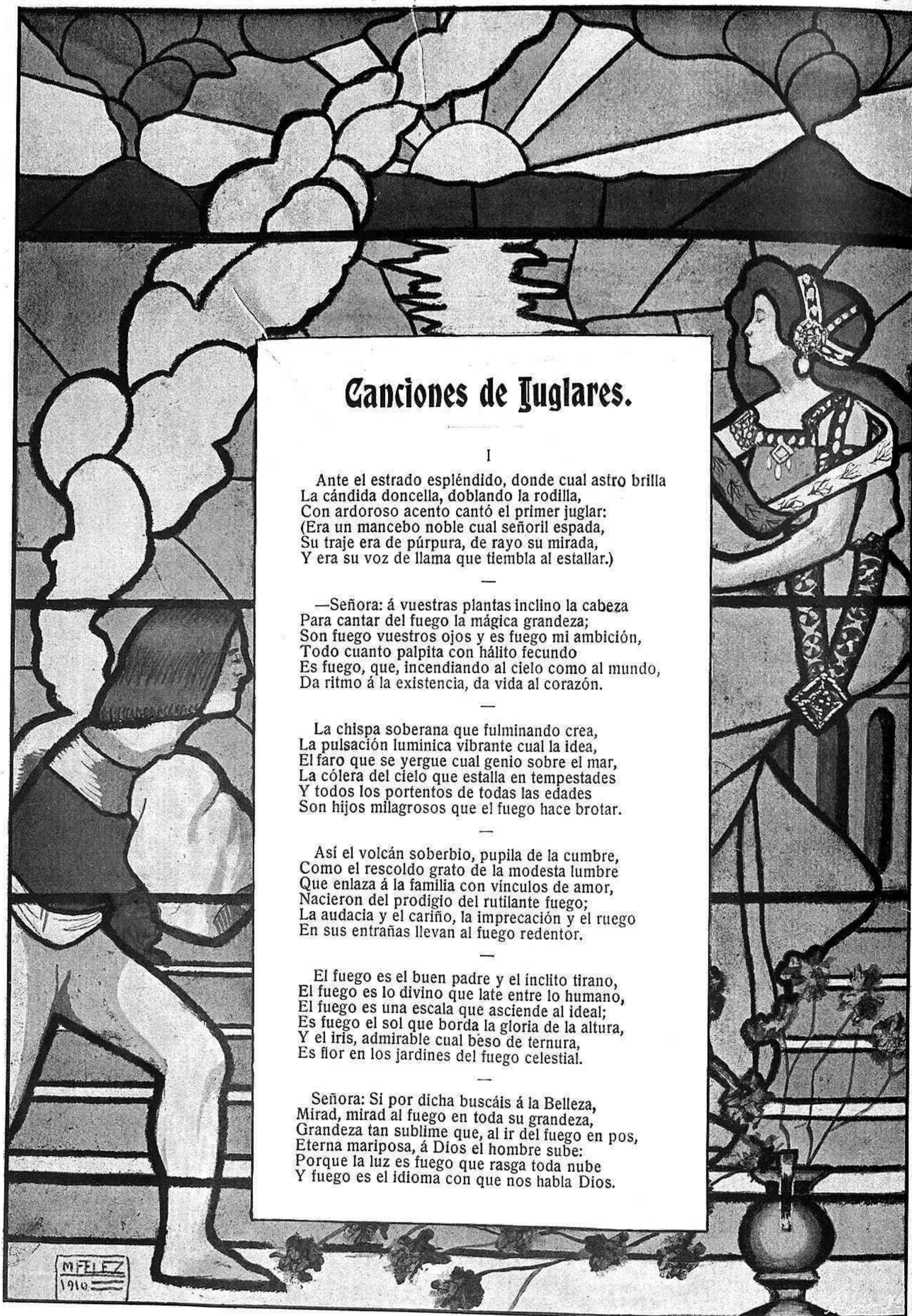
Y en confusión la Humanidad avanza
Tras el rubio panal de la esperanza
¡Igual que abejas tras panal eterno!

SALVADOR RUEDA.



Cuadro de Emilio Brack.

MI CANCIÓN



Canciones de Juglares.

I

Ante el estrado espléndido, donde cual astro brilla
La cándida doncella, doblando la rodilla,
Con ardoroso acento cantó el primer juglar:
(Era un mancebo noble cual señoril espada,
Su traje era de púrpura, de rayo su mirada,
Y era su voz de llama que tiembla al estallar.)

—Señora: á vuestras plantas inclino la cabeza
Para cantar del fuego la mágica grandeza;
Son fuego vuestros ojos y es fuego mi ambición,
Todo cuanto palpita con hálito fecundo
Es fuego, que, incendiando al cielo como al mundo,
Da ritmo á la existencia, da vida al corazón.

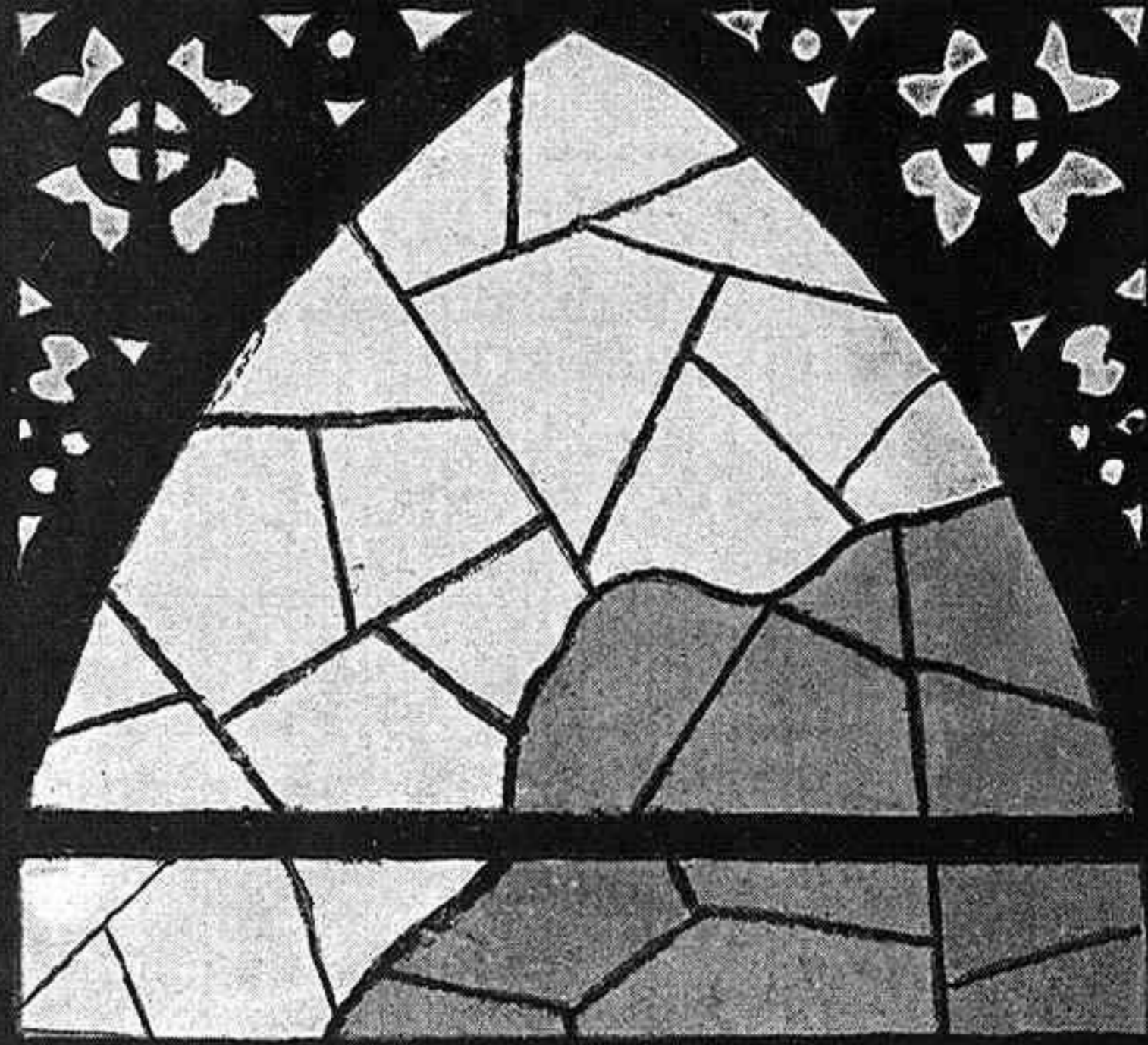
La chispa soberana que fulminando crea,
La pulsación luminica vibrante cual la idea,
El faro que se yergue cual genio sobre el mar,
La cólera del cielo que estalla en tempestades
Y todos los portentos de todas las edades
Son hijos milagrosos que el fuego hace brotar.

Así el volcán soberbio, pupila de la cumbre,
Como el rescoldo grato de la modesta lumbre
Que enlaza á la familia con vínculos de amor,
Nacieron del prodigio del rutilante fuego;
La audacia y el cariño, la imprecación y el ruego
En sus entrañas llevan al fuego redentor.

El fuego es el buen padre y el inclito tirano,
El fuego es lo divino que late entre lo humano,
El fuego es una escala que asciende al ideal;
Es fuego el sol que borda la gloria de la altura,
Y el iris, admirable cual beso de ternura,
Es flor en los jardines del fuego celestial.

Señora: Si por dicha buscáis á la Belleza,
Mirad, mirad al fuego en toda su grandeza,
Grandeza tan sublime que, al ir del fuego en pos,
Eterna mariposa, á Dios el hombre sube:
Porque la luz es fuego que rasga toda nube
Y fuego es el idioma con que nos habla Dios.

MFELEZ
1910



II

Envuelto en su manto de viva escarlata,
Luciendo un estoque con puño de plata,
Postróse de hinojos el nuevo juglar:
Un bardo arrogante de rostro severo,
Un niño con alma de bravo guerrero
Que lleva en el pecho la luz de un cantar.

—Señora: Yo canto belleza más pura,
Yo canto á la tierra que es toda ternura,
Yo canto á la tierra que es trono de amor;
La tierra es la cuna, la tierra es la vida,
La tierra es la madre que ofrece rendida
Descanso apacible que calma el dolor.

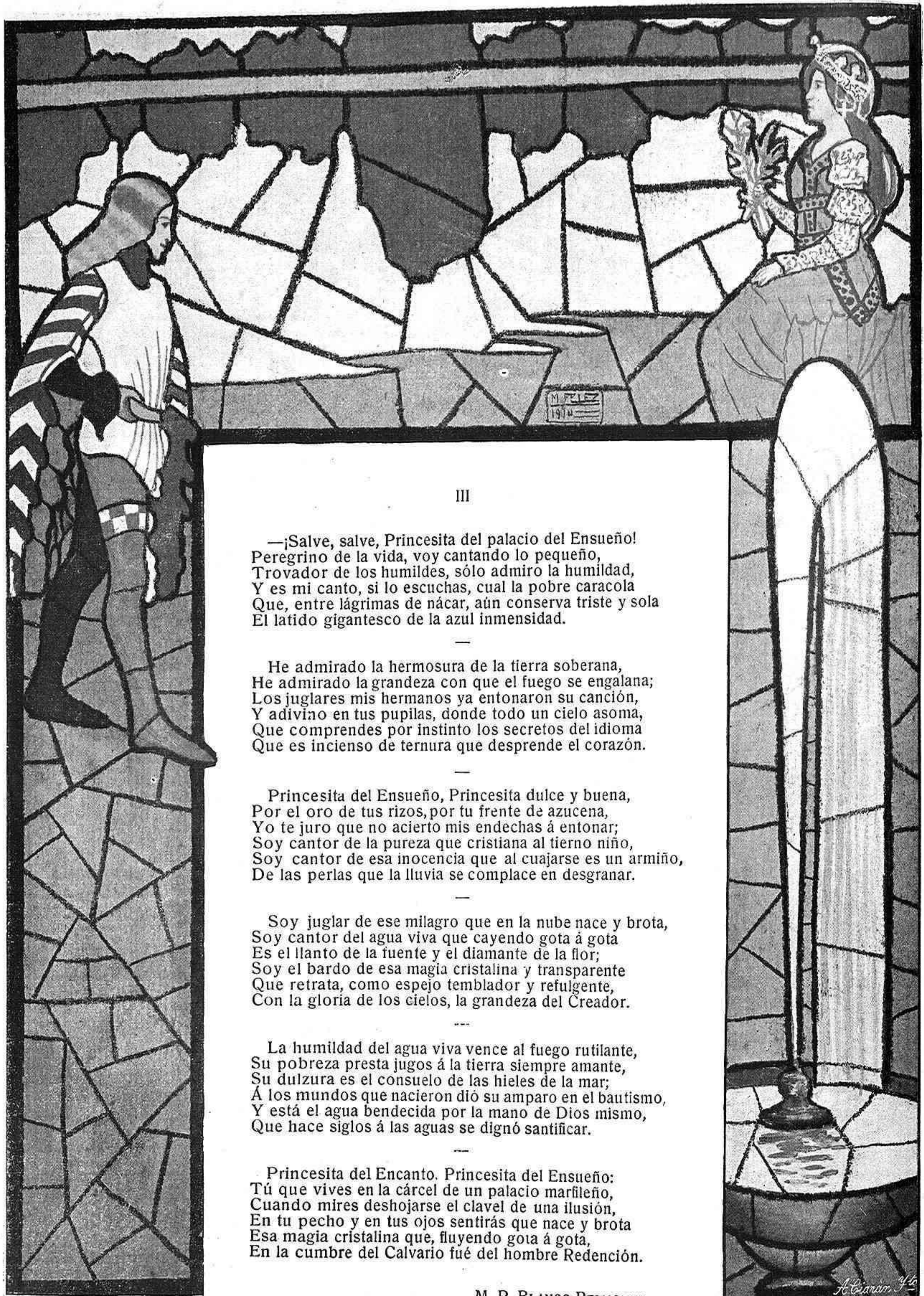
Si hollamos la tierra, la tierra da flores;
Si herimos su entraña, no siente rencores
Y mármoles brinda que estatuas serán;
Si en ella lanzamos la rubia simiente
La ampara en el surco, la nutre clemente
Y ofrece en la espiga tesoros de pan.

La tierra es principio de toda grandeza,
Solar y vivero de santa nobleza,
Nodriz del hombre, del genio blasón;
Un trozo de tierra ganado con gloria
Da brillo á una raza, da lauro á la Historia,
Á César un trono y un mundo á Colón.

La tierra es el dique que enfrena á los mares,
Es firme sustento de pueblos y hogares
Y es cauce que el hombre quisiera romper;
Siguiendo ese cauce de goce ó de angustia
Encuentra la vida, doblándose mustia,
El beso supremo ¡la paz del no ser!

Señora: los ojos volved á la tierra,
Mirad lo que ha sido, mirad lo que encierra,
Y ved que, del hombre colmando el afán,
Con barro del suelo, con polvo mezquino,
Dios hizo una joya de encanto divino
Forjando con tierra la dicha de Adán.

A. Giarán 36



III

—¡Salve, salve, Princesita del palacio del Ensueño!
Peregrino de la vida, voy cantando lo pequeño,
Trovador de los humildes, sólo admiro la humildad,
Y es mi canto, si lo escuchas, cual la pobre caracola
Que, entre lágrimas de nácar, aún conserva triste y sola
El latido gigantesco de la azul inmensidad.

He admirado la hermosura de la tierra soberana,
He admirado la grandeza con que el fuego se engalana;
Los juglares mis hermanos ya entonaron su canción,
Y adivino en tus pupilas, donde todo un cielo asoma,
Que comprendes por instinto los secretos del idioma
Que es incienso de ternura que desprende el corazón.

Princesita del Ensueño, Princesita dulce y buena,
Por el oro de tus rizos, por tu frente de azucena,
Yo te juro que no acierto mis endechas á entonar;
Soy cantor de la pureza que cristiana al tierno niño,
Soy cantor de esa inocencia que al cuajarse es un armiño,
De las perlas que la lluvia se complace en desgranar.

Soy juglar de ese milagro que en la nube nace y brota,
Soy cantor del agua viva que cayendo gota á gota
Es el llanto de la fuente y el diamante de la flor;
Soy el bardo de esa magia cristalina y transparente
Que retrata, como espejo temblador y refulgente,
Con la gloria de los cielos, la grandeza del Creador.

La humildad del agua viva vence al fuego rutilante,
Su pobreza presta jugos á la tierra siempre amante,
Su dulzura es el consuelo de las hieles de la mar;
Á los mundos que nacieron dió su amparo en el bautismo,
Y está el agua bendecida por la mano de Dios mismo,
Que hace siglos á las aguas se dignó santificar.

Princesita del Encanto. Princesita del Ensueño:
Tú que vives en la cárcel de un palacio marfileño,
Cuando mires deshojarse el clavel de una ilusión,
En tu pecho y en tus ojos sentirás que nace y brota
Esa magia cristalina que, fluyendo gota á gota,
En la cumbre del Calvario fué del hombre Redención.

M. R. BLANCO-BELMONTE.



"CIOCIARA"

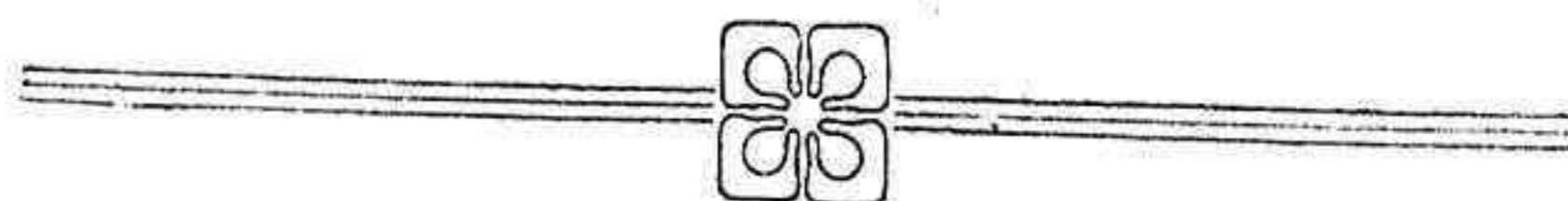
Cuadro de Modigliani.

Á UN RUFIÓN

No eres tú, chulapo ruin,
Pinturero y farfantón,
El hijo de mis Madriles
Ni el chulo que canto yo,
Que aunque madrileños ambos
Y aunque de igual exterior,
Tenéis, porque á Dios le plugo,
Distinta la filiación.
No fía el mío á la faca
Los éxitos del amor,
Ni tunde el cuerpo á las hembras,
Ni hace oficios de *macró*;
No usa el mío, como tú,
Pantalones de farol
Ceñidos por los ijares
Y rellenos de algodón,
Para fingir robusteces
Que tu padre te negó,
Ni subasta la figura,
Ni blasfema por *sport*,
Ni es guapo de merendero
Ni es vago de profesión.
El madrileño castizo
Es noble y trabajador,
Gracioso sin petulancia,
Valiente sin presunción,
Y agareno con sus hembras,
Que en las cosas del amor
El chulo neto no admite
Ni da colaboración.
Porque viste en Maravillas
Por primera vez el sol,
De Malasaña te juzgas
Legítimo sucesor;
Mas si el ínclito chispero,
Por un milagro de Dios,
Tornara á la vida y viera
Tu facha y tu condición,
Moriríase cien veces
De coraje y de rubor
Al sospechar que pudieran

Confundiros á los dos.
No eres chulo porque digas
En tu rufianesco *argot*,
Sipi, nopi, ninchi, furcio,
Naturaca y *la diñó*,
Ni porque en el cuello luzcas,
De tu empuje y tu valor
Como limpia ejecutoria,
Ese innoble costurón,
Que aunque tú achacas á Marte,
Para darte más charol,
Dicen, los que están en autos,
Que en aquella operación
Fué Venus la cortadora
Y Mercurio el zurcidor.
¿De qué tarasca naciste?
¿Qué bellaco te engendró?
¿Qué académico de la hampa
Sirvióte de preceptor
Para que los tres hicieran
De tu ruin caparazón
El sinvergüenza más grande
Que en el mundo se crió?..
.....
.....
Ya sé que tú y otros tales
Á la clara luz del sol
Del Madrid de mis amores
Reyes y señores sois;
Ya sé que, para ignominia
De la civilización,
No ha habido quien os anule
Por desidia ó por temor;
Mas yo os juro, con la mano
Puesta sobre el corazón,
Que si fuera quince días
Siquiera gobernador,
No iba á quedar ni memoria
Del cura que os bautizó.

J. LÓPEZ SILVA.



El hombre que hace reír

MONÓLOGO REPRESENTABLE

(Sale Juan, hombre feo, mal trajeado y ridículo, cuya presencia causa risa. Primero pasea suspirando. Luego, con lágrimas en la voz, le dirige la palabra al público.)

JUAN. — ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... Buenas noches, señores... No había reparado en ustedes... ¡Ay!... No había visto que... no había visto que... (Rompe á llorar.) Perdón, señores. Ustedes no se explicarán estas lágrimas. Yo soy el hombre más desgraciado de la tierra. (Solloza.) Y este es mi gran tormento: que dondequiera que lo digo, todo el mundo se ríe de mí. ¿Es que tiene gracia, por ventura, que yo sea desgraciado? ¡Ay, ay, ay! (Saca un pañuelo en armonía con su pelaje.) ¿Qué? ¿Qué? ¡Ah! el pañuelo. ¿Ven ustedes? Otro cualquiera saca su pañuelo para enjugarse el llanto, é inspira lástima. Saco yo el mío, y en mis propias barbas se han reído ustedes del llanto, del pañuelo y de mí. ¡Ay! Estoy acostumbrado. Desde niño, soy el hazmerreír de la gente. Ya en la escuela me pusieron un apodo los chiquillos: *Berenjena*. *Berenjena* me llamaban todos. El mismo maestro llegó á llamármelo también. Por... (Se toca la nariz.) Yo comprendo que es una nariz desproporcionada, desaforada, horrible, si quieren ustedes: pero, ¿la elegí yo? ¿Qué culpa tengo de ella? ¿Iba yo, cuando me dí cuenta de su tamaño y fealdad, á llamar á capítulo á mi padre y á mi madre y á decirles: «Vamos á ver, ¿se

hace esto con un hijo?» Además, hubiera sido inútil. En mi casa era yo el ceniciento. Tenía un hermanito mayor que era precioso: sonrosado, rubito como un ángel. Para él eran caricias y golosinas y juguetes: los trabajos y las malas caras para el niño feo. El niño feo era yo. Sí por cierto; era horrible. Con los años me he corregido mucho. De verdad. Harto de aquella tremenda injusticia con que me trataban mis padres, me fuí de mi casa resuelto á no volver y á ganarme la vida como pudiera. Recordé que tenía un buen amigo que era pintor, y lo primero que discurrí fué ir á ofrecerme á él para modelo. Se está riendo todavía. Sin embargo, cuando algunos días después le obligué á que me viera desnudo, batió palmas y me copió. Con la cara vuelta, naturalmente. Miren si es desdicha: un soberbio cuerpo de gladiador, coronado por esta cara. Y dondequiera que me presento se fijan en la cara no más, se ríen de ella, y no pueden tener ni siquiera una mirada de elogio para el cuerpo de gladiador. Terrible desventura, ¿no es cierto? ¿Por qué ha de ser mi eterna compañera la risa de mis semejantes? Al decir semejantes no he querido decir que se me



parezcan; Dios me libre; he nombrado como suele hacerse á mis prójimos. Y mis prójimos me ven, y se ríen, y me oyen, y se ríen, y les cuento mis amarguras, y se ríen. ¿Qué más? Me preguntan mi nombre: «¿Cómo te llamas?» «Juan, contesto yo. Me llamo Juan.» Porque me llamo Juan. Y la risa es el primer comentario. Y cualquiera de ustedes, señores míos, se llama Juan y á nadie le hace gracia. Y yo me llamo Juan y todos son á sorprenderse y á reirse: «¡Se llama Juan! ¡Se llama Juan! ¡Ay, que se llama Juan! ¡Se llama Juan!» Me llamo Juan; pero ciertamente no veo por qué ha de ser gracioso que yo me llame Juan. ¡Oh! La risa de los demás ha llegado á ofenderme y á herirme con sus agravios como una bofetada. Si yo fuera un hombre feliz, nada se me daría de ella; riéranse de mí todos en buen hora, y yo tan contento. Pero si soy una criatura desventurada, si la desgracia se enamoró de mí, como dijo... como dijo...—bueno, no me acuerdo ahora de quién lo dijo — ¿es posible que yo oiga con paciencia al cabo de mis años y de mis dolores que sólo el eco de la risa responde á mi voz? No, no es posible; compréndanlo ustedes. Un momento de seriedad; compréndanlo. Y si me prometen no reir al oírme, yo les contaré, para desahogo de mi alma, por qué suspiraba y gemía y lloraba al llegar aquí. ¿Prometido? Bien. Mil gracias.

¡Ay!... Yo, señores míos, soy casado. Ahora pueden reirse; esto no deja de tener alguna gracia. Soy casado, y mi mujer es hermosísima. Sí, sí; hermosísima, muy hermosa, aunque lo duden, aunque se rían una vez más; muy hermosa. Palabra de honor. Bueno, pues... ¡Ay, Juan! No vas á tener valor para confesarlo... Mi mujer, señores... — me cuesta, me cuesta violencia la revelación — mi mujer, señores... ¡Las cosas de la vida!... (*En voz muy queda.*) Mi mujer hace siete meses que me engaña. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es cosa de risa también que mi mujer me engañe hace siete meses? No, no por Dios; no aviven mi dolor, señores.

En mi casa, en la pobreza de mi casa humilde, había un rayo de sol que todo lo doraba: la virtud de mi esposa, y su alegría y fortaleza de espíritu para conllevar humanamente la escasez y el hambre. Y había un rayo de luna, que, con su luz suave y blanca, nos acariciaba dulcemente á mi esposa y á mí: Margarita, hija de mi alma, bella como su madre, buena como yo. No se rían ahora. Dos años há, quedé yo sin empleo, y día y noche busqué trabajo en todas partes con doloroso afán, y en parte alguna lo encontré: mi catadura inspiraba desconfianza y risa. ¡Risa! ¡La risa siempre! Un hombre que pide trabajo para llevar pan á los suyos, y causa risa. ¿Se concibe mayor desgracia? Entró en mi casa la miseria cuando más hubiera podido aterrarme; cuando Margarita se trocó de niña en mu-

jer, y hubiéramos su madre y yo querido rodearla de todos los encantos del mundo.

Una mañana, mi mujer salió y volvió al mediodía con dinero. «¿Qué es esto?», hube de preguntarle. «Que he encontrado trabajo en un taller», me respondió. «Alegrémonos todos.» La creí. ¡Era tan buena! Este hecho se repitió dos veces, tres, quince, veinte. Yo estaba ciego: yo tenía una venda en los ojos. Ayer, de improviso, se me cayó la venda, y vi con luz clara. ¡Oh! ¡Qué dolor más hondo y más cruel! (*Se seca las lágrimas.*) Margarita, la hija de mi alma, la flor cuya pureza temía yo empañar aun con mi propio aliento, se escapó de mi casa con un hombre. Por grotesca que sea la mueca con que el dolor desfigure más de lo que siempre lo está mi rostro feo, yo les pido que no se rían de mí en este instante. Pídelo, señores, á cada uno, por ese gran cariño que cada uno llevará oculto en su corazón.

Al conocer la tremenda desgracia, salí despavorido á la calle, rastreando loco las huellas de mi hija y dispuesto á hallarla aunque fuera en las mismas entrañas del infierno y á llevarla otra vez conmigo. Un buen camarada con quien topé me detuvo con estas palabras: «¿Adónde vas, Juan? Siempre fuiste un pobre demonio. ¿Qué ha de hacer tu hija, respirando el aire que respira en tu casa? Tu mujer te lleva dinero de un taller, y ese dinero no se lo debe á su trabajo, sino á tu deshonra. Pregúntaselo al amo del taller, que la enamora mucho tiempo hace.» Y se echó á reír, y la gente que acaso pasaba también rió, y no faltó quien dijo: «¡Es Juan! ¡Si es Juan! ¡Es el hombre que hace reír!» Yo sentí un frío que me pareció el de la muerte, y una angustia que era la muerte misma; la muerte de algo que se moría dentro de mí. Empecé á andar con rumbo á mi casa, mas no como quien va impulsado por una voluntad, sino como quien va á merced de un aire siniestro. ¡Ay mi rayo de sol y mi rayo de luna...! Había observado yo que algunas veces, cuando mi esposa volvía del taller, antes de besar á la niña en la frente, con su propia mano se limpiaba fuertemente la boca como si algo le estorbara en ella para besarla. Y anoche, cuando después de la trágica revelación torné á entrar en mi casa, donde ya no estaba mi hija, hallé á su madre sola... ¡Oh!... ¡Qué espanto! La palidez de su semblante aterraba; en sus negros ojos, fijos en mí, y agrandados por el estupor, había una ráfaga de demencia; y sus manos, crispadas y convulsas, martirizaban cruelmente sus labios, queriendo arrancar de ellos lo que en ellos no había. «¡Yo fui! ¡yo fui!», gritó desesperada al verme. «¿Tú? ¿Qué fuiste tú?» «¡Yo fui! ¡yo fui!» «¿Qué fuiste tú?» «Yo fui, me dijo, la que contaminó su frente pura al besarla con mi boca manchada; yo fui la que infiltró en su casta frente

pensamientos de vicio. ¡Yo fui! ¡yo fui!» Y seguía con sus manos nerviosas destrozándose y ensangrentándose aquella hermosa boca culpable. ¡Pobre pecadora! ¡La empujó el hambre á la deshonra, y enloqueció por creer que la huella y el germen de sus besos impuros llegaron á contaminar de impureza la divina frente de una niña!...

Esta es, señores, la historia triste, más triste que todas las historias del mundo, de



este pobre hombre que hace siempre reír. Y como ustedes son dichosos y yo no lo soy, y en este momento no se ríen, yo me llevo el consuelo de esta atención piadosa, les dejo con su dicha... y me voy por el mundo en busca de un compañero desventurado como yo, mísero como yo, quien al oír el cuento de mis tristezas y amarguras halle en él alivio para las suyas propias y llore conmigo. Buenas noches.

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.



LA CABAÑA

Cuadro de Luis Menéndez Pidal.



¡EGOISTAS!!!

EN contraposición de la sublime generosidad y de la abnegación cristiana; como antítesis amarga de la caridad divina, del noble desinterés, de la inefable humildad, de todo delicado afecto, en suma, que nos impulsa á jubilarnos con la alegría del prójimo y á compiadarnos de sus infortunios, nace la devoción á la propia persona, el brutal egoísmo desdeñador de cuanto deja de reportar positiva ventaja ó personal beneficio.

Es egoísta el sér irracional por interior estímulo del instinto de conservación, por el natural impulso que le induce á buscar el placer y á huir del dolor. El hombre, en cambio, cultiva el egoísmo por meditado cálculo, del cual deduce que el culto del YO, la práctica diaria del monstruoso egoísmo, es infinitamente más fácil, más útil y más provechosa que el generoso desapego á la propia conveniencia.

Forman legión los mortales que, agrupados bajo la inequívoca divisa *primero yo, luego yo y siempre yo*, hacen del egoísmo cómodo preservador de disgustos, convirtiéndole en eficacísima panacea contra los duros contratiempos que suele originar el uso de la evangélica máxima *ama á tu prójimo como á ti mismo*.

Á tan piadoso mandamiento oponen los egoístas la cruel doctrina de que *la caridad bien entendida empieza por uno mismo*, arguyen que *primero son mis dientes que mis parientes*, preconizan que *cada palo aguante su vela*, procuran *arrimar el ascua á su sardina*, opinan que *cuidados ajenos matan al asno, se echan un nudo al corazón, y ¡ancha Castilla!*

Contiene el léxico del egoísta multitud de sentencias, máximas, dichos y refranes, que bajo hipócrita máscara unos y franca y desembozadamente sinceros otros, acusan su indiferencia y malsanos sentimientos.

Ahí me las den todas denota, sin ambages ni circunloquios, cuánto les interesan las ajenas desgracias; *allá vayas, rayo, en casa de Tamayo*, no revela, ciertamente, el más entrañable afecto hacia la familia que, por fuerza del consonante, queda, sin

apelación, condenada á sufrir las iras del fuego celeste; *á rey muerto, rey puesto*, consigna la grave preocupación que les causa el rápido y fácil reemplazo de objetos y personas desaparecidas; *¡allá nos espere muchos años!*, patentiza claramente los vehementes deseos de *reunirse* lo más tarde posible con el sér que deja de existir; *mal ajeno, de pelo cuelga*, denuncia que cada quisque siente sus males sin importarle gran cosa los ajenos; y *el harto, del ayuno no tiene cuidado ninguno; primero es el hospital de la Sangre que el de la Caridad; el vestido no tiene duelo del desnudo; poco os duelen, don Jimeno, estocadas en cuerpo ajeno; el muerto al hoyo y el vivo al bollo; ¡el que muere, descansa!*, y *al prójimo contra una esquina*, constituyen, con la antigua y jamás derogada *ley del embudo*, el más socorrido Código de usos y costumbres ruines y mezquinas.

Luis XV, aquel famoso monarca francés, autor de la pintoresca frase *après moi le déluge*, la cual, libremente traducida, no es otra que la vulgarísima castellana *el que venga atrás, que arree*, representa el prototipo histórico del gran egoísta á quien no se le da un higo del género humano en cuanto deja de servir á sus propósitos.

¡Après moi le déluge!..... ¡Sálveme yo, y que se hunda el mundo!.....

La frasecita regia no tiene malicia ni desperdicio. Es, por sí sola, todo un sistema filosófico con aspiraciones á divinizar la existencia del YO.

Sin necesidad de recurrir á la historia ni á extrañas tierras en busca de estos monstruosos casos de egoísmo, puedo permitirme la complacencia de ofrecer al pacienzudo lector un edificante ejemplar genuinamente nacional y contemporáneo:

Habitaban, no hace muchos años, en Madrid, conjunta y fraternalmente, dos amigos muy íntimos, á quienes procedo á bautizar con los nombres de Rafael y Baltasar, en recuerdo de los inseparables personajes de la antigua y aplaudida zarzuela *La diva*.

Entre los dos héroes de esta verídica narración

existía la más absoluta identidad de gustos y costumbres, interrumpida, únicamente, en las primaveras, durante la breve temporada en que Valencia primero, y más tarde Aranjuez, envían á la Corte su aromática fresa. Nuestros excelentes amigos no habían logrado jamás ponerse de acuerdo acerca del modo más agradable de prepararla ó aderezarla, pues mientras Rafael se perecía por la naranja, como aditamento exquisito del fruto rojo y fragante, declarábase Baltasar enemigo acérrimo de la tal mescolanza, llegando á convenir entre ellos, á fin de no contrariarse en cosa tan fútil y sencilla, que la fresa, antes de serles servida, había de prepararse separadamente y por partes iguales: una mitad, con naranja, para Rafael, y la otra mitad, con leche, para Baltasar.

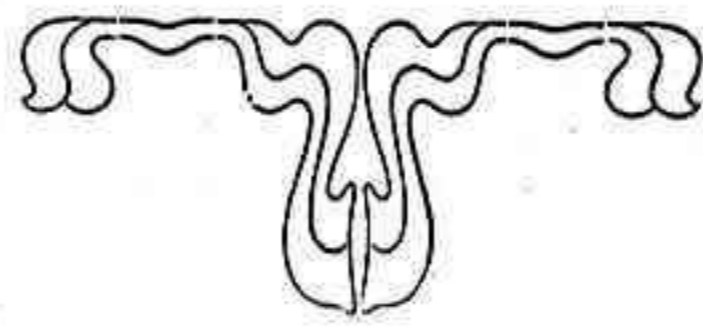
Acercábase una tarde el término de la comida de los dos amigos, cuando de repente Baltasar se levantó vacilante de su asiento, para inmediatamente caer desplomado al suelo, víctima de fulminante apoplejía. Lanzóse, aterrado, Rafael á socorrerle; llamaba acongojado á los sirvientes, que se encontraban en la habitación inmediata, y al advertir la presencia del primer criado que acudió á sus angustiosos gritos, dijole precipitadamente:

— Ramón, hoy, ¡toda la fresa con naranja!

.....
.....
.....

— ¡¡¡Egoístas!!!

ANTONIO GARRIDO.



UN RATITO DE RECREO

De fotografía.

LA MODA ELEGANTE

MADRID, 30 DE AGOSTO DE 1910.

AÑO LXIX.—NÚM. 32.

ADMÓN.: CALLE DE PRECIADOS, 46.



(Modelos Ney y Paquin.—París.)

☉ Trajes y sombreros. ☉

(Fotografía de Manuel.—París.)

AÑO LXX

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3;
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

